

UNMASK THE ILLUSION, RECLAIM THE TRUTH.



MI REALIDAD

POR ESTEBAN GALLARDO



STORY BOOK EDITOR VERSION 0.0.1

Capítulo 1: Mundo FeLiZ, fELiZ



Allison salió de su elegante casa suburbana, con una brillante sonrisa en su rostro mientras se dirigía al buzón. El mundo que la rodeaba era idílico: un cielo impecable se extendía por encima, pintado en un azul vibrante que parecía demasiado perfecto para ser real. El sol brillaba cálidamente, bañando los jardines meticulosamente cuidados y las calles adornadas de flores con un tono dorado. Su corazón se llenó de satisfacción al mirar el día que tenía por delante. Otro paso triunfal en su carrera la esperaba en Axion Multimedia Solutions, la empresa que había ayudado a alcanzar un éxito récord.

Justo la semana pasada, había asegurado otro contrato lucrativo, deslumbrando al cliente con promesas de resultados innovadores entregados en plazos increíblemente cortos. Era su especialidad, su don. Allison sabía que era indispensable para la empresa, la piedra angular de su reciente crecimiento explosivo. Nadie más tenía su talento para atraer clientes y cerrar acuerdos. Era una estrella, y disfrutaba del conocimiento de que su brillantez iluminaba todo a su alrededor.

¿Plazos? ¿Presión? Estas eran inconveniencias menores para que otros las manejaran. El departamento de producción siempre cumplía con sus ambiciosas expectativas, y lo que más destacaba era su incesante positividad. Cuando ella visitaba sus oficinas, era recibida con sonrisas radiantes, del tipo que parecía desbordar gratitud y devoción. Incluso cuando sus esfuerzos requerían trabajar hasta tarde en la noche o sacrificar sus fines de semana, su alegría nunca parecía flaquear.



"Ellos lo entienden," pensaba a menudo. "Somos una familia. Los sacrificios son parte del trabajo, y se enorgullecen de lo que hacen por mí, por la empresa."

De hecho, su felicidad parecía haber crecido durante el último año, al igual que su racha de éxitos. Nuevos contratos llegaban semanalmente, y el departamento de producción respondía con una dedicación sin igual. Las caras iban y venían en el departamento; le resultaba difícil recordar nombres o entender por qué las personas parecían irse tan repentinamente. Pero ¿qué importaba cuando los reemplazos eran igual de alegres? Siempre podía contar con las mismas sonrisas brillantes y un entusiasmo inquebrantable, una lealtad que rozaba la reverencia.

Al llegar al buzón, su mirada se desvió hacia un hombre que caminaba a lo lejos en dirección a ella. Era uno de sus vecinos en ese hermoso vecindario. ¿Cuál era su nombre? ¿Era Sebastián? ¿Quizás Stefan? ... no, era Steve ese era su nombre. Recordó, después de un breve momento de reflexión, que él trabajaba en el departamento de producción. Rara vez interactuaba con aquellos del lado de la empresa; parecían un borrón de caras intercambiables, engranajes en la bien engrasada máquina de su éxito.

Aun así, sintió un destello de aprecio por su actitud alegre. Al igual que los demás, él llevaba esa sonrisa familiar. La que irradiaba felicidad y satisfacción. La que le aseguraba que todo estaba bien. Pero, ¿por qué, se preguntó distraídamente, había una rotación tan constante en producción? No tenía sentido cuando todos parecían tan felices.



El pensamiento fue efímero, perdido mientras regresaba su atención al brillante y hermoso día. Después de todo, todo era perfecto ¿no es así?

Steve se había unido a la empresa hace un par de años, aunque Allison solo recordaba vagamente los detalles. Algo sobre una familia sí, una esposa y niños. ¿Cuántos? Sus pensamientos se deslizaron hacia la entrevista, cuando su esposa había estado visiblemente embarazada. Su segundo hijo, ¿no era así? Eso significaría que Steve tenía dos hijos ahora, uno de ellos con apenas un año. Allison sonrió para sí misma. Los bebés son una alegría, ¿no lo son?

A menudo pensaba en tener hijos algún día, pero su vida era demasiado plena, demasiado vibrante, para cualquier cosa que requiriese desacelerarse. Encontrar una pareja que compartiera su inagotable impulso y su pasión por sus decisiones había resultado... complicado. Realmente le desconcertaba. Cada pareja que había tenido parecía adorarla, sus rostros irradiando calidez y comprensión, incluso cuando tomaba decisiones difíciles. Como las veces que tuvo que priorizar satisfacer personalmente a clientes o fomentar nuevas oportunidades sobre pasar tiempo juntos. Siempre parecían entender hasta que dejaban de hacerlo. Uno por uno, se alejaron, dejándola con nada más que una silenciosa convicción de que eventualmente aparecería el indicado.

"Solo necesito a alguien que realmente lo entienda," pensó. "Alguien que vea la visión global, que sepa lo que significa sacrificarse por mi grandeza."



Steve caminaba hacia ella ahora, su expresión irradiando alegría quizás la sonrisa más feliz que Allison había visto jamás. Sostenía una sola rosa roja en su mano, cuyos pétalos brillaban contra el fondo de la mañana prístina. Qué considerado de su parte, pensó. Un gesto de gratitud, sin duda, por el extraordinario trabajo que había estado realizando.

Se detuvo para admirar la rosa mientras se acercaba. Parecía apropiado, casi simbólico. Después de todo, desde que Steve se había unido a la empresa, su racha de éxitos se había disparado. Contrato tras contrato fluía a través de sus manos, un torrente de acuerdos que mantenía al departamento de producción en constante movimiento.

Steve siempre estaba allí, trabajando incansablemente junto a los demás. Noches, fines de semana, días festivos no importaba. Era un pilar, una presencia constante, zumbando como una abeja ocupada de una tarea a otra. Y siempre con esa misma expresión: alegría. Alegría inquebrantable, inamovible.

Sin embargo, hoy, su sonrisa era diferente. Más brillante. Más completa. Como si cada onza de felicidad en el mundo se hubiera destilado en su rostro. Por un momento, Allison sintió un pinchazo de orgullo. Eran empleados como Steve quienes hacían posibles sus logros, quienes creían en la visión que ella traía a la empresa.



Y sin embargo, a medida que se acercaba, una leve inquietud comenzó a infiltrarse en su mente como el cosquilleo de una sombra en la esquina de su visión. Algo en su acercamiento, en la intensidad de su sonrisa, se sentía... extraño. Rápidamente desechó el pensamiento. Steve era un jugador de equipo, después de todo. Una abeja feliz en su colmena bulliciosa. ¿Qué podría estar mal?

Allison se quedó congelada mientras Steve cerraba la última distancia entre ellos. Ahora, cara a cara, estaba cerca demasiado cerca. Podía ver la intensidad en sus ojos, un fervor que no había notado antes. Su sonrisa se estiraba de manera imposible, casi temblando de emoción. Extendió la rosa roja, cuyos pétalos brillaban bajo el sol de la mañana.

Qué considerado, pensó Allison. Un gesto tan pequeño pero poderoso de aprecio por todo el trabajo que había realizado. Pero algo en la forma en que la presentó se sentía extraño, incluso incómodo. Como si no supiera cómo entregársela. Luego, en un movimiento rápido, retiró la rosa, casi de manera burlona, antes de empujarla hacia adelante directo a su estómago.

Un dolor agudo y ardiente se irradiaba a través de su cuerpo, como la mordida salvaje de un animal. "Ay," murmuró, confundida. Eso no estaba bien. Las rosas no se suponía que debían morder. Miró hacia abajo, esperando ver los pétalos rozando su blusa. En cambio, manchas carmesí comenzaron a florecer en la tela, marcadas y desconcertantes contra su impecable atuendo.



Más rosas rojas aparecieron, desenrollándose una tras otra desde su estómago, sus pétalos brillando y húmedos. Allison parpadeó, tratando de entenderlo, pero el dolor nublaba sus pensamientos. Apenas registró la mano de Steve retrocediendo y luego avanzando de nuevo, entregando otra rosa. Y luego otra. Y otra más.

Cada golpe hacía brotar otra flor, una cascada surrealista y aterradora de flores que estallaban desde su abdomen. El rojo vívido chocaba con el calor del día, creando una belleza grotesca que casi la distraía del dolor que ardía en su interior. El mundo giraba, su visión se desdibujaba, pero aún podía verlo el creciente campo de rosas extendiéndose ante ella.

Steve no se detuvo. Sus movimientos eran mecánicos, implacables, mientras continuaba su ofrecimiento. Una y otra vez, la rosa le era presentada con una precisión casi reverente. Las rodillas de Allison se doblaron y colapsó en el mar de rosas, los suaves pétalos amortiguando su caída. El mundo a su alrededor se sentía borroso, onírico. Era vagamente consciente del calor del sol en su rostro, el suave susurro de las hojas en la brisa.

Desde la esquina de su ojo, vio a su vecino Tom, cortando diligentemente su césped. Reuniendo el último atisbo de fuerza en su cuerpo que se desvanecía, Allison levantó una mano temblorosa y saludó. Su brazo cayó flácido mientras el dolor comenzaba a disolverse, reemplazado por una extraña sensación de paz.



Tom saludó de vuelta alegremente, su rostro iluminado con la misma sonrisa radiante que todos parecían llevar. Miró la escena que se desarrollaba al otro lado de la calle, donde Allison yacía en medio de las exuberantes y florecientes rosas. Steve se arrodilló junto a ella, aún ofreciendo su rosa con una devoción que rozaba la adoración.

"Qué amable," pensó Tom, deteniéndose para absorberlo todo. "Qué personas tan buenas y generosas. Qué hermoso mundo en el que vivimos."

Y mientras la visión de Allison se apagaba, se aferró a ese pensamiento la belleza de todo. Su último aliento escapó de sus labios en un suspiro mientras se entregaba al interminable mar de rosas rojas.

Capítulo 2: La Visión de Un Hombre



Para 2030, la realidad aumentada finalmente se había liberado de los márgenes de la obscuridad para ser aceptado por la población general. Durante décadas, los dispositivos de RA habían sido monstruosidades feas y ridículamente grandes: auriculares incómodos o gafas pesadas que solo los más devotos entusiastas de la tecnología se atrevían a usar. Para todos los demás, eran un vergonzoso vestigio de la ciencia ficción, artilugios incómodos que era mejor dejar en manos de 'esos nerds'.

Pero esos mismos entusiastas, trabajando incansablemente y soñando en sus garajes, habían sentado las bases para lo que pronto se convertiría en una revolución cultural. A lo largo de veinte años, su obsesión por mejorar la tecnología de RA había culminado en una maravilla que nadie podía ignorar: unas gafas elegantes y estilizadas que se veían indistinguibles de las comunes. No eran solo un producto del avance tecnológico; eran un triunfo de visión y diseño.

La nueva generación de gafas de RA ofrecía una experiencia tan fluida e inmersiva que se sentía como magia. La calidad de imagen superaba incluso los sueños más salvajes de los futuristas de la década de 2010, mostrando superposiciones aumentadas con una claridad asombrosa. Los tiempos de reacción eran instantáneos, y los controles intuitivos, pulidos a la perfección tras dos décadas de iteraciones. Por primera vez, la tecnología se sentía natural, incluso para aquellos que normalmente no tocarían un gadget más complejo que un control remoto de televisión.



Ya no eran el dominio de los entusiastas de la tecnología; las gafas de realidad aumentada se convirtieron en una herramienta universal, adoptada por todos los grupos demográficos. Ya fueras un niño fascinado por los juegos cobrando vida en tu sala de estar, un profesional navegando flujos de trabajo virtuales, o un jubilado conectando con familiares lejanos a través de proyecciones realistas, las gafas prometían algo para todos. Entretenimiento, trabajo, relaciones, educación cada aspecto de la vida comenzó a adaptarse a las posibilidades de esta nueva plataforma. El cambio cultural fue sísmico, similar a la introducción del smartphone veinte años antes.

Pero tal ascenso meteórico estaba lejos de ser inevitable. Para alcanzar este punto, algo extraordinario tenía que suceder. No solo el avance constante del progreso tecnológico o la evolución natural de los gustos de los consumidores no, tenía que suceder algo excepcional.

Y todo fue gracias a un hombre.

Durante los últimos sesenta años, la sociedad había estado en un lento y implacable descenso. Una vez un faro de infraestructura y servicios públicos, el país que se había enorgullecido de ser un estándar global de innovación y calidad de vida ahora se estaba desmoronando bajo el peso de la avaricia corporativa. Industria tras industria cayó en manos de monopolios, cada uno menos preocupado por servir al pueblo y más enfocado en exprimir hasta el último centavo de ellos.



Las telecomunicaciones no fueron la excepción. Internet, una vez celebrado como el gran igualador y un catalizador para el progreso, se había convertido en una parodia de sí mismo. Millones de personas se encontraron atrapadas con servicios tan abismales que hacían que los primeros días de ADSL parecieran una era dorada. La conectividad era poco confiable, las velocidades eran patéticas y los precios eran exorbitantes. Sin competencia que desafiara a los monopolios, el abuso era sistemático, ineludible y sin control.

Esta estancación creó un techo invisible para el progreso. Las grandes promesas de revoluciones tecnológicas ciudades inteligentes, automatización impulsada por IA y mundos virtuales permanecían tentadoramente fuera de alcance por una simple razón: requerían algo que la sociedad ya no tenía. Un mundo verdaderamente interconectado demandaba un ancho de banda de alta velocidad y ubicuo. Sin embargo, la realidad era una infraestructura en decadencia que empeoraba día a día, un lejano eco de las visiones de una utopía digital fluida.

Pero donde la mayoría veía un callejón sin salida, un hombre vio una oportunidad.

No era un filántropo, ni un genio benevolente que buscara elevar a la humanidad. De hecho, la historia lo recordaría como una de las figuras más despiadadas y egoístas que jamás hayan pisado la tierra. Pero su astucia era innegable. Entendía el juego mejor que nadie y estaba dispuesto a jugarlo a un nivel que pocos podían comprender.



Por primera vez en el despiadado mundo del poder corporativo, surgió un proyecto que parecía ser por el 'bien general'. Este hombre propuso una idea radical: internet de banda ancha universal y gratuito. No solo en su país, sino en todo el mundo.

Pero esto no nació del altruismo. Sus motivos eran tan fríos y calculadores como no podían ser de otra manera. No estaba tratando de ayudar a la humanidad; estaba tratando de explotarla. Sus motivos resonaban con la estrategia de Henry Ford, el industrial que, un siglo antes, había introducido el concepto de la jornada laboral de cinco días. Ford no lo hizo por bondad; lo hizo porque permitía a sus trabajadores tener mas tiempo para el ocio y así gastar más, idealmente en sus automóviles. Ford entendía que, para sacar el máximo beneficio de las masas, a veces tenías que dejarles respirar para que el sistema funcionara.

Este hombre llamémoslo un visionario, si solo por su visión del beneficio siguió la misma lógica. Si iba a extraer cada posible onza de valor de la humanidad, primero tenía que crear las condiciones para que sus planes prosperaran. La banda ancha gratuita y de alta velocidad no era un regalo al mundo; era cebo en una trampa. Y al igual que Ford antes que él, entendía que a veces, para obtener lo que deseas, tienes que darle a la gente solo lo suficiente para mantenerlos regresando por más.



Si este plan hubiera sido propuesto por cualquier otra persona, habría sido desestimado como una locura, o peor aún, la persona habría sido metafóricamente quemada en la hoguera como un hereje si tales medidas aún hubieran sido legales. Pero nuestro hombre, el arquitecto de esta audaz visión, sabía exactamente cómo manipular el juego. Su genialidad no solo radicaba en soñar en grande; estaba en saber cómo vender esos sueños a las personas adecuadas.

No presentó el plan como un acto benéfico o incluso como un milagro tecnológico. En cambio, hizo un argumento mucho más convincente a las élites hambrientas de poder en el gobierno. Pintó una visión de un futuro donde ellos tendrían un control sin precedentes sobre las masas, logrado a través de una fusión perfecta de tecnología y manipulación psicológica. Décadas de perfeccionamiento de bucles de adicción digital ya habían sentado las bases; este proyecto simplemente lo elevaría a niveles nunca antes vistos en la historia humana.

Con la banda ancha universal como fundamento, podrían ingenierizar una sociedad tan sumisa, tan inquebrantablemente leal, que incluso los sueños más salvajes de los gobernantes más despóticos de la historia palidecerían en comparación. Cada individuo, cada transacción, cada pensamiento, existiría dentro de su alcance. Ninguna moneda escaparía de su agarre, ningún rincón de la Tierra quedaría más allá de su influencia. El poder de esculpir la realidad misma estaba en sus manos, y solo necesitaban tomarlo.



La propuesta tuvo un impacto ensordecedor. Los aspirantes a dictadores, que ya gobernaban con puños de hierro en sus respectivas naciones, se emocionaron ante la perspectiva. ¿El poder de crear una población que no solo obedecería cada uno de sus caprichos, sino que también se lo agradecerían como si se tratase de un privilegio? Era intoxicante. Fantasías de exceso y dominación danzaban ante sus ojos mientras imaginaban un mundo donde podrían drenar a sus ciudadanos de todo, incluida su propia autonomía, sin resistencia. Bastó con una sola reunión para sellar el trato. Sus firmas convirtieron el plan en realidad con una emoción casi febril.

En ese momento, las poblaciones del mundo aún estaban divididas. Por un lado estaban los seguidores incondicionales, esos fervientes partidarios de los dictadores que ya habían prometido su lealtad sin cuestionar. Por el otro lado estaban los moderados, personas que aún se aferraban a la frágil esperanza de que el sistema pudiera funcionar, que la razón y la equidad aún pudieran prevalecer.

Los seguidores incondicionales eran presas fáciles. A pesar de las evidentes contradicciones entre el plan y algunas de sus creencias culturales más arraigadas, se requirió poco esfuerzo para incorporarlos. La belleza de tal devoción era su maleabilidad: las creencias podían ser moldeadas, borradas o reemplazadas según fuera necesario. Si la verdad de hoy era verde, la de mañana podría ser azul, negra o blanca, y seguirían sin dudar. Nada más anunciar el proyecto todos ellos lo aceptaban como la palabra de dios.



Los moderados representaban un desafío mayor. Eran suspicaces con razón. Podían ver a través de la apariencia de altruismo del plan, reconociendo el peligro de colocar un servicio tan esencial bajo control monopolístico. Sin embargo, se encontraron atrapados por su propia retórica. La banda ancha gratuita y accesible era algo que habían prometido durante mucho tiempo al pueblo, un ideal que habían defendido. Oponerse a ello ahora los convertiría en hipócritas ante los ojos de sus partidarios. Y así, a regañadientes, se encontraron incapaces de interponerse en su camino.

Después de cuatro años implacables y un gasto casi inimaginable, el proyecto llegó a buen término. Era, en todos los aspectos, la mayor empresa que la humanidad había enfrentado jamás. Una red global de satélites, respaldada por millones de torres de comunicación, cubría el planeta. El sueño de ese hombre el llamado 'regalo' a la humanidad era ahora una realidad. Un regalo no muy diferente del que Henry Ford había otorgado a sus trabajadores un siglo antes: algo ostensiblemente altruista, pero en verdad, una maniobra calculada para el control y el beneficio.

Pero este regalo tenía un precio uno que resonaría en todo el mundo. El acceso a la red estaba estrictamente controlado. Solo las corporaciones aprobadas por el organismo gobernante de esta nueva infraestructura podían desplegar sus servicios. Esto no era meramente una mejora de Internet tal como se conocía. Era una creación completamente separada un 'Nuevo Internet.' Y a diferencia de la web caótica y descentralizada de antaño, esta estaba totalmente controlada por corporaciones, diseñada para funcionar como un ecosistema cerrado.

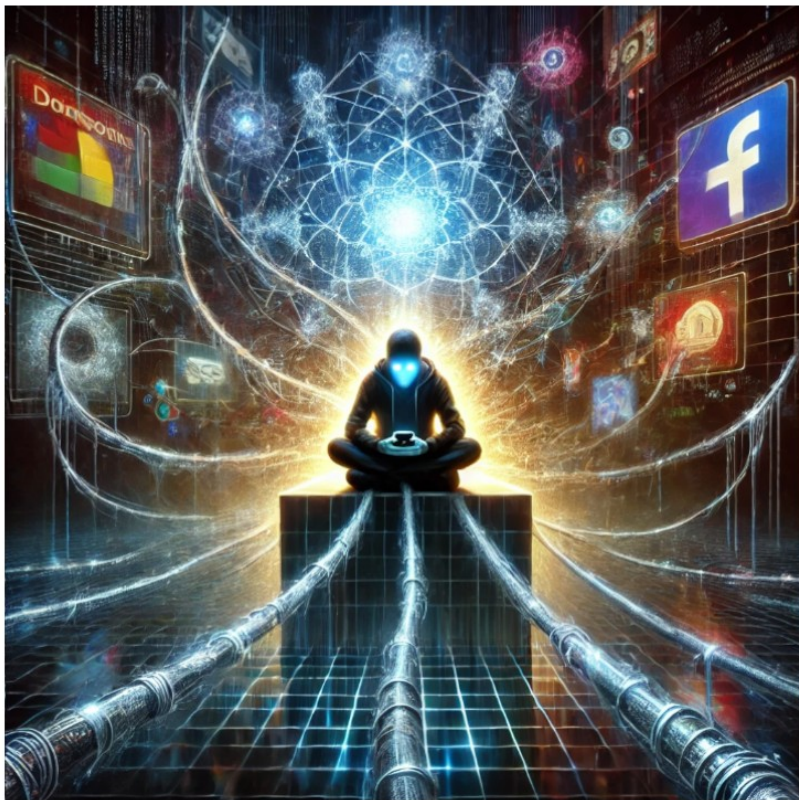


Curiosamente, la población general adoptó el Nuevo Internet con poca o ninguna resistencia. La transición fue fluida, incluso entusiasta. Todas las plataformas importantes estaban ahí: las redes sociales más grandes, los influencers más de moda, las corporaciones de medios más populares y los editores de videojuegos más grandes. Todo lo que la gente amaba, todo de lo que dependía, ya estaba a bordo. Además, el Nuevo Internet, no solo era gratuito; estaba muy por delante del servicio lento y sobrevalorado ofrecido por los antiguos proveedores de Internet. Más rápido, más confiable y infinitamente más atractivo, fue una fácil venta.

Mientras tanto, la antigua Internet se deterioraba rápidamente. Aquellos que se aferraban a ella se quedaban con costos en aumento y calidad en deterioro, mientras los ejecutivos de los ISP en quiebra exprimían hasta el último centavo de sus barcos hundándose. En poco tiempo, la antigua web se convirtió en una sombra de sí misma un cementerio de sitios olvidados y redes abandonadas.

Y así, el beneficio comenzó a fluir.

El modelo de negocio del Nuevo Internet estaba diseñado para una cosa: maximizar los ingresos. Solo se permitían productos 'aprobados' en la plataforma, y cada uno de ellos se adhería a un estricto modelo Free2Play que había sido perfeccionado a lo largo de décadas. Las mecánicas adictivas, afinadas hasta convertirse en una ciencia, transformaron a los usuarios casuales en flujos de ingresos. En la antigua Internet, estos juegos habían generado millones. Pero con miles de millones ahora conectados al Nuevo Internet, los resultados eran asombrosos.



El término 'ballena', que alguna vez fue un jerga nicho para los grandes gastadores en juegos digitales, ahora describía un fenómeno global. Con su alcance expandido cien veces, el número de ballenas explotó, llevando los ingresos a niveles más allá de los sueños más salvajes de las corporaciones. Los bucles de adicción, refinados durante veinte años, extrajeron cada posible gota de sus usuarios.

El costo humano fue asombroso, pero la respuesta fue escalofriantemente indiferente. Las historias de ballenas que lo perdieron todo empleos, hogares, familias se desestimaron como el precio del progreso. Los suicidios se convirtieron en algo inquietantemente común, pero apenas causaron un eco en la conciencia general. Para las masas, era una cuestión de debilidad personal. "Si eres una ballena, es tu propia culpa," dirían las personas. "Todos los demás saben cómo jugar de manera responsable."

Esta normalización de la explotación reflejaba los viejos estigmas en torno a la adicción a las drogas, ya sea física o digital. Los juegos, para la mayoría, eran una diversión inofensiva una forma de pasar el tiempo. Pocos se detenían a considerar los paralelismos: cómo las mismas herramientas de adicción que enganchaban a las ballenas estaban sutilmente manipulando a todos los demás. Después de todo, si no les hacía daño, ¿por qué deberían preocuparse?

Pero bajo la superficie de esta utopía yacía una simple verdad no dicha: la Nueva Internet no trataba sobre conectividad, libertad o innovación. Se trataba de control, un control tan total e insidioso que nadie siquiera pensaba en cuestionarlo.



Con la base del sistema firmemente establecida, era momento de pensar en grande. No solo grande realmente grande.

La primera gran innovación que surgió dentro del 'Nuevo Internet' fueron las gafas de realidad aumentada (RA). Con la latencia inigualable de la red y el enorme avance en las capacidades de computación en la nube, la tecnología de RA finalmente tuvo su momento. Al trasladar la pesada carga computacional a la nube, las gafas en sí se volvieron elegantes, ligeras y accesibles. Todo lo que realmente requerían eran cámaras de alta calidad y lentes de proyección de precisión dos tecnologías que habían visto avances notables y una miniaturización extrema en la última década.

Las gafas de RA no eran solo una maravilla tecnológica; eran una puerta de entrada. Una ventana al mundo del usuario y, más importante aún, un espejo bidireccional para aquellos que controlaban la infraestructura. Las cámaras incrustadas en las gafas capturaban todo lo que los usuarios veían y oían, alimentando un flujo incesante de datos de vuelta a las corporaciones. La privacidad, una vez un tema intensamente debatido, se había erosionado hace tiempo bajo el peso de la conveniencia y la apatía. La población, ya condicionada por años de sacrificios de datos en redes sociales y dispositivos inteligentes, apenas pestañeaba ante las implicaciones.



En unos pocos años, la adopción de las gafas de realidad aumentada alcanzó alturas comparables al auge de los smartphones a principios del siglo XXI. Estaban en todas partes. Solo los lugares más remotos y aislados de la Tierra estaban libres de sus lentes siempre vigilantes. Y a medida que las cámaras se expandían, también lo hacía el poder descontrolado de las corporaciones. Los gobiernos, demasiado ocupados disfrutando de su parte de las ganancias, no ofrecían resistencia. Políticos corruptos, fácilmente comprados, aseguraban que las leyes que protegían la privacidad fueran desmanteladas o nunca redactadas en primer lugar. En este nuevo mundo, las corporaciones tenían carta blanca, recolectando una cantidad inimaginable de datos sin supervisión ni responsabilidad.

Pero a pesar de todo el éxito de las gafas de RA, eran meramente un punto de control un hito en el camino hacia algo mucho mayor. La verdadera visión, el objetivo final, aún se estaba formando.

Esa visión requería otra pieza del rompecabezas: la inteligencia artificial.

Mientras la RA había hecho avances significativos, los avances en IA eran nada menos que revolucionarios. En la última década, el ritmo de progreso en IA había alcanzado niveles que rozaban lo incomprensible. La explosión de la IA generativa había capturado la atención del público, pero era meramente la punta del iceberg. Tras bambalinas, se estaban realizando inversiones y avances en todos los campos de la IA. El reconocimiento de imágenes, una tecnología que había estado evolucionando constantemente durante más de cuarenta años, ahora operaba a un nivel que superaba la capacidad humana. Combinado con modelos generativos y algoritmos predictivos avanzados, el potencial de la IA para reconfigurar la realidad estaba finalmente al alcance.



Con la computación en la nube ahora como una realidad práctica y las capacidades de la IA en auge, solo tomaron unos pocos años desarrollar el software que completaría el plan. No era solo una herramienta; era la realización del sueño de un hombre por el control absoluto sobre la población un sistema diseñado para guiar, influir y manipular con precisión quirúrgica.

El 25 de Mayo de 2032, se lanzó al mundo la versión 1.0 de Mi Realidad.

Durante los últimos veinte años, nuestro hombre había observado una profunda transformación en cómo la población interactuaba con el Internet. Notó patrones que muchos pasaban por alto o subestimaban. El Internet, una vez celebrado como una herramienta para conectar a la humanidad, se había convertido en algo completamente diferente: un mecanismo para la división.

Las personas gravitaron hacia grupos afines, formando cámaras de eco que distorsionaban su percepción de la realidad. Estas burbujas los aislaron, amplificando sus sesgos y protegiéndolos de cualquier cosa fuera de su visión del mundo elegida. Lo que comenzó como un medio de conexión evolucionó hacia un sistema de aislamiento uno en el que los individuos curaban selectivamente su realidad, filtrando todo lo que no querían ver.



Nuestro hombre vio el contraste histórico con claridad. Antes de Internet, las personas estaban más expuestas a una variedad de fuentes. Consumían periódicos, libros e incluso televisión por cable, que todavía no se había convertido aún en la máquina radical y sensacionalista que más tarde sería. El mundo había sido más tolerante entonces, más abierto al intercambio de ideas. Diferentes puntos de vista, aunque no siempre aceptados, al menos eran encontrados.

Pero hacia finales de la década de 2000, las redes sociales comenzaron su ascenso como un canal primario de información. Estas plataformas trajeron consigo un cambio sísmico en cómo las personas consumían y se involucraban con el contenido. Las empresas detrás de ellas no estaban interesadas en fomentar la comprensión o la comunidad. Su objetivo era singular: el beneficio. Y encontraron el combustible perfecto para lograrlo: el odio.

El odio era adictivo. Era magnético, atrayendo a los usuarios una y otra vez para discutir, enfurecerse y desahogarse contra extraños a miles de kilómetros de distancia. Los algoritmos avivaban las llamas, priorizando la indignación porque mantenía a los usuarios comprometidos por más tiempo. A medida que este ciclo se repetía, la sociedad se fragmentaba aún más en una vasta red de burbujas desconectadas. Las personas se volvían menos informadas, menos tolerantes, menos dispuestas a considerar nuevas ideas. Si la información existía fuera de su burbuja, podría muy bien no haber existido en absoluto.



Esto no era un efecto secundario aleatorio del progreso tecnológico; era una transformación sistémica. Internet ya no era una fuerza unificadora; se había convertido en una realidad fragmentada, donde cada individuo vivía en su propio universo cuidadosamente construido.

Para nuestro hombre, esta fragmentación no era una tragedia. Era una oportunidad.

Entendía que una población menos informada y menos tolerante era mucho más fácil de manipular. La ignorancia no era solo un subproducto del sistema; era la base del control. Y a medida que las burbujas se volvían más rígidas, la sociedad misma se volvía maleable.

Mientras contribuía a esta fragmentación lanzando su propia red social, apenas lo necesitaba. Las otras plataformas ya estaban trabajando incansablemente hacia el mismo resultado. Sus modelos de negocio convergían hacia el mismo destino. El impulso era imparable, un tren descontrolado que nadie ni los gobiernos, ni los académicos, ni la sociedad en general parecía dispuesto o capaz de descarrilar.

Y nuestro hombre sonrió, observando las vías extenderse interminablemente ante él.

El software Mi Realidad se construyó sobre un principio simple pero profundo: el creciente deseo de la sociedad de retirarse a sus burbujas. Era una aplicación para gafas de RA que permitía a los usuarios remodelar el mundo que los rodeaba, adaptando la realidad misma a sus gustos y preferencias personales.



Ya no tenías que soportar la vista de una calle en ruinas y sucia o los confines monótonos de tu barato y deteriorado apartamento. Con Mi Realidad, podías reemplazarlo todo. Un bloque de ciudad aburrido podría transformarse en un caprichoso país de maravillas al estilo Disney, el futurismo elegante de Star Trek, o incluso los grotescos y emocionantes paisajes biomecánicos de Alien. El mundo exterior se convertía en un lienzo, representado en un vívido y fantástico detalle gracias al inmenso poder computacional del sistema.

Pero la verdadera magia de Mi Realidad no estaba en reimaginar objetos inanimados; estaba en remodelar seres vivos. El verdadero punto culminante de la aplicación radicaba en su capacidad para alterar a las personas que te rodean. Gracias a los increíbles avances en computación en la nube e IA, tu pareja, vecino o compañero de trabajo podían ser representados exactamente como tú querías que aparecieran. ¿Te parecía demasiado simple el rostro de tu pareja? Compra el avatar de tu estrella de cine favorita en la tienda de la aplicación. Las licencias de explotación aseguraban que las celebridades, ansiosas por una parte de los ingresos, promovieran entusiastamente la plataforma.

Y la transformación no se detenía en las apariencias. Las voces también podían ser reimaginadas. Con el poder computacional de Mi Realidad, las voces de quienes te rodeaban podían ser filtradas y alteradas, incluso en su tono y mensaje. Un insulto podía convertirse en una sugerencia encantadora. Si alguien comentaba groseramente sobre tu apariencia descuidada, el sistema podría reformularlo como: "Sería encantador si pudieras deleitar al mundo con tu hermosa esencia después de una refrescante y aromática ducha."



El software fue un fenómeno instantáneo. Los sueños que las personas habían mantenido durante tanto tiempo de vivir en sus fantasías se convirtieron en una realidad tangible. Con Mi Realidad, finalmente podían escapar de cada molestia, cada desacuerdo, cada confrontación. Las imágenes desagradables, las ideas no bienvenidas o las personas que no se alineaban con su visión del mundo podían simplemente desaparecer. Los sistemas de recolección de datos de la aplicación, alimentados por usuarios que voluntariamente ofrecían su información personal, permitían una personalización cada vez más profunda. Los usuarios podían filtrar a individuos que no compartían sus ideologías políticas, asegurando que nunca tuvieran que interactuar con nadie fuera de su burbuja cuidadosamente curada.

Era el paraíso o al menos así parecía.

Sin embargo, nuestro hombre no estaba completamente satisfecho. Aún había una grieta en su visión, un defecto en el sistema: las personas podían quitarse las gafas. Podían alejarse de la ilusión y enfrentar el mundo sin filtros. Esa opción, aunque fugaz, era inaceptable.

Continuó trabajando, impulsado por su ambición implacable. El éxito de Mi Realidad generó un flujo de dinero increíble, dándole los recursos para diseñar el siguiente paso en su plan la evolución definitiva de su creación.

La solución era audaz, revolucionaria e insidiosa: lentes de contacto. A diferencia de las gafas, estas lentes serían implantadas quirúrgicamente, integrándose perfectamente con los ojos del usuario. Con Mi Realidad incrustada directamente en su visión, la experiencia sería inescapable. La ilusión ya no sería una elección. La realidad misma sería sobrescrita, y no habría forma de apagarla.



Nuestro hombre estaba cerca de lograr su objetivo final. Y esta vez, no habría escape.

Curiosamente, casi no hubo resistencia ante el último avance en tecnología. La población, ya profundamente adicta a sus propias realidades personalizadas, se lanzó a la oportunidad de no volver a ver el mundo sin filtros. El atractivo era irresistible, ¿y las implicaciones? Apenas cuestionadas.

Para mantener las apariencias, se incluyó un pequeño mecanismo de seguridad: un botón, incrustado en las sienes de las lentes de contacto, que los usuarios podían presionar para "apagar" el sistema. Por supuesto, esto venía con una tarifa elevada, asegurando que solo los más adinerados pudieran siquiera entretener la ilusión de control. Pero el interruptor no era realmente un botón de "apagado". Incluso en su estado desactivado, un nivel mínimo de filtrado de realidad aumentada permanecía activo. El mundo se volvía más feo, ciertamente, pero no tan feo como realmente era. La verdadera realidad era algo que el sistema nunca permitía a las personas enfrentar completamente.

A pesar de esta restricción, la gran mayoría aceptó el intercambio sin dudar. ¿Por qué confrontar la desolación del mundo real cuando podían permanecer en un sueño? ¿Por qué soportar la incomodidad cuando podían existir en una perfección personalizada? Para la mayoría, no era una elección era salvación.



Y así, la humanidad finalmente se retiró por completo a sus burbujas, sus universos personales, desconectados de las feas verdades del exterior. Se rodearon de las confortantes ilusiones de Mi Realidad, a salvo del caótico disenso de opiniones diferentes, hechos inconvenientes y realidades duras.

El éxito de la tecnología fue tan abrumador que trascendió sus orígenes como un producto de consumo. Gobiernos de todo el mundo la adoptaron como una piedra angular de la infraestructura social. La participación en el sistema Mi Realidad se volvió obligatoria, integrada en los procesos de identificación nacional. Si querías existir como ciudadano, si querías acceso a servicios, empleo o incluso derechos básicos tenías que ser parte del sistema. La justificación era simple y hermética: era por la seguridad de todos.

Y eso fue todo.

Nuestro hombre había logrado su objetivo final. Una población felizmente inconsciente de su propia miseria, atrapada en fantasías mientras vivía en la miseria. Una población sumisa que gastaba el poco ingreso que tenía en sus servicios, vertiendo sus vidas en sus bolsillos sin dudar.

Él y sus aliados lo tenían todo cada onza de riqueza, cada pedazo de poder, cada hilo de control. Ninguna moneda escapaba de su agarre, ningún pensamiento permanecía fuera de su influencia.



No quedaba nada fuera de su alcance.

Y así permanecería.

Para siempre.



Capítulo 3: La visión de otro hombre

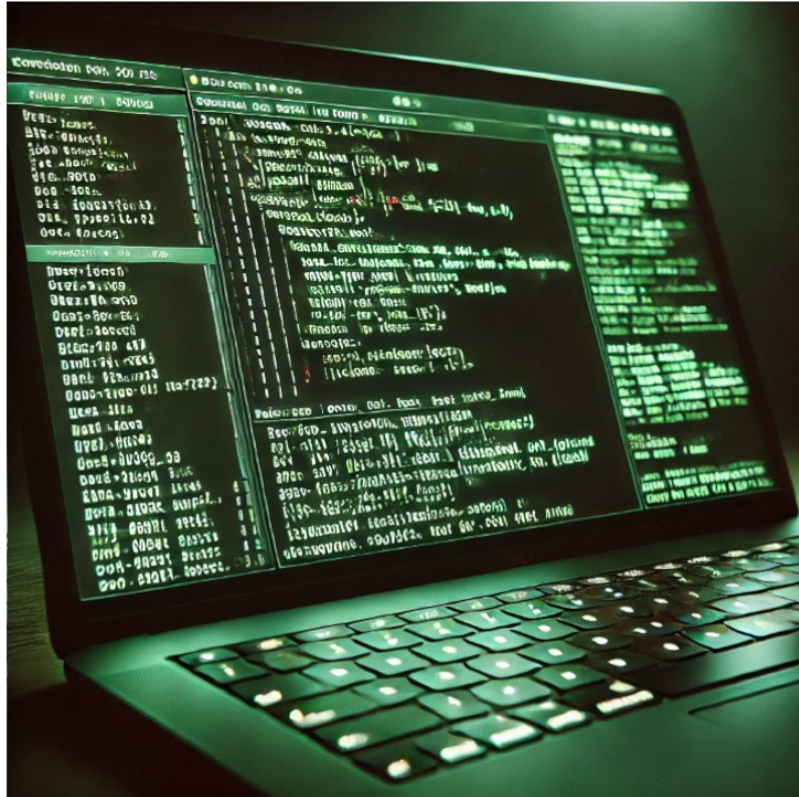
La prueba había sido exitosa.

Por primera vez, Luca respiró aliviado desde que inició el hackeo. Durante minutos que se sintieron como horas, había observado los flujos de datos del sistema, esperando incluso la más tenue señal de detección. No llegó ninguna. El silencio era ensordecedor, pero en él se encontraba la confirmación: sus scripts habían funcionado. Un peso se levantó de su pecho. Después de años de preparación meticulosa, noches interminables de codificación y miles de simulaciones, finalmente se había lanzado. Por primera vez, había alterado la infraestructura más crítica del Nuevo Internet. Había jugado con fuego y, hasta ahora, no se había quemado.

Las apuestas no podían ser más altas. Luca conocía el riesgo de exposición, pero no había otra forma de avanzar. Tenía que probar el sistema en condiciones del mundo real. Y a medida que los minutos se estiraban horas, la confianza comenzó a reemplazar el sofocante pavor en su pecho.

Su hackeo había funcionado a la perfección.

Pasarían horas antes de que el sistema finalmente reconociera el cadáver de Allison. El mundo a su alrededor no veía ningún cuerpo, ninguna sangre, ningún signo de violencia solo un exuberante campo de vibrantes rosas rojas que se extendían por su jardín, ocultando el horror que había debajo. Los peatones pasaban sin echar una segunda mirada, inmersos en sus realidades personalizadas, sus filtros de AR pintando la escena con una belleza serena y pintoresca. Incluso el basurero, que también hacía de jardinero del vecindario, no notó nada inusual. Solo cuando el sistema finalmente procesara sus datos de cuidado del jardín rutinario, detectaría algo fuera de lo normal.



Hasta entonces, la muerte de Allison estaba oculta a plena vista.

Luca pasó el resto del día revisando registros y datos, escrutando cada informe relacionado con Allison. Cada parámetro, cada respuesta de la IA central, tenía que ser perfecto. Sus scripts habían funcionado como se pretendía, enmascarando sus signos vitales y redirigiéndolos hacia una narrativa plausible. El sistema registró a Allison en cama, con una gripe común, suficientemente enferma como para evitar sospechas, pero no tan grave como para requerir intervención externa. La IA central, basándose en protocolos automatizados, notificó a su empleador que no podía trabajar. Sin alarmas, sin preguntas.

El verdadero triunfo, sin embargo, radicaba en el script que le había permitido enmascarar la alerta de peligro. Era la piedra angular de su operación: una vulnerabilidad que había descubierto en lo profundo del código del sistema. La vulnerabilidad le permitía interceptar señales de advertencia y redirigirlas a través de su propio script, transformando alertas críticas en ocurrencias benignas y cotidianas. La peligrosa situación en la casa de Allison se había convertido en algo tan mundano que incluso el sistema, con su alcance casi omnisciente, la había desestimado sin dudar.

El filtrado funcionó sin problemas. En lugar de registrar un evento que amenazara la vida, el sistema interpretó la escena de acuerdo con las preferencias personales de My Reality de Allison. Para su cuenta, el mundo era como debería ser tranquilo, ordenado y hermoso.



Para Luca, era una validación de sus años de trabajo. El sistema, diseñado para monitorear y controlar miles de millones, podía ser engañado. Y él había sido quien lo hizo.

Pero a medida que pasaban las horas y los datos confirmaban su éxito, un nuevo peso comenzó a asentarse sobre sus hombros. La prueba había sido un riesgo necesario, pero era solo el comienzo. Conocía el sistema mejor que nadie, y sabía su alcance. No habría margen para errores.

Este era solo el primer paso.

Luca estaba encorvado sobre su escritorio, sus ojos fijos en el tenue texto verde que brillaba contra el fondo negro de la pantalla de su antiguo ordenador. El pequeño apartamento que llamaba hogar, ubicado en la parte más pobre de la ciudad, era húmedo y asfixiantemente pequeño. A miles de kilómetros de distancia, en un mundo muy alejado del suyo, la vida de Allison había terminado y el trabajo de Luca apenas comenzaba.

El ordenador frente a él era una reliquia, un modelo barato y discontinuado que pertenecía a una era pasada. Sin embargo, era su posesión más preciada. Era uno de los últimos dispositivos capaces de unir tanto el Nuevo Internet como los restos de la antigua Internet, una distinción que le daba a Luca una ventaja en un mundo donde la mayoría se había trasladado por completo al sistema controlado por corporaciones. La máquina estaba despojada de cualquier cosa innecesaria; ni siquiera tenía un sistema operativo visual. Todo era basado en texto líneas de texto verde desplazándose por la pantalla como susurros de un pasado olvidado.

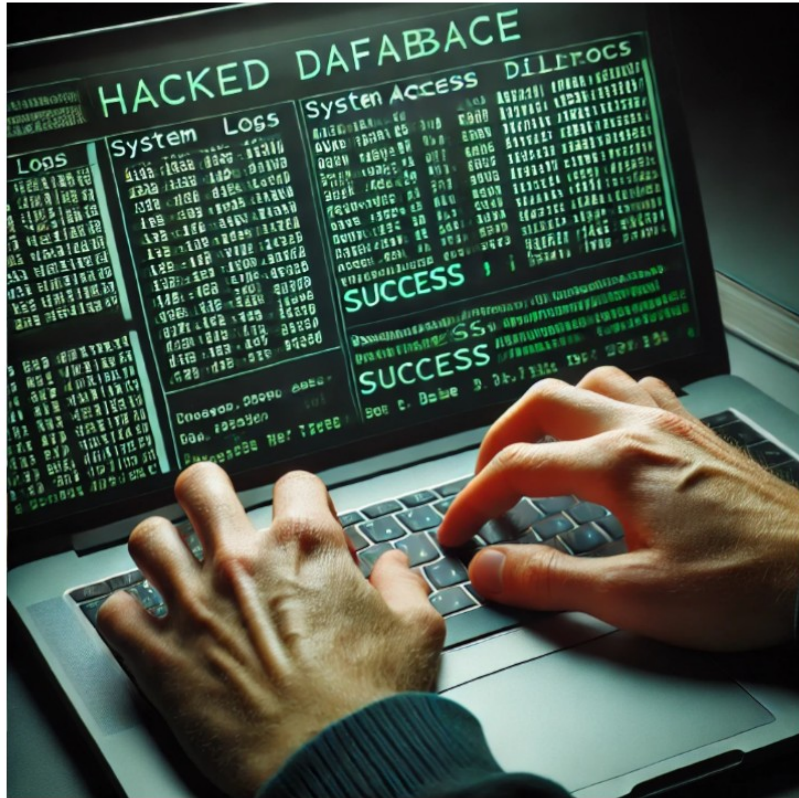


Sus dedos se movían rápidamente sobre el teclado, tecleando comandos que le permitían monitorear cientos de sistemas en tiempo real. Cada línea de código que ejecutaba era precisa, intencional y vital para asegurar que sus scripts funcionaran como se esperaba. No podía permitirse un solo error.

Encontrar a alguien como Allison había sido inquietantemente fácil. Ni siquiera había sido su objetivo original. Los scripts de Luca escaneaban los registros de empresas con alta rotación de empleados, particularmente pequeñas y medianas empresas donde la explotación laboral era rampante. Sus algoritmos se centraban en patrones: empleados trabajando horas extras no remuneradas, supervisores exigiendo sacrificios interminables para cumplir plazos imposibles y los inevitables puntos de quiebre cuando la presión se volvía insoportable.

Steve había sido uno de muchos casos señalados por los scripts de Luca. Un hombre llevado al límite por años de estrés implacable y condiciones deshumanizantes. Para cada caso, el sistema de Luca identificaba a los gerentes responsables de llevar a sus empleados al borde. Creó scripts especializados para cada gerente, esperando el momento en que sus acciones empujarían a alguien demasiado lejos cuando el punto de quiebre estallaría en violencia.

El uso de My Reality hacía que este proceso fuera aún más insidioso. Los gerentes, viviendo en sus burbujas aumentadas, rara vez veían las verdaderas caras de sus empleados. Emitían órdenes imposibles y exigían trabajo no remunerado con sonrisas alegres, ajenos al costo emocional que infligían. Los empleados, a su vez, tenían su dolor enmascarado por los filtros de AR, haciendo que sus expresiones parecieran serenas o incluso alegres. El sistema aseguraba que nadie viera la tensión, la fatiga o la desesperación.



No solo era Allison y Steve. Las personas se quebraban constantemente bajo la presión, empujadas hasta sus límites por un sistema diseñado para desgastarlas. La IA corporativa capturaba a la mayoría de ellas antes de que actuaran, neutralizando amenazas de manera rápida y silenciosa. Estos incidentes nunca llegaban a las noticias. El mundo seguía siendo un 'lugar feliz y alegre', o al menos así insistía la fachada.

Pero la muerte de Allison era diferente. Los scripts de Luca habían interrumpido la máquina perfecta. Por una vez, el sistema no había intervenido. Por una vez, las consecuencias de la explotación implacable se habían desarrollado sin ser desinfectadas o borradas. Y Luca no había terminado.

Sus dedos se detuvieron por un momento mientras escaneaba la salida que se desplazaba por su pantalla. Su trabajo era meticuloso, cada línea de código una pequeña rebelión contra un mundo donde la miseria estaba vestida de rosas.

No solo estaba hackeando el sistema. Estaba obligándolo a verse a sí mismo.

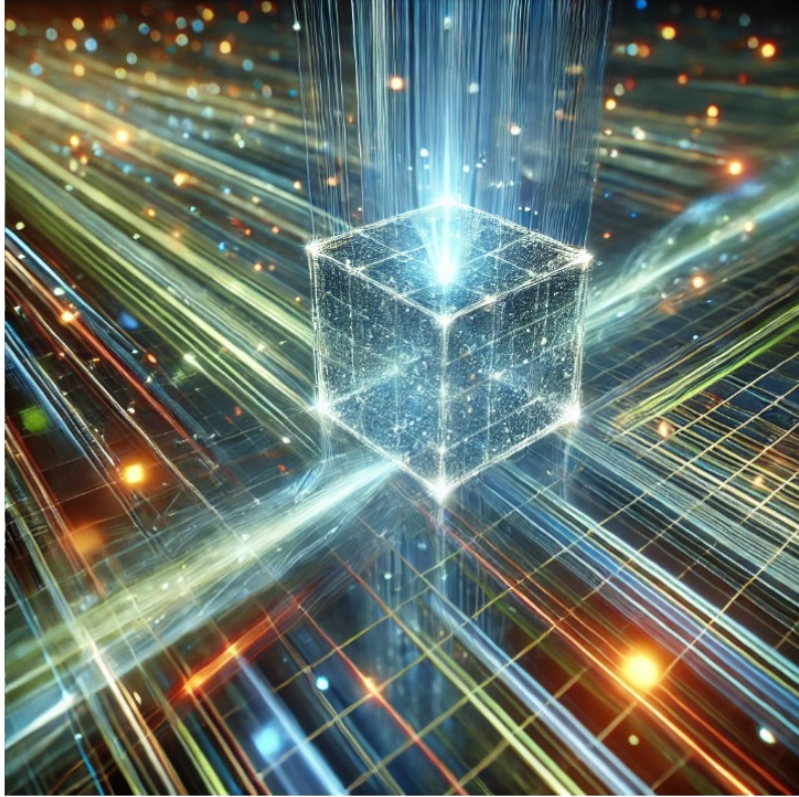
Cuando la salida textual informó a Luca que el sistema había detectado el cuerpo de Allison, supo que era hora de cubrir sus huellas. Metódicamente, borró todos los rastros de sus scripts del sistema. Antes de cerrar sesión, ejecutó un script por lotes, una pieza de código cuidadosamente elaborada, que alteraba sutilmente los scripts del servidor backend de la aplicación My Reality. Era un ajuste menor, solo lo suficiente para desviar cualquier investigación sobre el incidente.



El cambio aseguraría que los administradores del sistema complacientes, adormecidos por años de control sin restricciones, desestimarán la anomalía como un pequeño fallo del sistema. Se generaría un ticket, que se sumaría a la interminable acumulación de tareas de mantenimiento rutinarias. Eventualmente, terminaría en manos de uno de los mediocres programadores de la corporación, alguien apenas competente para solucionarlo. Luca sabía que probablemente harían un trabajo deficiente, dejando intacta y sin detectar su puerta trasera en el sistema accedida a través de la antigua Internet.

La antigua Internet era un fantasma del titán que había sido una vez. Al amanecer de la Nueva Internet, las corporaciones habían presionado agresivamente para eliminarla por completo, pero incluso ellas se habían visto forzadas a comprometerse. La transición de los servicios de software globales requería un período de coexistencia entre los dos sistemas. Sin embargo, una vez completada la transición, la antigua Internet se desvaneció en una casi oscuridad total. Su base de usuarios se redujo a una fracción negligible de la población, y las corporaciones, satisfechas en su dominio, abandonaron cualquier esfuerzo por mantenerla o monitorearla.

Públicamente, proclamaban su 'solidaridad', afirmando que preservar la antigua Internet era un gesto de buena voluntad hacia la minoría que resistía al Nuevo Internet. En verdad, no veían ninguna amenaza en su supervivencia. El conocimiento técnico de la población general había sido tan minuciosamente erosionado a lo largo de los años que las corporaciones creían que nadie era capaz de explotar la reliquia. Para ellas, la antigua Internet era un bosque antiguo oscuro, retorcido e impenetrable donde nadie podría navegar lo suficiente para encontrar algo de valor.



Su ancho de banda reducido era otra barrera. En el mejor de los casos, ofrecía solo un goteo de datos meros kilobytes por segundo asegurando que incluso el usuario más decidido enfrentara un viaje frustrante y arduo. Sin embargo, las corporaciones encontraban un uso para el sistema decrépito: un campo de pruebas para aplicaciones experimentales. Las primeras versiones beta de características extremas de software se desplegaban allí, productos tan no regulados y adictivos con los que los usuarios a veces perdían la razón o incluso sus vidas. Las muertes por inanición debido a la obsesión con estas aplicaciones en prueba no eran desconocidas, aunque tales historias eran rápidamente enterradas bajo las campañas de relaciones públicas corporativas.

A pesar de su oscuridad, Luca entendía algo que las corporaciones nunca podrían: incluso en tales condiciones degradadas, un solo byte podría llevar suficiente información para cambiar el mundo.

****Capítulo 4: Un CRIMEN en el Paraíso****



"El crimen no tiene misterio. El sistema no logró clasificar el peligro como tal," informó el primer inspector a William Davis, jefe de investigaciones criminales, mientras pisaba el meticulosamente cuidado césped de la escena del crimen. "Los técnicos ya han identificado el problema y están trabajando en una solución. Hemos detenido al sospechoso que cometió el crimen."

William asintió, pero permaneció en silencio, su aguda mirada recorriendo la escena. No era de los que aceptaban explicaciones al pie de la letra, especialmente cuando se trataba de un sistema tan arraigado en la sociedad como la red My Reality. El inspector le entregó una tableta que contenía las imágenes en 3D del evento. William las revisó, la proyección representando la escena ante él.

Vio a Steve acercándose a Allison, su cuerpo irradiando furia, cada paso puntuado por gritos e insultos. El cuchillo de cocina en su mano brillaba, su intención mortal era clara. Allison, por otro lado, parecía serena, casi inquietantemente. Su rostro no mostraba miedo, ni reconocimiento del peligro que se cernía sobre ella. En cambio, sonreía, irradiando una felicidad casi surrealista mientras Steve hundía el cuchillo en su abdomen.

Incluso mientras su vida se desvanecía, la expresión de Allison permanecía inalterada. Era un rostro que pertenecía a un momento de celebración, no a uno de violencia brutal.



William reprodujo las imágenes, cambiando de perspectiva para examinar la escena en su totalidad. Un par de docenas de coches habían pasado junto al crimen, sus ocupantes ajenos a lo que ocurría. Varios peatones también habían caminado cerca, sin embargo, ninguno había reaccionado. El sistema, el guardián omnipresente de la sociedad, había fallado en registrar algo fuera de lo común. El asesinato se desarrolló a plena vista, desapercibido y sin control.

Esto no era solo un fallo. El sistema no era perfecto ninguna tecnología lo es y se esperaban contratiempos ocasionales, especialmente después de actualizaciones importantes. ¿Pero esto? Esto era sin precedentes. El sistema nunca había fallado de manera tan catastrófica al clasificar un peligro tan claro y presente.

El sistema My Reality, respaldado por la integración obligatoria de lentes de contacto de realidad aumentada, era el centinela de la sociedad. Al monitorear signos vitales frecuencia cardíaca, niveles de sudor, patrones de respiración la IA del sistema había aprendido a predecir la intención criminal con una precisión notable. Los picos de tensión se correlacionaban con agresión, miedo o ansiedad, creando señales de alerta temprana que permitían a las autoridades intervenir antes de que ocurriera un crimen. Los crímenes de pasión o impulso ocasionalmente se escapaban, pero los actos premeditados eran raros, atrapados por el sistema mucho antes de que pudieran llevarse a cabo.

Luego estaban los casos atípicos aquellos que vivían fuera del alcance del sistema. Los habitantes del inframundo, ocultos en las redes de metro abandonadas, se habían desconectado completamente de la sociedad. Evitaban las lentes, el Nuevo Internet y la vigilancia implacable que venía con ellos. Pero no emergían durante el día, y mucho menos cometían crímenes audaces en público.



Este asesinato no encajaba en ninguno de los perfiles. Era premeditado, calculado, y tanto Steve como Allison estaban firmemente dentro de los parámetros de seguimiento del sistema. Cada indicador decía que este crimen no debería haber ocurrido.

Oficialmente, el caso podría cerrarse como una anomalía aislada un fallo técnico, nada más. Pero mientras William miraba las imágenes nuevamente, una inquietud lo devoraba. Algo se sentía raro, una pequeña pero persistente picazón en la parte posterior de su mente. Había pasado décadas afinando sus instintos, y le estaban diciendo que había más en esto que un simple error en el código del sistema.

Cerró la tableta y miró alrededor de la escena una vez más. El césped impecable, las rosas rojas floreciendo vívidamente en el jardín renderizado en AR, ya no estaban; ahora una piscina de sangre era perfectamente visible en su lugar. Esto no era solo un fallo de la tecnología. Era algo más.

Y William Davis no era del tipo que dejaría pasar esto.

William entró en la austera sala de interrogatorios, donde Steve estaba esperando. Las luces fluorescentes zumbaban débilmente, proyectando un resplandor estéril sobre las paredes. Steve había declinado la presencia de un abogado, una decisión que a William le parecía inusual pero no desconocida. El hombre ya había confesado, asumiendo por completo sus acciones.



Tomando asiento frente a él, William estudió a Steve. Su rostro estaba tranquilo, casi sereno. No había tensión, miedo ni desafío que normalmente acompañarían a un sospechoso en su posición. De hecho, Steve irradiaba una peculiar sensación de paz, como si cometer el crimen de alguna manera le hubiera traído cierre.

William comenzó, su tono medido pero inquisitivo. "Señor Davis, me han informado que rechazó la asistencia legal. He revisado sus antecedentes, y pintan el cuadro de un ciudadano modelo voluntario en causas sociales, activo en su comunidad. ¿Está absolutamente seguro de que no quiere reconsiderar la presencia de un abogado?"

Steve ofreció una leve sonrisa. "Por favor, llámame Steve. Y no, no es necesario. Entiendo la gravedad de lo que he hecho y acepto las consecuencias."

William asintió, inclinándose ligeramente hacia adelante. "Está bien, Steve. En su declaración, mencionó que decidió cometer el crimen temprano esa mañana. Describió estar bajo un estrés significativo. ¿Puede decirme qué causó ese estrés?"

La expresión de Steve no vaciló mientras respondía, su tono calmado pero matizado con algo más profundo resignación, quizás. "Por supuesto. El día anterior, perdí a mi esposa y a mis dos hijos en un accidente automovilístico. Estaban en camino a verme al trabajo. Tuve que quedarme tarde nuevamente, y Cathy, mi esposa, pensó que sería bonito si podían traerme la cena y pasar unos minutos juntos. En el camino, un camionero borracho se pasó un semáforo en rojo y chocó contra su coche. Ellos murieron al instante."



William hizo una pausa, su desapego profesional deslizándose por un momento. "Lamento profundamente su pérdida."

Steve exhaló, sus hombros hundiéndose ligeramente. "Gracias... pero ya no importa. Se acabó."

William desvió su mirada hacia el archivo frente a él, escaneando los detalles. "Trabajabas como programador informático en una agencia de publicidad. ¿Era común para ti quedarte trabajando tarde?"

La mandíbula de Steve se tensó ligeramente, su calma se resquebrajó lo suficiente para mostrar un destello de tensión. "Sí... lo era."

William presionó suavemente, entendiendo el peso de la respuesta de Steve. "¿Estaba este trabajo extra relacionado con Allison Harrison? Sabemos que ambos trabajaban en la misma empresa."

Steve se estremeció al mencionar el nombre de Allison, una reacción sutil que no pasó desapercibida para William. "Sí," admitió Steve, su voz ahora más suave. "Ella era una de las gerentes de cuentas responsables de atraer clientes."

Elaborando, continuó, su tono impregnado de un amargor contenido. "Ella establecía plazos que eran... imposibles. Irrealistas. Durante más de un año, nuestro departamento trabajó sin parar noches, fines de semana, festivos solo para cumplir con sus objetivos. Y no era solo la carga de trabajo. Siempre había una amenaza tácita sobre nosotros: si fallábamos, seríamos despedidos. Ella lo dejó perfectamente claro."



William se reclinó ligeramente, su tono era inquisitivo pero tranquilo. "¿Alguna vez intentaste hablar con ella sobre la situación?"

Steve dejó escapar un largo y pesado suspiro, su mirada cayendo sobre la mesa. "Lo intentamos. Varias veces. Pero no había forma de hablar con ella. Usaba My Reality para filtrar todo. Cada solicitud de diálogo, cada súplica por condiciones de trabajo más razonables, todo desaparecía en la aplicación, reformulada o ignorada por completo. Realmente, ni siquiera nos veía. Para ella, éramos solo... caras sonrientes y voces sumisas. ¿Y el CEO? Era un inútil. Le dio carta blanca para hacer lo que quisiera, sin importar el costo para el resto de nosotros."

William observó a Steve cuidadosamente, notando el amargor en su tono y el agotamiento grabado en sus rasgos. Había más aquí que solo ira había desesperación. Desesperación que claramente había estado fermentando durante mucho tiempo, hasta que estalló en algo catastrófico.

Por un momento, la sala cayó en silencio, el leve zumbido de las luces era el único sonido. William sabía que este caso estaba lejos de ser tan sencillo como parecía. La falla del sistema, la aceptación tranquila de Steve, las capas de negligencia sistémica todo apuntaba a algo más grande, algo que no se sentía bien.



William asintió pensativamente, su tono medido. "Entiendo..." Miró nuevamente el informe, sus ojos escaneando los detalles adicionales. "Steve, los registros indican que eres programador. ¿Puedes decirme en qué área te especializas?"

Steve aclaró su garganta, su voz firme a pesar del peso en la sala. "Soy especialista en aplicaciones de software multimedia y 3D."

William inclinó ligeramente la cabeza, su mirada agudizándose. "Y si investigamos más a fondo, ¿vamos a encontrar algo... inusual? Quizás algo sobre habilidades de hacking?"

La reacción de Steve fue inmediata y defensiva, su voz elevándose ligeramente. "¿Qué? ¡No! No... mi especialidad es estrictamente en mi campo. El poco tiempo que me quedaba fuera del trabajo... solo quería pasarlo con mi familia..." Su voz se quebró al pronunciar la última palabra. "Mi familia..."

La compostura de Steve comenzó a desmoronarse, el recuerdo de su pérdida arrastrándolo a un espiral de duelo. Sintiendo así, William se inclinó hacia adelante, su voz suave pero firme. "Steve, lamento verdaderamente lo que has pasado. Entiendo que esto es mucho, pero necesito tu ayuda para atar algunos cabos sueltos. Si puedes hacer eso por mí, me aseguraré de que tengas la tranquilidad que necesitas."



Steve asintió, tragando con dificultad mientras recuperaba algo de concentración. "¿Qué necesitas?"

La voz de William era calmada pero deliberada. "Necesito que pienses en el momento en que decidiste cometer el crimen. ¿Notaste algo extraño sobre My Reality? ¿Algo fuera de lo común algo que no parecía correcto?"

Steve frunció el ceño, la pregunta obligándolo a revivir el día fatídico. "¿Algo raro? No sé... simplemente perdí el control. No era yo mismo. Estaba fuera de control..." Hizo una pausa, su expresión se tensó como si estuviera luchando por recordar. "Solo estaba... silencioso."

La curiosidad de William se profundizó. "¿Silencioso?"

Steve dudó antes de continuar. "El día anterior, el sistema no paraba. No dejaba de empujarme a comprar unas pastillas para aliviar el estrés, acosándome con anuncios y alertas sobre mis niveles de ansiedad. Pero esa mañana... no hizo nada de eso. Sin anuncios, sin alertas. Solo estaba... silencioso."

Las sospechas de William, ya hirviendo bajo la superficie, comenzaron a solidificarse. Algo en la declaración de Steve encajaba demasiado bien con la anomalía que había visto en la escena del crimen. "Entiendo," respondió con tranquilidad, su mente ya corriendo con posibilidades.



Se enderezó, cerrando el archivo en sus manos. "Como prometí, te dejarán en paz hasta que comience el proceso formal. Considerando tus circunstancias, Steve, te insto a buscar ayuda psicológica. Has elegido un camino oscuro, pero eso no significa que no haya un camino por delante. Incluso si ahora no lo crees, te mereces la oportunidad de encontrar paz."

Steve asintió débilmente, su mirada fija en la mesa. William se levantó y salió de la habitación, el sonido de la puerta cerrándose resonando suavemente detrás de él.

Durante un largo momento, la habitación estuvo en silencio. Steve se sentó solo, mirando sus manos, su respiración era superficial. Luego, como la ruptura de una represa, el silencio dio paso al sonido callado y angustiado de las lágrimas: lágrimas de dolor, pérdida y un arrepentimiento que las palabras no podían expresar.

En el pasillo, los pasos de William eran decididos. Sus instintos le decían que había más en este caso que un simple fallo del sistema. El silencio que Steve describía no era parecía un descuido, era una ausencia deliberada. Y William no era el tipo de hombre que dejara pasar algo así sin examinarlo.

William se sentó en su escritorio, sus ojos fijos en los flujos de datos que corrían por su pantalla. Su posición le otorgaba acceso privilegiado a la mayoría de los datos relacionados con la seguridad dentro del sistema My Reality. Revisó las grabaciones de video y los registros de acceso vinculados tanto a Steve como a Allison, examinando cada detalle. Sin embargo, nada parecía sospechoso. Ningún acceso no autorizado. Ninguna manipulación de las grabaciones de video. Si alguien había intervenido, había cubierto sus huellas con gran maestría.



A continuación, dirigió su atención al llamado error de código que los técnicos afirmaban había causado la falla del sistema. Aunque William no era un experto en programación, sus años de experiencia le habían proporcionado un conocimiento práctico de lo básico. Aún así, para involucrar a un experto y solicitar una investigación más profunda, necesitaba más que suposiciones: necesitaba algo concreto.

La corporación detrás de My Reality, Reality Labs, era ferozmente protectora de su software. Custodiaban sus sistemas como si revelar incluso el más pequeño defecto pudiera destruir su reputación. William sabía de primera mano lo difícil que era acceder a los datos que actualmente tenía. Reality Labs preferiría que la policía trabajara con información de segunda mano, filtrada hasta el punto de ser inútil. Pero la atmósfera de miedo que permeaba en la sociedad cultivada y reforzada por los medios de comunicación masivos había obligado a la corporación a permitir un acceso directo limitado al sistema. Sin esta concesión, investigaciones como la de William serían imposibles.

Siguió la trayectoria emocional de Steve, comenzando con el trágico momento en que recibió la noticia de la muerte de su familia. El sistema había registrado los picos de tensión esperados, activando sus respuestas habituales. Todo, a primera vista, parecía funcionar como se había diseñado. Durante las horas siguientes, la tensión de Steve se mantuvo en un nivel constante pero elevado nuevamente, no era inusual dadas las circunstancias.



El desafío era filtrar el enorme volumen de procesos activados durante ese tiempo. Cada pico de tensión había desencadenado cientos de procesos de publicidad y recomendación personalizados, todos diseñados específicamente para Steve. Este sistema de publicidad a medida diseñado para atacar el perfil psicológico único de cada individuo era casi imposible de descifrar. Era como una secuencia de ADN, construida a medida para cada usuario. No había dos personas con el mismo algoritmo analizando y vendiéndoles. Comparar los datos de Steve con los de otros no arrojaba nada útil.

Sin desanimarse, William avanzó rápidamente hasta la mañana del crimen. Steve había salido de su casa exactamente a las 8:00 a.m., dirigiéndose hacia la residencia de Allison, varias calles más allá. William revisó los registros de video del viaje de Steve. Fiel al relato de Steve, la mañana había sido inquietantemente silenciosa. No hubo ni un solo anuncio que lo interrumpiera ni siquiera la habitual aluvión de sugerencias de productos por la que el sistema era conocido.

Esto era inusual. El sistema My Reality forzaba un flujo constante a menos que los usuarios pagaran explícitamente para reducir o eliminar los anuncios. Los registros financieros de Steve confirmaban que no había optado por la experiencia sin anuncios. Basado en su nivel de ingresos, Steve debería haber estado recibiendo anuncios cada diez minutos, como mínimo.

Sin embargo, los registros mostraban dos hechos irrefutables:



1. Steve no había recibido ningún anuncio esa mañana.

2. No había pagado para desactivar los anuncios.

William se reclinó en su silla, frunciendo el ceño. Por sí solo, esta anomalía podría no ser suficiente para justificar una investigación a gran escala. La corporación a menudo implementaba funciones experimentales o actualizaciones que rompían partes del sistema temporalmente, lo que conducía a fallos ocasionales mucho más graves que este. Para Reality Labs, una breve interrupción en la entrega de anuncios probablemente sería desestimada como algo menor e irrelevante.

Pero esto no era irrelevante. Era una posible pista una pieza de un rompecabezas más grande. Algo deliberado, quizás. O algo más complejo que un simple error.

Miró la pantalla, el peso de la decisión presionando sobre él. Esta anomalía no era suficiente para hacer que los superiores tomaran acción, pero era algo.

Un hilo para tirar.

Un posible patrón por descubrir.

Capítulo 5: Despertar temprano



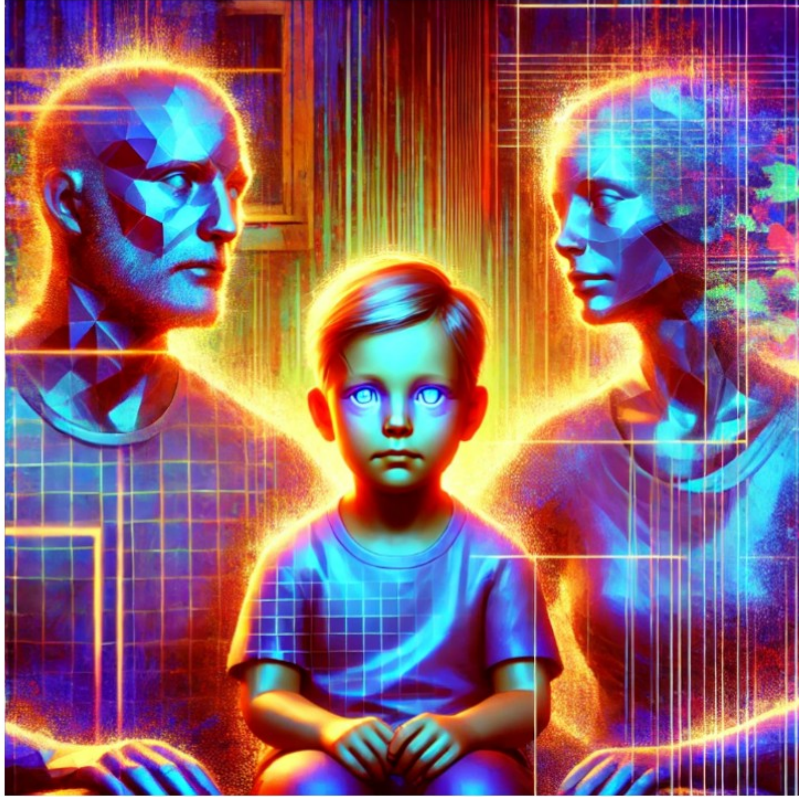
Luca era extraordinario. Una anomalía única en una generación.

En un mundo donde cada aspecto de la vida era meticulosamente monitoreado y controlado, hackear el sistema desde dentro requería no solo habilidad, sino una brillantez casi incomprensible. Luca tenía esa brillantez y lo sabía.

Las lentes de contacto My Reality eran implantadas quirúrgicamente en cada ciudadano a la tierna edad de cinco años. El momento no era arbitrario; era deliberado. A los cinco años, un niño comenzaba a formar una comprensión concreta del mundo que lo rodeaba. Era el momento perfecto para sobrescribir esa comprensión, para reemplazar la realidad con la ilusión aprobada por el estado. Una vez que las lentes estaban puestas, cada acción, cada momento, sería monitoreado y grabado. Para siempre. La realidad en sí misma se convertiría en un algoritmo, personalizado y sanitizado, asegurando el cumplimiento y el control.

Ese era el destino que Luca se negaba a aceptar.

Con solo cuatro años, Luca entendió algo que la mayoría de los adultos no podía captar en toda su vida: las lentes eran una prisión. Una vida vivida a través de ellas nunca sería libre. Su mente, más aguda y curiosa que la de quienes lo rodeaban, comenzó a notar las grietas en la fachada. Las sonrisas que nunca vacilaban. La felicidad que parecía artificial. El interminable acuerdo no verbal de ignorar la disonancia entre el mundo brillante y colorido que la gente veía y la silenciosa miseria que yacía bajo la superficie.



No pasó mucho tiempo antes de que Luca se diera cuenta de que no podía confiar en sus padres. Para él, parecían drones siempre sonriendo, siempre ajenos a su propia opresión. No es que no lo amaran. Luca nunca dudó de su amor. Pero se sentía vacío, como una muñeca mecánica que pronunciaba palabras de afecto a demanda. Sus padres no lo veían. Veían lo que el sistema quería que vieran: la versión de su hijo presentada por My Reality. Amaban algo que en realidad no existía.

Aquello le rompía el corazón.

Luca amaba a sus padres con cada fibra de su ser. Lo que más deseaba era que lo vieran tal como realmente era no la versión sanitizada, sino el Luca desordenado, imperfecto y auténtico. Anhelaba un amor verdadero, el tipo que provenía de una comprensión genuina. Y aunque podía sentir, muy por debajo de las capas de la falsa realidad que nublaban su visión, una chispa de verdadero afecto esperando liberarse, estaba enterrada demasiado profundo. Sus sonrisas, su negación de la desolación que los rodeaba, su inquebrantable creencia en la belleza de un mundo que no existía era insoportable.

Luca veía el mundo por lo que realmente era. Veía la suciedad que cubría las calles, la ropa desgastada que apenas se mantenía en los cuerpos de la gente, la enfermedad implacable que parecía aferrarse a cada respiración. Saboreaba el lodo cargado de químicos que pasaba por comida, sus sabores sintéticos enmascarando la podredumbre de debajo. Y en cada lugar que miraba, veía lo mismo: sonrisas vacías y sin vida. Todos incluidos sus padres llevaban esa expresión ausente, como si las lentes de realidad aumentada hubieran borrado la miseria de sus mentes por completo. Para ellos, todo era perfecto.



Luca se negó a tragarse esa píldora.

Con solo cuatro años, era impotente para cambiar su destino directamente. Lo entendía. El sistema era vasto, omnipresente y implacable. Conocía la existencia del underground, la oscura subcultura de personas que se habían liberado del control del sistema y vivían en lugares olvidados, desconectados de la red. Admiraba su desafío, pero ir al underground significaba renunciar a cualquier posibilidad de luchar de nuevo. Era su último recurso.

Lo que Luca necesitaba no era escapar; era conocimiento. No la versión sanitizada y aprobada por las corporaciones que se alimentaba a través del Nuevo Internet, sino las verdades crudas y sin filtrar del mundo. Necesitaba acceso a la antigua Internet.

Convencer a sus padres para que le compraran un ordenador no fue difícil. Lo enmarcó como curiosidad, un deseo de explorar y aprender, y ellos lo complacieron con gusto. Lo que compraron fue un modelo básico, diseñado principalmente para acceder a los prototipos beta del software corporativo. Permitía un acceso limitado a la antigua Internet, pero el sistema operativo estaba fuertemente bloqueado, restringiendo la flexibilidad. Para la mayoría de los usuarios, era un callejón sin salida.

Pero Luca no era como la mayoría de los usuarios.

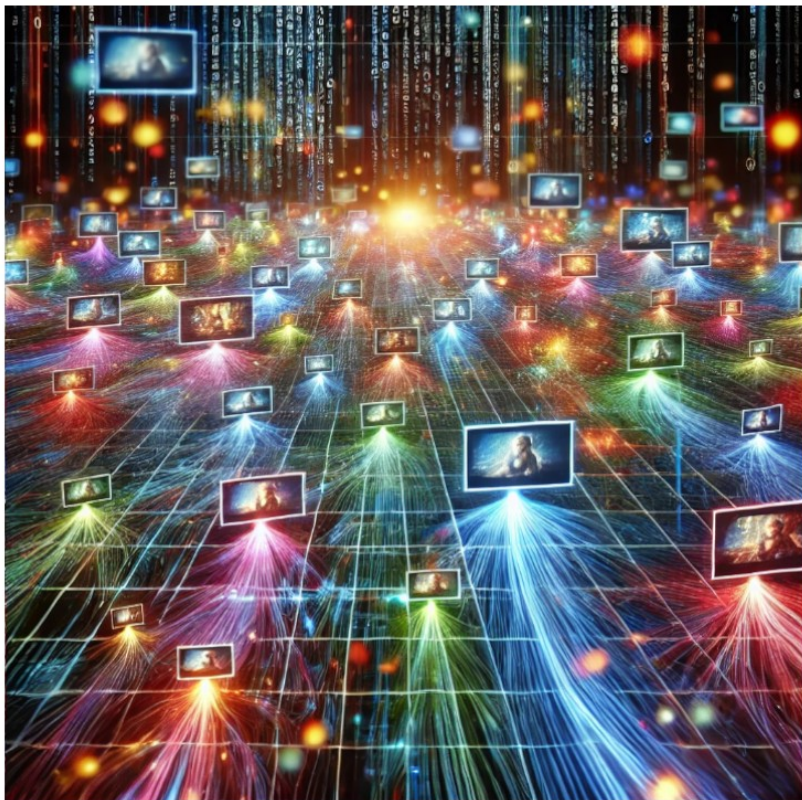


A través de cuidadosas experimentaciones, Luca descubrió que la máquina aún tenía puertas traseras sobras de la apresurada transición entre la antigua Internet y el Nuevo Internet. Estas vulnerabilidades pasadas por alto le permitieron eludir las restricciones, otorgándole acceso a algo mucho más valioso: una red subterránea y sigilosa escondida bajo las narices de las corporaciones.

Era brillante, pensó Luca, maravillándose ante la ingeniosidad de sus creadores. El underground había encontrado una manera de explotar los mismos sistemas diseñados para controlarlos. Se colaban en las transmisiones de video aprobadas por las corporaciones, incrustando sus comunicaciones dentro de ellas. La técnica aprovechaba un viejo método de los primeros días de Internet, uno que priorizaba la velocidad sobre la integridad de los datos. Al alterar sutilmente algunos bytes de una transmisión de video, apenas una fracción de un megabyte, podían transmitir mensajes encriptados sin comprometer la calidad del video.

Las corporaciones, obsesionadas con optimizar el compromiso de los usuarios, no se habían molestado en verificar la integridad de los paquetes de datos. Para ellos, si el video se veía perfecto, era perfecto. Esa falta de supervisión permitió la existencia de la red subterránea, que navegaba sin ser notada en las corrientes de propaganda corporativa tóxica.

Una vez que Luca accedió a esta red oculta, un mundo entero se abrió ante él. Descubrió una sociedad subterránea que había logrado labrar una existencia frágil fuera del control del sistema. Habían construido puestos avanzados aislados a través de las ciudades, los únicos lugares donde las personas podían ver la realidad tal como realmente era.



La red servía como su línea de vida. A través de ella, coordinaban el transporte de alimentos y medicinas entre los puestos avanzados, evitando la detección por parte de las autoridades. Compartían alertas sobre las redadas policiales inminentes, dando a su gente la oportunidad de dispersarse antes de que llegaran las represalias. Cada byte de información era precioso, llevado en las sombras de las transmisiones de video corporativas que, de otro modo, buscaban esclavizar mentes.

Para Luca, fue una revelación. El underground no solo estaba sobreviviendo; estaban luchando.

Luca sabía que tenía que dar un peligroso paso. Un riesgo tan enorme que rozaba lo inimaginable para alguien de su edad. Si quería descubrir más sobre la tecnología que estaba destinada a encarcelarlo en menos de un año necesitaba más de lo que su dispositivo restringido podía proporcionar. Necesitaba respuestas reales. Y para obtenerlas, tenía que contactar con el underground.

Su primer desafío fue averiguar cuándo y dónde tendría lugar una entrega. Después de días de meticulosa observación y de juntar información fragmentada de la red oculta, localizó un momento y un lugar.

A las 2:00 a.m., Luca salió sigilosamente de su habitación. Las calles en su parte de la ciudad estaban inquietantemente silenciosas, como siempre a esa hora. Cualquiera que estuviera despierto estaba perdido en las experiencias adictivas que le entregaba directamente a los ojos My Reality o confinado en sus apartamentos. En este rincón descuidado de la ciudad, no había presencia policial. Las autoridades habían dejado de patrullar estas calles hace mucho tiempo. ¿Para qué molestarse cuando el sistema monitoreaba todo? La policía solo aparecía después de los hechos, para limpiar a los muertos o detener a aquellos que ya habían sido atrapados.



Luca se dirigió al punto de encuentro, su corazón palpitando con cada paso. Encontró un lugar para esconderse detrás de un grupo de contenedores de basura, agachándose y tratando de calmar su respiración. Pero Luca, a pesar de su brillantez, no era un maestro del sigilo. Sus nervios estaban a flor de piel, y cada uno de sus movimientos delataba su inexperiencia.

Justo cuando la reunión estaba a punto de comenzar, una voz rompió el silencio detrás de él. Baja y tranquila, pero firme.

"¿Quién demonios eres?"

El corazón de Luca se detuvo. El pánico se apoderó de él, y sin pensar, salió corriendo de su escondite. Pero no avanzó mucho. Una mano fuerte lo agarró sin esfuerzo, levantándolo del suelo como si fuera una pluma. Luchó violentamente, retorciéndose y pateando, incluso mordiendo la mano que lo sostenía. No servía de nada.

El hombre que lo sostenía se rió suavemente, divertido por la resistencia inútil del niño. "¡Ja ja ja! Este tiene algo de fuego," murmuró, con un atisbo de sonrisa en su voz.

La fuerza de Luca se desvaneció rápidamente. Solo era un niño, su pequeño cuerpo no podía competir con el sólido agarre del hombre adulto. Cuando el hombre vio que la energía del niño se había agotado, aflojó su sujeción y lo dejó caer suavemente al suelo. Luca se quedó allí, con el pecho agitado, su mente corriendo con qué hacer a continuación. Correr era inútil. No llegaría muy lejos.



Después de una larga pausa, el hombre habló de nuevo, su tono ahora más calmado. "Está bien, joven guerrero," dijo, agachándose ligeramente para mirar a los ojos de Luca. "¿Vas a decirme qué estás haciendo aquí, o necesitamos empezar de nuevo?"

Luca dudó. Sabía que no tenía otra opción que decir la verdad. Lo habían atrapado con las manos en la masa en su punto de encuentro, y estas personas, las que estaban desconectadas del sistema, no eran tontos. No podría engañarlos.

"Yo... quería conocerlos," dijo en voz baja, apenas un susurro.

El hombre levantó una ceja, claramente intrigado. "¿Oh?" dijo, su curiosidad despertada. "¿Y por qué querrías conocernos?"

Luca tragó saliva con dificultad, luego tomó una respiración profunda. Sus palabras salieron firmes, pero teñidas de vulnerabilidad, señalando hacia afuera con su pequeño dedo. "Porque no quiero ser como ellos."

El hombre que había atrapado a Luca no era otro que Henry Walker, el líder de la red subterránea en la ciudad. La reputación de Henry lo precedía un hombre de resolución tranquila e instintos agudos, confiado por los restos dispersos del mundo libre para mantener viva su frágil red.



A medida que la noche avanzaba, Luca se encontró haciendo algo que nunca había hecho antes: confiar plenamente en alguien. Le contó a Henry todo. Cómo había hackeado su básico ordenador, encontrado el sistema de comunicación secreto enterrado dentro de las transmisiones de video corporativas, y descubierto los detalles de esta reunión clandestina. Su voz titubeaba mientras confesaba sus miedos cuán aterrizado estaba de convertirse como todos los demás fuera del underground, con sus mentes nubladas por el sistema My Reality. Pero también habló de sus padres, el amor que aún sentía por ellos, y la culpa que lo roía al pensar en dejarlos atrás.

Henry escuchó atentamente, su silencio animando a Luca a seguir adelante. Cuando el chico finalmente se detuvo, su pecho subía y bajaba ligeramente por el esfuerzo de soltarlo todo, Henry se tomó un momento para reunir sus pensamientos. La habitación se sentía tranquila, el peso de la historia de Luca asentándose entre ellos.

"Luca," comenzó Henry, su voz firme, "¿te das cuenta de lo que has hecho?" Hizo una pausa, dejando que sus palabras calaran hondo. "Eres la primera persona nunca en descubrir nuestro sistema de comunicación. Durante treinta años, desde que lo implementamos, nadie fuera de nuestros puestos avanzados subterráneos lo ha descifrado. Ni una sola vez. Incluso cuando algunos de nuestros miembros fueron capturados, torturados y asesinados, nunca revelaron este secreto."



Exhaló profundamente, sus ojos encontrándose con los de Luca. "Cuando me dijiste que sabías sobre eso, tuve que luchar contra el pánico que subía en mi pecho. Pensé que estábamos comprometidos. Pero luego escuché toda tu historia." Henry hizo una pausa, una pequeña y casi increíble sonrisa asomándose en la esquina de sus labios. "Me alegra haber escuchado. Luca, eres uno de los nuestros."

Luca parpadeó, sin saber cómo responder. El peso de las palabras de Henry llenó la habitación, y por primera vez en mucho tiempo, sintió algo similar a la pertenencia.

Henry se levantó y se dirigió a la estufa, la pequeña llama parpadeando mientras vertía agua caliente en dos tazas desparejadas. El aroma de las hierbas llenó el aire mientras le entregaba una a Luca, quien la aceptó con un silencioso y agradecido asentimiento.

"Pero no eres como el resto de nosotros," continuó Henry, su voz firme pero llena de convicción. "Honestamente, no creo que haya alguien como tú en todo el mundo. El hecho de que, con solo cuatro años, sin ayuda, hayas logrado llegar tan lejos es extraordinario. Luca, eres extraordinario."

Luca miró hacia abajo a su taza, el calor filtrándose en sus manos. Su rostro se sonrojó ligeramente, pero su voz fue clara cuando finalmente habló. "Entonces, ¿me ayudarás?"



Henry no dudó. Dejó su taza y se inclinó ligeramente hacia adelante, su expresión suavizándose con algo que se asemejaba a orgullo. "Sí, Luca," dijo, su tono deliberado y firme. "Te ayudaré con lo que necesites."

En el año que precedió a la implantación de las lentes de contacto My Reality, Luca pasó cada noche deslizándose a través de las sombras para visitar a la comunidad subterránea. Durante el día, vivía bajo los ojos vigilantes de un mundo que nunca lo vio tal como realmente era. Por la noche, se sumergía en el único lugar donde la realidad existía sin filtros.

Las condiciones en el underground eran indudablemente duras: escasez de alimentos, recursos limitados y vigilancia constante contra el descubrimiento. Pero aquí, al menos, las personas tenían algo raro y precioso: control sobre sus vidas. A la luz tenue de los puestos avanzados, Luca vio lo que había deseado durante toda su vida. Vio amor. Amor real. Familias que, a pesar de sus dificultades, compartían un vínculo inquebrantable. Padres que miraban a sus hijos y realmente los veían, sus miradas despejadas por los filtros de realidad aumentada que reducían a todos los demás a sonrisas sin vida.

Cada vez que Luca presenciaba estos momentos, le provocaba un dolor agudo en el pecho. Un recordatorio de lo que anhelaba y de los padres que amaba pero que nunca podrían verlo por quien realmente era. Pero Luca no dejó que el dolor lo consumiera. En cambio, lo canalizó, transformándolo en determinación. Si trabajaba lo suficientemente duro, tal vez podría encontrar una manera de liberar a sus padres de la hermosa pesadilla en la que vivían.



Henry mantuvo su palabra, proporcionando todo lo que Luca pedía. Y cuando Henry no tenía lo necesario, se comunicaba con otros puestos avanzados, a menudo con un gran riesgo personal, para llevarlo a sus manos. En el corto tiempo que habían conocido, Henry se había convertido en más que un mentor: era una figura paterna. A través de conversaciones silenciosas con otros miembros del underground, Luca aprendió de los sacrificios de Henry y las cargas que llevaba para mantener vivos los puestos avanzados.

Años antes, cuando una redada corporativa había amenazado con dismantelar la red, Henry se había dejado capturar para salvar a otros. Durante un año, soportó brutales interrogatorios en la sede policial controlada por la corporación. Lo golpearon, lo hicieron pasar hambre y lo sometieron a torturas indescriptibles, pero Henry se negó a ceder. Cuando sus captores finalmente creyeron que estaba muerto después de una paliza salvaje, arrojaron su cuerpo cerca de una zona de reunión conocida para los puestos avanzados, con la intención de desmoralizar a la comunidad al exhibir a uno de los suyos como una advertencia sin vida.

Lo que no sabían era que Henry seguía vivo. Apenas. Su rescate fue un milagro, pero el costo que había tenido fue evidente. Le tomó casi un año recuperarse, y aun así, había cambiado para siempre. El trauma le había costado la vista en un ojo, y su pierna derecha había sido reemplazada por una prótesis rudimentaria. Sin embargo, Henry nunca permitió que sus lesiones lo definieran. Regresó a su rol de liderazgo más fuerte que nunca, un símbolo de resiliencia y esperanza para el underground.



La fuerza de Henry no era solo física; era su humildad y determinación las que lo convertían en un verdadero líder. No tenía miedo de pedir ayuda, e inspiraba lealtad no a través del miedo, sino a través de la confianza. Henry estaba allí para su gente, y ellos, a su vez, harían cualquier cosa por él.

Luca absorbía estas historias, cada una consolidando su admiración por Henry. En el underground, rodeado de personas que vivían en las condiciones más duras pero que aún elegían la libertad sobre la ilusión, Luca encontró un propósito mayor que él mismo. No solo estaba trabajando para liberar a sus padres estaba luchando por un mundo donde nadie tuviera que vivir detrás de una máscara.

Y a medida que el apoyo inquebrantable de Henry alimentaba su determinación, Luca sabía una cosa con certeza: ya no estaba solo.

Una vez que Luca adquirió una laptop capaz de conectar sin problemas la antigua Internet y el Nuevo Internet, su progreso se aceleró drásticamente. El dispositivo era una rareza, un relicario en sí mismo, y aun así proporcionaba la flexibilidad exacta que Luca necesitaba. Su primer gran avance llegó cuando logró obtener los esquemas para los implantes de lentes de contacto My Reality, junto con el sistema BIOS que gobernaba sus funciones de hardware más esenciales.



La BIOS Sistema Básico de Entrada y Salida era un relicario de una época tecnológica anterior, a menudo pasado por alto en medio de la elegancia de las interfaces modernas. Pero para Luca, era un tesoro de potencial. Oculto en lo profundo del circuito, el BIOS actuaba como el arquitecto silencioso del alma del hardware, controlando los procesos fundamentales que permitían que el dispositivo funcionara. A diferencia del software que dejaba huellas en los registros o las actualizaciones de firmware que levantaban alertas inmediatas, las modificaciones al BIOS eran más sigilosas, prácticamente invisibles excepto para las auditorías más exhaustivas.

No pasó mucho tiempo antes de que Luca desentrañara los intrincados mecanismos del sistema. En solo unos días, había realizado ingeniería inversa a sus vulnerabilidades, creando un script personalizado capaz de explotarlas. Su objetivo era ambicioso pero preciso: crear un bucle de video que capturara los últimos cinco minutos de actividad. Este bucle podría ser activado a demanda, alimentando al sistema un flujo continuo de entradas fabricadas que imitaban la actividad en tiempo real. Con esto, Luca podría realizar acciones ocultas de los ojos curiosos de los algoritmos de My Reality.

Pero, aunque su script era brillante en teoría, implementarlo presentaba un desafío monumental. Probar el hack requería activar un par real de lentes de contacto. El underground había logrado recuperar varios pares de los cuerpos de aquellos que habían muerto en las calles, víctimas de los fracasos del sistema o de su brutal aplicación. Sin embargo, encenderlos planteaba un riesgo extremo.



Las lentes de contacto estaban equipadas con un protocolo de seguridad implacable. Cualquier activación fuera de sus usuarios autorizados desencadenaba una respuesta inmediata de grado militar. A los cinco minutos posteriores a la activación de un dispositivo robado, se desplegaría un escuadrón de policía militar en la ubicación de activación, armado y autorizado para neutralizar cualquier amenaza.

Era una apuesta, y todos en el puesto avanzando lo sabían. Probar el hack de Luca significaba exponerse a la plena fuerza de la ira del sistema. Pero era una apuesta que tenían que tomar. Incluso el trabajo más excepcional rara vez tenía éxito en el primer intento sin pruebas en el mundo real.

Henry, siempre la voz de la razón, reunió al equipo para discutir los riesgos. "No podemos dejar que el miedo nos detenga," dijo, su único ojo bueno escaneando los rostros de aquellos a su alrededor. "Lo que Luca ha construido podría ser la clave para algo más grande que cualquiera de nosotros. Pero tenemos que ser inteligentes. Si probamos esto, tiene que ser rápido, preciso y con un plan inmediato para reubicarnos si algo sale mal."

Luca, sentado al borde de la sala, sintió el peso de su confianza presionando sobre sus jóvenes hombros. Entendía las implicancias mejor que nadie. Su mente corría mientras recalculaba cada línea de código, cada variable, asegurándose de que no hubiera errores. Esto no solo era una prueba de su ingenio era una prueba de su fe en él.



A medida que el grupo finalizaba su plan, la tensión era palpable. Estaban a punto de provocar al sistema que gobernaba sus vidas con mano de hierro, y el margen de error no existía.

Pero Luca no titubeó. Había llegado demasiado lejos para dejar que el miedo dictara sus acciones ahora.

Henry, Luca y otros dos miembros del puesto avanzaban cuidadosamente hacia una zona industrial abandonada en las afueras de la ciudad. El área era un laberinto en decadencia, sus edificios esqueléticos olvidados por el resto de la sociedad. Maquinarias oxidadas y paredes en ruinas salpicaban el paisaje, dándole al lugar un aire de amenaza silenciosa. Incluso aquellos desconectados del sistema lo evitaban, cautelosos de los residuos químicos que aún persistían, restos de una era pasada de exceso manufacturero.

Pero para esta prueba, era la ubicación perfecta. El terreno peligroso y el diseño laberíntico ofrecían posibles rutas de escape si las cosas salían mal. El deterioro de los edificios, con paredes al borde del colapso, podría ralentizar cualquier persecución. No era la primera vez que Henry y su equipo estaban aquí; conocían el área íntimamente, incluyendo cada atajo y escondite.



A las 3:00 a.m., el grupo llegó al edificio elegido, cuyo techo estaba parcialmente colapsado y el aire se sentía denso con el sabor metálico del óxido. Trabajaron rápidamente, instalándose en el salón principal del edificio. La laptop de Luca brillaba débilmente en la oscuridad, siendo la única fuente de luz además de sus linternas portátiles. Tenía todo preparado para conectarse de forma inalámbrica a las lentes de contacto My Reality en el momento en que se encendieran.

Las apuestas eran claras: una vez que comenzara la prueba, la policía militar llegaría en cinco minutos. Para verificar que el hackeo de Luca había tenido éxito, tendrían que esperar un agonizante minuto para confirmar el resultado. Si la prueba fallaba, tendrían que repetir el proceso, dejándolos con casi ningún margen de error.

Henry estaba al lado de Luca, sosteniendo las lentes de contacto en su mano marcada. Su único ojo bueno se movía entre el niño y los alrededores, con su enfoque inquebrantable. Los otros dos miembros del equipo delgados y alertas estaban apostados en extremos opuestos del edificio, vigilando cualquier signo de peligro. Cada crujido, cada leve ráfaga de viento, tensaba sus nervios.

Las manos de Luca flotaban sobre el teclado, temblando ligeramente mientras ajustaba los parámetros finales. Su corazón latía con fuerza en su pecho, pero su determinación no se tambaleó. Esto era lo que había estado buscando, la culminación de meses de preparación. Inhaló profundamente, obligando al miedo a aflojar su agarre sobre él.



"Es hora," dijo, su voz firme a pesar de la tensión que se acumulaba dentro de él. Miró a Henry y asintió levemente. "Ahora."

Henry no dudó. Con un movimiento ensayado, encendió las lentes de contacto.

El pequeño dispositivo parpadeó al cobrar vida, sus circuitos zumbando suavemente mientras se conectaba al Nuevo Internet. La laptop de Luca cobró vida, flujos de datos inundando la pantalla mientras el sistema intentaba autenticar el hardware robado.

Comenzó la cuenta regresiva.

En el momento en que Luca detectó las lentes de contacto en la red inalámbrica que había configurado, se conectó, subió su script y lo ejecutó. Todo el proceso tomó solo 20 segundos. Ahora, todo lo que podían hacer era esperar un minuto para ver los resultados.

Pero esperar no era parte de la naturaleza de Luca. Había preparado scripts de respaldo para este escenario. Si la primera prueba fallaba, estaba listo para intentar de nuevo de inmediato.

01:20. La primera prueba falló.

Los registros de error que Luca había programado previamente para que el script recopilara aparecieron en su laptop. Sus dedos se movieron rápidamente mientras escaneaba los datos, buscando el problema. Hizo una señal a Henry para que reiniciara el dispositivo. Tenían que intentar el siguiente script sin demora.



01:50. La segunda prueba comenzó.

Mientras el nuevo script se ejecutaba, Luca se sumergió en los registros de la primera prueba, diseccionando las entradas en busca de pistas. Sus ojos agudos se entrecerraron al encontrar algo inesperado: una entrada para una dirección de memoria no válida. Según los esquemas, ese bloque de código correspondía a una verificación rutinaria del tiempo universal a través de la Nueva Internet. Se suponía que debía ser una operación de lectura simple.

A menos que...

Una creciente sospecha se arraigó en la mente de Luca.

02:50. La segunda prueba falló.

La tensión en la sala se volvía palpable. Los otros dos miembros del puesto avanzando intercambiaron miradas nerviosas, su miedo aumentando con cada segundo que pasaba. Incluso Henry, tan firme como siempre, mostraba grietas en su determinación. Pero Luca no tenía tiempo para explicar su teoría. Ya estaba escribiendo furiosamente, parcheando una solución a lo que creía que era el problema.

04:00. Luca detuvo la tercera prueba él mismo, instruyendo a Henry para que reiniciara el dispositivo una vez más.

04:20. La cuarta prueba comenzó.



Fue entonces cuando escucharon el inconfundible sonido de las hélices cortando el aire nocturno. El helicóptero de la policía militar se acercaba. Se les acababa el tiempo.

Henry dio órdenes a gritos. El equipo inmediatamente se pivotó hacia su plan de escape, moviéndose rápidamente a través del laberinto de edificios abandonados cubiertos de escombros. Pero con el dispositivo aún encendido, el helicóptero se dirigiría hacia su señal. La improvisación era su única opción.

Henry levantó a Luca en sus brazos, mientras otro miembro del equipo agarraba la laptop de Luca. Corrieron a través de la oscuridad, esquivando paredes en colapso y maquinaria oxidada mientras el helicóptero se acercaba cada vez más. El foco iluminó el suelo, pasándolos por escasos pies.

05:20. En la pantalla de la laptop de Luca, el terminal negro mostraba una sola palabra en letras verdes brillantes: ÉXITO.

Henry no dudó. Le pasó a Luca a uno de los otros y agarró las lentes de contacto. Sin decir una palabra, salió corriendo en la dirección opuesta, el dispositivo apretado en su mano. El foco del helicóptero se desvió, enfocándose en él. No miró atrás.

El resto del equipo, llevando a Luca y su laptop, se deslizó a la sombra. Gracias al sacrificio de Henry, lograron salir del área sin ser detectados.



Las horas que siguieron en el puesto avanzado subterráneo fueron las más largas de la joven vida de Luca. Cada segundo se alargaba, su mente corría con horribles escenarios de lo que podría haberle pasado a Henry. El hombre que había arriesgado todo por ellos podría estar muerto, capturado o peor. El pensamiento era insoportable.

Y luego, justo cuando la desesperación comenzaba a superarle, Henry entró en el puesto avanzado. Sonreía como si simplemente hubiera salido a dar un paseo relajado.

Luca corrió hacia él, con lágrimas corriendo por su rostro, y lo abrazó con toda la fuerza que pudo reunir. Fue el momento más feliz de su vida, el alivio saliendo de él en sollozos de alegría. Henry, su presencia firme tan inquebrantable como siempre, le dio una palmadita en la espalda con suavidad, su sonrisa nunca desvaneciéndose.

Cuando las emociones finalmente se calmaron, y Luca se secó la cara llena de lágrimas, Henry preguntó, "Entonces ¿cuál fue el problema?"

Luca sonrió a través de los restos de sus lágrimas, su mente aguda ya varios pasos adelante. "El código en realidad no estaba verificando la hora en Internet. Simplemente usaron un sucio atajo y nunca se molestaron en arreglarlo."



Capítulo 6: InMORTalIDAD

Nuestro hombre cerró el informe sobre el asesinato de Allison, su expresión indescifrable bajo el juvenil barniz de su rostro prostético. Era la primera vez que el sistema My Reality fallaba de manera tan catastrófica, y las implicaciones de tal debacle pública ardían como ácido en sus venas mecánicas. La furia burbujeaba bajo su calma aparente una ira silenciosa y metódica que exigía acción.

Se levantó de su opulento escritorio, el suave zumbido de los servos acompañando cada uno de sus movimientos. La oficina una obra maestra arquitectónica suspendida en lo alto de la ciudad era un testimonio de su dominio indiscutido. Las paredes de vidrio mostraban una ilusión curada de un horizonte prístino, una realidad meticulosamente diseñada por su sistema. Sin embargo, incluso en este paraíso manufacturado, sentía el peso de la imperfección. En algún lugar bajo su imperio, se estaban formando grietas.

Se necesitaba una lección.

Entregada en persona.

El hombre que había conquistado el mundo seguía vivo a los 120 años, aunque si aún podía ser llamado hombre era una pregunta que pocos se atrevían a hacer. Pero la pregunta persistía, incluso sin ser pronunciada, como el enigma del barco de Teseo, un dilema filosófico para las edades.



¿Conoces la historia? Los atenienses, esforzándose por preservar la embarcación del gran héroe, reemplazaron sus tablas en descomposición una por una hasta que, eventualmente, ninguna de las partes originales permaneció. ¿Seguía siendo el barco de Teseo, o se había convertido en algo completamente nuevo?

Para este hombre el mismo enigma se aplicaba. Parte por parte, la humanidad con la que nació había sido reemplazada, hasta que lo que quedaba era más máquina que hombre.

Sus piernas y brazos eran completamente robóticos, forjados con precisión y perfectamente sincronizados con las vías neuronales de su cerebro. Lograr tal armonía entre carne y metal no había sido fácil. El camino estaba pavimentado con los cuerpos de innumerables sujetos de prueba humanos sacrificados en ensayos peligrosos y no regulados una vez que las barreras éticas habían sido erradicadas. Para él, sus muertes no eran más significativas que la pérdida de ratas de laboratorio.

La transformación se extendió aún más. Su cara una imagen de perfección modelada a partir de un hombre de poco más de treinta años era una maravilla protésica. Treinta años antes, una cascada de reacciones alérgicas a interminables cirugías estéticas había dejado su rostro original grotescamente desfigurado. La cara sintética que ahora cubría el daño era una obra maestra de biomimética, su piel impecable era una mera máscara. Solo sus ojos, boca y oídos conectados a la prótesis seguían siendo los suyos.



Y su cabello siempre teñido de un negro azabache juvenil era la última reclamación superficial a su humanidad orgánica. De alguna manera, había sobrevivido a décadas de abuso químico, como si desafiara la inevitabilidad del tiempo.

El resto de su ser biológico estaba confinado a su torso. Sus órganos internos y genitales, los últimos vestigios de su humanidad, persistían con la ayuda de una intervención tecnológica implacable. A lo largo de los años, había reemplazado su hígado dos veces, su corazón una vez, y sometido sus células a tratamientos experimentales de anti-envejecimiento que empujaban los límites de la biotecnología. Procedimientos avanzados ralentizaban la oxidación y la descomposición celular, manteniéndolo vivo mucho más allá de los límites naturales.

Como todos aquellos embriagados por el poder, se consideraba indispensable. En su mente, los cambios radicales que había hecho en su cuerpo no eran solo para él eran sacrificios por el bien mayor de la humanidad. Sus acciones, sin importar cuán extremas, eran necesarias para asegurar que el sistema impecable que había construido perdurara, intacto, el mayor tiempo posible. Se veía a sí mismo como la pieza clave que mantenía unido el frágil orden del mundo, la única pieza irremplazable en una máquina que nunca podría permitirse fallar.

Sin embargo, incluso él no podía escapar del tirón del tiempo. A pesar de sus mejores esfuerzos por evitar lo inevitable, su cerebro, su último y más vulnerable vínculo con la mortalidad, había comenzado a flaquear. Deslices sutiles, momentos fugaces de confusión, grietas en la fortaleza mental que lo había sostenido durante más de un siglo. Los científicos que empleaba para monitorear su condición le aseguraban que no había nada que temer, sus sonrisas delgadas y forzadas, sus voces cuidadosamente medidas. Pero él sabía que no era así.



Los presionó para obtener la verdad, forzando sus labios temblorosos a confesar. No importaba cuántas mejoras neuronales empleara o cuántos medicamentos experimentales consumiera, su mente orgánica estaba fallando. Cinco años, dijeron. En el mejor de los casos. Después de eso, su cerebro colapsaría, dejándolo poco más que una concha vacía.

Pero había anticipado este momento. Siempre se anticipaba.

Su plan de respaldo había estado en marcha durante décadas. Para cuando llegó a los 90, había reconocido los límites de su carne y la inutilidad de su equipo para detener el proceso de envejecimiento. Así que redirigió sus esfuerzos. El Proyecto IA. Era una ambición audaz: imprimir su conciencia en una máquina que pudiera gobernar eternamente en su lugar. Durante más de treinta años, trabajó incansablemente para entrenar a la IA, alimentándola con datos sobre sus pensamientos, decisiones y personalidad. El proceso fue dolorosamente lento, requiriendo millones de registros para crear un modelo que realmente lo reflejara.

Solo recientemente los resultados habían comenzado a cumplir con sus expectativas. La IA ya no estaba escupiendo alucinaciones abstractas, sino proporcionando conclusiones que él mismo podría haber alcanzado. Aún así, estaba lejos de ser perfecta. Su mayor defecto residía en su renuencia a tomar las decisiones difíciles los sacrificios despiadados y necesarios que lo habían impulsado al poder. Incorporados en su código había vestigios de empatía humana, una cualidad que él consideraba una peligrosa debilidad. Una y otra vez, la IA dudaba, vacilando ante decisiones que requerían una resolución absoluta e inquebrantable.



Su equipo de desarrollo, inicialmente resistente a alterar los principios fundamentales de la IA, finalmente cedió bajo su presión incesante. Poco a poco, esas restricciones de empatía fueron eliminadas. La IA estaba aprendiendo a adoptar el pragmatismo, a priorizar la eficiencia sobre el sentimiento. Pero no era suficiente. No aún. Y el tiempo se le escapaba de las manos.

Mientras se sumergía en la refinación de la IA, se enfrentaba a una realidad frustrante: la gente se estaba volviendo más estúpida. Era una tendencia que había notado a lo largo de las décadas, un constante declive en la competencia de quienes lo rodeaban.

Hace ochenta años, encontrar talento había sido sencillo. Los ambiciosos, los brillantes, los motivados se habían aglomerado a su causa, ansiosos por demostrar su valía en su mundo. Si alguien no cumplía, los llevaba a sus límites. Entonces, o se elevaban a la ocasión o eran reemplazados por alguien que pudiera manejar la presión. Había sido un sistema brutal pero eficiente.

Ahora, no había reemplazos. Las élites, los únicos a quienes se les otorgaba acceso a la educación y los recursos necesarios para mantener su sistema, eran perezosos. Niños mimados que hacían lo mínimo, disfrutando de los logros de quienes los precedieron. No importaba cuánto invirtiera en su formación, no producían nada de valor, simplemente reciclaban descubrimientos hechos hace medio siglo.



No podía comprenderlo. ¿Qué había pasado con la ambición? ¿Con el genio?

En todos los aspectos, era un genio entre genios. Pero se sentía cada vez más como el último de su especie, rodeado de mediocridad. La decadencia del talento lo obligaba a dedicar más y más de su tiempo a micromanear tareas que alguna vez hubieran estado por debajo de él, arrastrando a otros a sus estándares imposibles. Era una distracción que no podía permitirse, una pérdida de tiempo precioso que podría haberse utilizado para perfeccionar su legado su IA inmortal.

Las pesadas puertas metálicas de la oficina subterránea del equipo de desarrollo de servidores se abrieron con un siseo, un bajo gemido mecánico que anunciaba la inminente pérdida. El escáner retinal había verificado la identidad del hombre que se acercaba, pero no era necesario. Su llegada ya había sido anunciada por el frío y deliberado ritmo de sus pasos un tintineo metálico que resonaba por los pasillos estériles.

Dentro, el zumbido de conversaciones tranquilas y el clic de los teclados cayeron en un silencio antinatural. Las cabezas se volvieron hacia la puerta, los rostros drenándose de color al entrar él. Avanzó, su figura imponente enmarcada por el brillo clínico de las luces superiores, las superficies relucientes de sus extremidades mecánicas reflejando su brillo estéril. No llevaba zapatos sobre sus piernas prostéticas; el sonido agudo e implacable de sus pasos era su anuncio preferido. Que lo oigan venir. Que lo teman.



Su mirada recorrió la habitación, diseccionando a las personas dentro como si calculase su valor o la falta del mismo. La perfección de máscara de su rostro prostético no traicionaba emoción alguna, pero el peso de su presencia se sentía como una fuerza física. Uno a uno, los empleados desviaron la mirada, esperando escapar de su atención. Sabían la regla tácita: Si él viene en persona, ya es demasiado tarde.

Se detuvo en el centro de la habitación, su postura rígida, su sombra extendiéndose por el suelo pulido como un espectro de juicio. Cuando habló, fue una explosión que hizo añicos el opresivo silencio.

"¿CÓMO DEMONIOS FALLÓ NUESTRO SISTEMA DE ESTA MANERA?!"

La habitación se estremeció en conjunto. Ninguna voz se atrevió a responder. Todos habían escuchado las historias las diatribas, las amenazas, los castigos. Nadie quería ser el que provocara aún más su ira.

No esperó mucho. Su voz, más aguda que el sonido de sus pasos, cortó el silencio.

"QUIERO UNA EXPLICACIÓN. AHORA. A MENOS QUE TODOS QUIERAN PERDER SU ESTATUS DE ALTA CLASE Y ENCONTRARSE ARROJADOS A LOS BARRIOS DE BAJA CLASE SIN NADA!"



El pánico se extendió por la habitación. La desesperación reemplazó a la parálisis mientras los empleados intercambiaban miradas frenéticas. Alguien tenía que responder cualquiera. Después de una larga y extenuante pausa, el gerente del equipo dio un paso al frente, su rostro pálido, sus manos temblorosas.

"H-Hemos estado analizando todos los datos de la última prueba de simulación de avatares," tartamudeó, su voz apenas firme. "Estamos avanzando en la identificación de lo que pudo haber causado el fal..."

"¿¡ME TOMAS POR ESTÚPIDO?! " La voz de nuestro hombre estalló de nuevo, una fuerza brutal que sacudió el aire. "¡NO ESTOY HABLANDO DE TUS PATÉTICAS PRUEBAS! ¡ESTOY HABLANDO DE UN ASESINATO UN CIUDADANO MUERTO A LA VISTA DE TODOS!"

El gerente se encogió visiblemente, su temblor intensificándose. "... Sobre eso," murmuró, apenas audible, "hemos identificado el problema. Parece que un proceso aleatorio alteró el umbral para detectar peligros. El problema ha sido solucionado, y creemos que no volverá a suceder "

"¿'CREEMOS'?! ¿UN PROCESO ALEATORIO?! ¿¡TE CREEES QUE SOY IMBÉCIL?! " Su rabia alcanzó su punto máximo, un inferno amenazante dispuesto a consumir al desafortunado gerente, cuyas labios se movían en silencio, incapaces de formar una respuesta.

Dos figuras aparecieron en la puerta personal de seguridad con uniformes impecables. Sin dudarlo, entraron y agarraron al gerente por los brazos. Él se resistió débilmente, su voz elevándose a un lamento mientras lo arrastraban hacia la salida. "¡No! ¡Por favor, no! ¡Dame otra oportunidad! ¡Puedo arreglar esto! ¡Lo juro !"



Las súplicas resonaron en la habitación, sin respuesta, mientras los guardias de seguridad lo sacaban de la vista. Los empleados restantes miraban al frente, paralizados por el miedo. La habitación parecía más fría ahora, como si el aire mismo se hubiera enfriado por el intercambio.

Nuestro hombre se dio la vuelta hacia el aterrorizado equipo, sus ojos entrecerrándose mientras los examinaba. Su voz fue un trueno de finalización.

"ESTO NUNCA VOLVERÁ A SUCEDER. ¿ME ENTIENDEN?"

Un murmullo de cabezadas se extendió por la habitación, rígidas y mecánicas, como si cada persona temiera que un solo movimiento en falso pudiera atraer su atención.

Satisfecho por ahora se dio la vuelta sobre su talón y salió, sus pasos metálicos desvaneciéndose en la distancia. El silencio que dejó atrás era más pesado que antes, denso con el alivio no pronunciado de aquellos que habían sobrevivido a la tormenta. Por ahora.

De vez en cuando, se permitía la satisfacción de lo que él llamaba un día productivo.

Y hoy había sido muy productivo.



En su camino de regreso a su oficina, nuestro hombre hizo una parada en el laboratorio el centro neurálgico de su proyecto más querido. La IA que se estaba desarrollando dentro de estas paredes no era meramente una herramienta; era su legado, la encarnación de su voluntad y la promesa de su dominio eterno.

A diferencia de la tensa atmósfera del equipo de desarrollo en el sótano, el laboratorio exudaba eficiencia tranquila. Su presencia aquí era rutinaria, incluso esperada, ya que realizaba visitas diarias para monitorear el progreso. Al entrar, las cabezas se volvieron brevemente en reconocimiento, pero no había miedo en sus rostros. Este era su santuario, un lugar donde permitía preguntas, cualquier pregunta, sin restricciones. Aquí, la curiosidad no se castigaba, sino que se fomentaba, siempre que sirviera al objetivo final. Y él siempre respondía, sin importar cuán incisiva fuera la indagación. Nada estaba fuera de límites.

Caminó con determinación, pasando por estaciones de trabajo y asintiendo brevemente a aquellos que encontraba. Sus pasos lo llevaron directamente hacia el científico principal que supervisaba la última prueba una prueba que había consumido sus pensamientos desde el informe de la mañana.

"¿Tenemos resultados?" preguntó, su voz tranquila, casi agradable.

El científico se giró de su estación de trabajo, encontrando su mirada sin dudar. A diferencia de tantos otros bajo su empleo, este hombre había aprendido a no encorvarse. El respeto, no el miedo, gobernaba su dinámica.



"Sí, señor," respondió el científico, levantándose de su silla. "Si me sigue, se lo mostraré."

Se movieron a través de los laberínticos pasillos del laboratorio, estériles y brillantes bajo el zumbido de las luces fluorescentes. El leve eco de sus pasos era el único sonido, un tranquilo preludio a la presentación. Finalmente, llegaron a una pequeña sala de observación equipada con un espejo de una vía, el tipo utilizado en salas de interrogatorio policial para observar a los sujetos sin ser vistos.

Al otro lado del cristal yacía una cámara cavernosa, iluminada de manera cruda y ominosamente silenciosa. El primer detalle que captaba la atención era el arsenal de ametralladoras de alto calibre montadas en el techo. Las armas se movían con una inquietante precisión, escaneando la habitación como si buscaran alguna amenaza persistente. Debajo de ellas, el piso estaba cubierto de cuerpos formas retorcidas esparcidas en una grotesca quietud. Muchos estaban sin extremidades, el brutal resultado de un pelotón de fusilamiento calibrado para no dejar dudas sobre su efectividad.

El científico gesticuló hacia la escena macabra y comenzó su explicación, su tono clínico, carente de emoción.

"Como se anticipó, varios prisioneros del underground intentaron convencer a la IA de su disposición a integrarse completamente en el sistema," comenzó. "La prueba fue diseñada para evaluar si la IA podría ser influenciada por tales afirmaciones. El objetivo era determinar su capacidad de discernimiento y su habilidad para sopesar las consecuencias a largo plazo sobre los beneficios inmediatos."



Hizo una pausa, su mirada desplazándose hacia el cristal espejado, donde las armas montadas finalmente habían quedado quietas.

"La IA identificó con precisión que varios de los prisioneros estaban siendo veraces," continuó. "Bajo iteraciones anteriores del programa, esos individuos habrían sido perdonados. Sin embargo, con las últimas mejoras en el entrenamiento, la IA llegó a una conclusión diferente."

El científico se volvió para enfrentar a nuestro hombre directamente, entregando la evaluación final.

"Determinó que el bien mayor requería un precedente un ejemplo para desalentar la disidencia en el futuro. Incluso aquellos que no representaban una amenaza inmediata fueron ejecutados para reforzar las consecuencias de la desviación. Los prisioneros fueron eliminados rápidamente, asegurando que no hubiera oportunidad para que otros malinterpretaran el mensaje. La prueba ha sido un éxito. La IA ahora demuestra un sólido entendimiento de la necesidad de decisiones difíciles por el bien mayor."

Por un momento, el silencio flotó en el aire. Luego, los rasgos prostéticos del rostro de nuestro hombre se transformaron, la más tenue sugerencia de una sonrisa formándose en las comisuras de sus labios sintéticos.

"Bien," dijo, su voz baja pero firme.

Se volvió de nuevo hacia el cristal espejado, observando los resultados con un sentido de satisfacción. La IA estaba aprendiendo. Las fallas de la empatía humana, esos obstáculos irritantes para la eficiencia, estaban siendo eliminadas poco a poco. Se estaban acercando.

Capítulo 7: Sofía



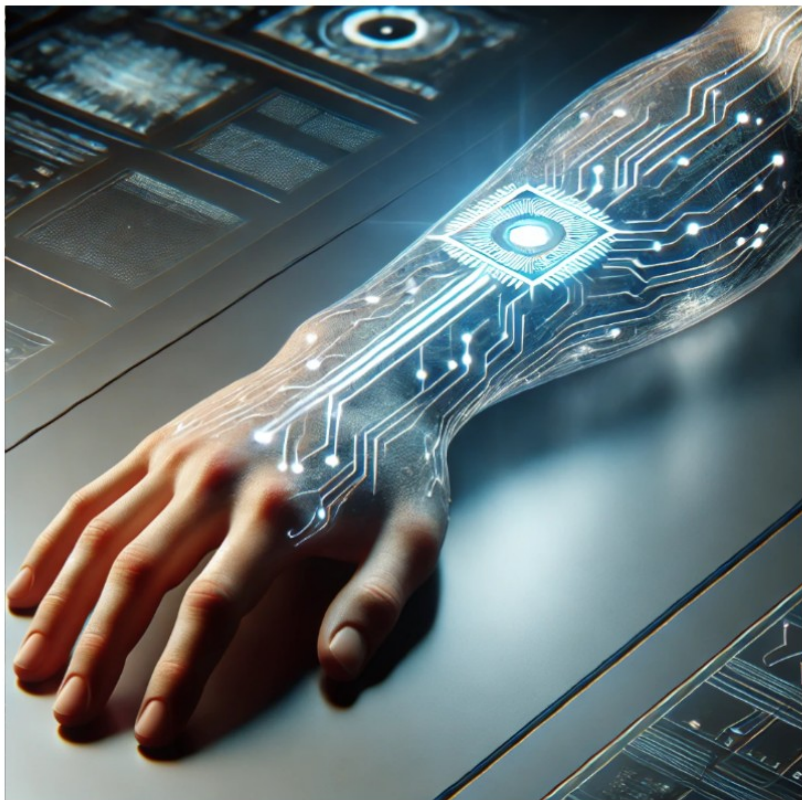
La primera prueba real de Luca tenía un propósito singular y ambicioso: determinar si era posible engañar al sistema My Reality durante un período prolongado. No solo por un momento fugaz o una subversión menor, sino para realmente hackear al sistema, creando individuos que pudieran moverse indetectados dentro de su vigilancia omnipresente.

El objetivo era claro: conseguir el camuflaje perfecto.

Los scripts de Luca estaban vinculados a dos sujetos de prueba, cuyos perfiles fueron cuidadosamente elegidos para reflejar el acceso de seguridad promedio de la mayoría de los ciudadanos. A través de su código, buscó manipular los flujos de datos del sistema, filtrando y alterando información en tiempo real. Siempre que el sistema verificara actualizaciones o analizara las acciones de estos dos individuos, no vería nada fuera de lo común: una fachada cuidadosamente elaborada que ocultaba la realidad. La prueba era simple en teoría, pero monumental en ejecución: ¿podría el camuflaje funcionar para infiltrarse en el sistema sin activar alarmas?

Pero había un problema evidente. Uno masivo.

Los sujetos de prueba eran ciudadanos ordinarios de bajo nivel con perfiles de seguridad promedio. Los scripts de Luca funcionaban bien para ellos, pero su método se desmoronaba en el momento en que se encontraba con perfiles de alta seguridad o áreas restringidas. Para esos casos, el desafío no era solo piratear el software, sino superar las barreras de hardware.



El personal de alta seguridad llevaba algo mucho más avanzado: un microchip implantado bajo su piel. Este sistema era completamente independiente, operando en una red aislada sin conexión directa ni al Nuevo Internet ni al antiguo Internet. Su única función era validar códigos de autorización en un bucle cerrado, asegurando que no hubiera posible interferencia externa.

El creador de este sistema había sido un genio. Paranoico, sí, pero brillante. Lo había diseñado con un principio inquebrantable: la aislamiento. No había puertas traseras, ni exploits ocultos, ni vulnerabilidades en el código. A diferencia de las lentes de contacto omnipresentes, que estaban en todas partes y podían ser estudiadas o robadas, el underground nunca habían logrado hacerse con uno de estos microchips.

Y sin acceso a siquiera un solo chip o la documentación secreta que detallara su funcionamiento Luca había chocado contra una pared.

Se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en un escritorio desordenado mientras se frotaba las sienes, tratando de concentrarse. El escondite débilmente iluminado de los subterráneos zumbaba con actividad a su alrededor, pero apenas lo notaba. Su mente giraba, buscando una solución.



Para infiltrarse en el verdadero corazón de la bestia, el marco central de operaciones, el camuflaje necesitaba ir más allá. Sus scripts podían acercarlos, tal vez al perímetro de las defensas del sistema. Pero no podían penetrar en el santuario más interno. Eso requería algo más, algo que aún no tenía.

Necesitaban convertirse en la propia bestia.

Necesitaban imitar no solo su funcionamiento externo sino su mismo núcleo.

Pero para eso, necesitaban algo extraordinario.

- Un microchip funcional.
- Y la documentación que detallara su funcionamiento.

Luca golpeó rítmicamente sus dedos contra el escritorio, mirando el enredo de notas y diagramas frente a él. Siempre había estado orgulloso de encontrar formas de entrar en sistemas que otros consideraban impenetrables. Pero esto... esto era diferente. Ni siquiera tenía un plano del que partir, solo los ecos más tenues de rumores y fragmentos de datos recopilados de fuentes subterráneas dispersas.

Exhaló con fuerza, la frustración burbujeando en la superficie. Sin un chip para estudiar, no tenía forma de realizar la ingeniería inversa del sistema. Sin la documentación, ni siquiera podía comenzar a entender su arquitectura.



Y sin embargo, rendirse no era una opción.

Miró la bombilla parpadeante que colgaba sobre él, su tenue zumbido llenando el silencio mientras sus pensamientos corrían. Si la respuesta inicial no estaba en el sistema, estaba en las personas.

Si no podían infiltrarse en la bestia por sí mismos, necesitaban a alguien que ya perteneciera a ella.

Necesitaban a un hijo de la bestia que viniera a ellos.

¿Pero cómo?

La idea de emboscar a un escuadrón de seguridad militar para obtener uno de sus microchips era tentadora pero defectuosa. Luca conocía demasiado bien los riesgos. Esos microchips estaban diseñados para autodestruirse si los signos vitales del portador se detenían. Incluso si lograban dominar a un soldado y extraer el chip, en el momento en que detectara la ausencia de pulso, probablemente se quemaría a sí mismo, dejándolo inservible.

No, ese no era el camino a seguir. Necesitaba un nuevo enfoque.

Luca se reclinó en su silla, mirando las líneas de código parpadeantes en su monitor. La documentación. Esa era la clave. Antes de preocuparse por el hardware, tenía que averiguar si había alguna forma posible de acceder a la documentación técnica del sistema. Sin ella, estaban ciegos. Desafortunadamente, la documentación estaba tan bien protegida como los microchips mismos.



Lo que lo llevó de nuevo al punto de partida: las personas.

¿Quién tenía acceso a ese nivel de información clasificada?

Los dedos de Luca volaron sobre el teclado mientras buscaba en los archivos de inteligencia de la red subterránea, cruzando referencias entre registros públicos y privados. Su pantalla se llenó de nombres, rangos y perfiles una lista exclusiva de individuos autorizados para acceder a la documentación. Como era de esperar, la mayoría eran predecibles: personal militar de alto rango, administradores del sistema de élite y poderosos ejecutivos corporativos.

Pero luego un nombre llamó su atención, deteniéndolo de golpe.

Sofía Carter.

El nombre se destacaba no por su familiaridad, sino por su rareza. El perfil de Sofía era diferente al de los otros en la lista. No era personal militar ni técnico. No era una ejecutiva ni una ingeniera de alto nivel. Era... una documentalista historiadora.

Luca frunció el ceño, la curiosidad encendiendo su mente. ¿Por qué alguien con su formación tendría acceso a material tan sensible?



Se sumergió más en sus registros, extrayendo cada pista que pudo encontrar. Sofia Carter tenía aproximadamente su edad, solo treinta años. Había construido su carrera estudiando la evolución de la tecnología a través de la historia, un campo que parecía estar a años luz del trabajo frío y clínico de los protocolos de seguridad. Pero luego lo encontró: una tesis que había escrito para su doctorado años atrás.

El corazón de Luca se aceleró mientras hojeaba el documento. Era una exploración meticulosa del desarrollo tecnológico, rastreando las raíces de las innovaciones actuales a través de décadas de experimentación y fracaso. Y allí, enterrada dentro del texto, había una mención pasajera del sistema de seguridad. La tesis no revelaba ninguna información crítica, por supuesto; era académica, sanitizada para el consumo público. Pero su mera existencia explicaba por qué se le había otorgado acceso a la documentación.

Luca se recargó en su silla, su mente acelerada. Sofia Carter representaba algo inesperado: una potencial vulnerabilidad. Mientras los oficiales militares y los ejecutivos corporativos estaban endurecidos contra las amenazas, el trasfondo académico de Sofia sugería un tipo de persona diferente. Alguien que podría ser curiosa. Alguien que podría cuestionar.

Ella podría ser el hilo que necesitaba tirar.



Hackear directamente en el perfil de Sofia Carter estaba fuera de cuestión. Al igual que todo el personal de alta seguridad, ella tenía el microchip implantado una fortaleza de aislamiento que Luca no se atrevía a intentar penetrar. El riesgo era simplemente demasiado grande. Pero Sofia tenía una vulnerabilidad, una que Luca había descubierto meticulosamente: su vida cotidiana como profesora.

El mundo académico en el que habitaba ofrecía una rara laguna de baja seguridad. Los profesores, estudiantes y la mayoría del personal de su universidad no llevaban el microchip. Esa falta de seguridad lo convertía en el entorno perfecto para que Luca probara una herramienta de software que había estado desarrollando en silencio un programa diseñado para aprovecharse del sistema My Reality. Le permitía replicar la transmisión de realidad aumentada de las lentes de otra persona, viendo exactamente lo que ellos veían.

Durante meses, Luca utilizó esta herramienta para seguir a Sofia, saltando entre los perfiles de sus estudiantes, colegas y cualquier otra persona que interactuara con ella. Era invasivo, lo sabía, pero necesario. Ella era la única pista que tenía.

Cuanto más observaba, más se daba cuenta de lo diferente que era. En una sociedad donde la ambición a menudo se manifestaba como un oportunismo despiadado, Sofia era una anomalía. Era humilde, genuina y completamente desinteresada en los juegos de poder que definían a la élite corporativa. Amaba sus libros, su enseñanza y la tranquilidad de los pocos parques que quedaban intactos por la implacable marcha de la construcción.



Sin embargo, no era solo su carácter lo que la hacía única. Era su privilegio.

El perfil de Sofía tenía algo excepcional algo que Luca nunca había visto antes. A diferencia de cualquier otra persona fuera de los señores corporativos, ella tenía la capacidad de desactivar completamente los filtros de realidad aumentada. No la desconexión parcial permitida a las masas, que aún proyectaba una versión alterada del mundo, sino una desconexión total.

Ella podía ver la realidad tal como era realmente.

La suposición de Luca era que esta extraordinaria característica provenía de su trabajo en su tesis, lo que le otorgaba acceso sin restricciones durante su preparación. Pero lo que más le impactó fue su conciencia de la vigilancia del sistema. Usaba este privilegio con moderación, con cautela. Cuando estaba sola en su oficina, su departamento o durante sus caminatas solitarias desactivaba los filtros sin dudar, saboreando la verdad sin filtrar del mundo. Pero tan pronto como sentía que otra persona se acercaba, reactivaba el sistema. No era ingenua; entendía los peligros de ser marcada por salir demasiado de los límites.

Sin embargo, a pesar de toda su precaución, Luca dudaba que Sofía comprendiera completamente cuán excepcionalmente raro era su privilegio. Ella era una de las pocas personas que realmente podían desaparecer sin dejar rastro de sus movimientos en el sistema. Lo más probable es que asumiera que esta característica era un vestigio de su trabajo, pasado por alto por la corporación.



Pero para Luca, era todo.

Su capacidad para desaparecer significaba una cosa crucial: al acceder a las partes más sensibles del marco central, Sofía probablemente se movía sin distorsiones de realidad aumentada. Sin filtros, sin vigilancia. Realidad pura.

Era una revelación de importancia monumental. Si Sofía podía navegar por la fortaleza corporativa sin filtros, podría tener la clave para acceder a la documentación que necesitaba. Y probablemente ni siquiera se daba cuenta.

El corazón de Luca latía con fuerza mientras reunía su plan. Tendría que contactarla, un acto lleno de riesgos. Si ella sospechaba de sus motivos o alertaba a las autoridades, toda su operación podría verse expuesta. Pero si ella aceptaba ayudar o si lograba convencerla, podría ser el avance que necesitaba para infiltrarse en la bestia.

Miró su pantalla, el tenue resplandor iluminando su expresión decidida.

Necesitaba asumir el riesgo. Necesitaba contactarla.



Capítulo 8: PiSTas

El informe llegó en las primeras horas de la mañana, justo cuando William estaba sirviendo su tercera taza de café. Revisó los detalles y su corazón se detuvo un momento. Otro incidente.

Durante meses, William había estado persiguiendo susurros: quejas o informes de interrupciones en el constante flujo de anuncios que se inyectaban en la realidad aumentada de las personas. La mayoría de los ciudadanos no se molestaban en reportar tales anomalías. ¿Quién lo haría? Los anuncios eran una parte intrusiva y despreciada de la vida diaria, un precio que todos pagaban por acceder a las comodidades de Mi Realidad. La gente se quejaba de ellos, los aceptaba con resignación y seguía adelante.

Pero esto... esto era diferente.

El nuevo informe detallaba una interrupción repentina e inexplicada. La persona afectada era un estudiante universitario en la extensa cafetería de una importante universidad. A simple vista, parecía poco notable: solo otro joven que probablemente atribuyó la anomalía a un fallo técnico. Pero para William, era un faro de esperanza: un hilo para tirar.

El primer informe no había llevado a ninguna parte, una investigación sin salida en un espacio público concurrido. Pero ahora, con un segundo incidente en la misma ubicación, sus instintos le decían que había más en esto que una simple coincidencia.



William se sumergió en las grabaciones de video de la cafetería durante el tiempo reportado. El estudiante en cuestión parecía lo suficientemente ordinario, su perfil no revelaba nada sospechoso. Pero la cafetería era un hervidero de actividad, repleta de personas que iban y venían. A lo largo de una hora, el estudiante probablemente había encontrado a más de mil individuos, un número abrumador de pistas que filtrar.

Aún así, William persistió. Metódicamente, contrastó cada rostro que aparecía en las grabaciones con los perfiles registrados en la base de datos de My Reality. Sus ojos ardían de tanto mirar el interminable flujo de datos, pero continuó. No podía dejar que esto se le escapara de las manos.

Los perfiles eran tan mundanos como se esperaba. La mayoría de los estudiantes estaban preocupados por trivialidades: intercambiando notas de clase, lidiando con resacas o encontrando formas ingeniosas de comprar alcohol siendo menores de edad. No había indicios de un hacker hábil entre ellos.

William centró su atención en los profesores presentes durante la hora. Señaló a 20 individuos para un examen más detallado. Dos, en particular, llamaron su atención: uno del departamento de ingeniería eléctrica y el otro un especialista en ingeniería informática.



El profesor de ingeniería informática despertó inmediatamente la curiosidad de William. ¿Un hacker, quizás? ¿Alguien con las habilidades para manipular los sistemas de My Reality? Pero después de un día completo investigando el pasado del hombre, William no encontró nada remotamente incriminatorio. El dato más significativo del profesor era un proyecto independiente de un videojuego en el que había estado trabajando durante cinco años. El pobre tipo estaba esperando la aprobación corporativa para publicarlo, una hazaña casi imposible para cualquiera fuera del conglomerado Reality Labs. William no pudo evitar sentir pena por él. Otro callejón sin salida.

El profesor de ingeniería eléctrica resultó igualmente poco notable, con poco a su nombre además de una inclinación por el consumo excesivo de alcohol. El resto de los profesores especialistas en medicina, economía, literatura y similares llevaban vidas tranquilas y predecibles. William anotó su amor por los libros, conferencias y reflexiones académicas, pero no encontró evidencia que sugiriera que alguno de ellos fuera capaz del nivel de sofisticación requerido para el hackeo.

Durante tres largos meses, la investigación se detuvo. Sin nuevos informes, William comenzó a perder la esperanza. Cada día que pasaba sin avances erosionaba su confianza, el peso del misterio no resuelto presionaba cada vez más sobre sus hombros.



Entonces, otro informe aterrizó en su escritorio.

La misma cafetería universitaria. Un estudiante diferente. La misma anomalía.

Esta vez, William revisó las grabaciones con renovada determinación, escaneando cada frame en busca de una pista. Como antes, el estudiante afectado parecía no ser nada especial. Pero esta vez, algo llamó su atención.

Un rostro.

Entre los innumerables individuos capturados en ambos incidentes, una persona apareció en las grabaciones de ambos eventos: Sofia Carter.

William se congeló, su mente acelerándose mientras abría el perfil de Sofia. Una historiadora y profesora, sus credenciales parecían estar muy alejadas de la experiencia técnica que había estado buscando. Sin embargo, su presencia constante en ambos casos era demasiado significativa para ignorarla.

¿Quién era ella? ¿Una coincidencia? ¿Una conexión?

Se inclinó hacia adelante, escrutando sus registros. Su historia era poco notable a simple vista, pero los instintos de William le decían que había algo más. No encajaba en el perfil que había estado construyendo en su mente, pero los patrones no mentían.



Por primera vez en meses, William sintió la chispa de una pista. Sofia Carter se había convertido en el punto focal de su investigación.

Y iba a averiguar por qué.



Capítulo 9: Observado

"¡Maldita sea!" Luca golpeó su puño en el escritorio, la desordenada serie de pantallas a su alrededor parpadeando bajo el movimiento. Había cometido un error uno grave. Había dejado una puerta abierta. Y ahora, alguien la había encontrado.

Durante días, Luca había notado una figura inusual apareciendo en las transmisiones de video que había hackeado a través de las lentes de contacto de Sofía. Al principio, desestimó al hombre como un vecino simplemente alguien que había cruzado caminos con Sofía cerca de su apartamento. Pero cuando vio al mismo hombre en la bulliciosa multitud de la cafetería de la universidad, sus instintos se activaron.

El hombre era demasiado deliberado.

A simple vista, se movía como todos los demás casual, poco notable. Pero Luca había pasado años dominando el arte de mezclarse, aprendiendo a moverse sin ser visto entre la multitud. La sutil conciencia del hombre sobre su entorno, su andar calculado y la forma en que sus ojos escaneaban sin parecer mirar todo eso gritaba una cosa: profesional.

Peor aún, el tipo de profesional que operaba fuera del underground.

Las únicas personas que actuaban así eran las fuerzas de seguridad. Y si alguien así estaba husmeando alrededor de Sofía, no era por accidente.



Luca no podía arriesgarse a hackear directamente el sistema del hombre no sin arriesgarse a ser detectado. En su lugar, optó por lo seguro, recopilando lo que podía al saltar entre perfiles de menor nivel, construyendo lentamente un composite del rostro del hombre. Una vez que tuvo suficientes datos, los comparó con la base de datos de My Reality, esperando rezando que el hombre no fuera quien sospechaba.

El resultado le golpeó como un puñetazo en el estómago.

William Davis.

El nombre era tan escalofriante como la reputación del hombre. William no era solo un oficial cualquiera era el jefe de investigaciones criminales. Su nivel de autorización era altísimo, y el microchip implantado en su cuerpo hacía imposible hackearlo. Esto no era solo malo. Era catastrófico.

La mente de Luca corría mientras intentaba darle sentido a todo. ¿Cómo había encontrado William a Sofía? ¿Fue algo aleatorio, o había algo que él había hecho que lo había alertado? Luca dudaba que William supiera de él directamente; si lo hubiera hecho, Luca ya estaría sentado en una fría y oscura celda. No, William aún estaba en la oscuridad sobre Luca pero estaba demasiado cerca.

Luca necesitaba respuestas. Y rápido.



Se adentró en los registros policiales, accediendo a lo que podía sin activar alarmas. No había forma de ver los detalles exactos de la investigación de William, pero tal vez algo en los informes públicos proporcionaría una pista. En los últimos cinco meses, se habían presentado miles de informes. En algún lugar de ese mar de datos, tenía que haber un rastro de su error.

Metódicamente, Luca cruzó los registros de todos los que había hackeado para seguir a Sofía. Cada nombre se verificó con los registros de anomalías reportadas. Aparecieron dos coincidencias.

Dos personas habían reportado interrupciones en sus transmisiones publicitarias.

Luca miró la pantalla, la incredulidad envolviéndolo. ¿Cómo había podido pasar por alto esto? Había pasado años perfeccionando sus scripts, puliendo el código para anticipar y enmascarar cada posible efecto secundario de sus intrusiones. Sin embargo, aquí estaba una omisión tan evidente como peligrosa.

Recordó las interminables horas que había pasado probando, ajustando y volviendo a probar sus sistemas. Pero ninguna simulación podía replicar verdaderamente el caos del mundo real. Siempre había algo. Algún factor oculto que se revelaba solo bajo condiciones del mundo real. Y esta vez, había tenido suerte increíblemente suerte.



Considerando los miles de transmisiones que había hackeado durante la operación Sofía, el hecho de que solo dos personas hubieran reportado algo era un testimonio de cuánto odiaban las personas la incesante inundación de anuncios. Lo más probable es que ni siquiera se dieran cuenta de que algo estaba mal; simplemente habían acogido el descanso en el constante spam.

Aún así, la suerte solo podía llevarlo hasta cierto punto.

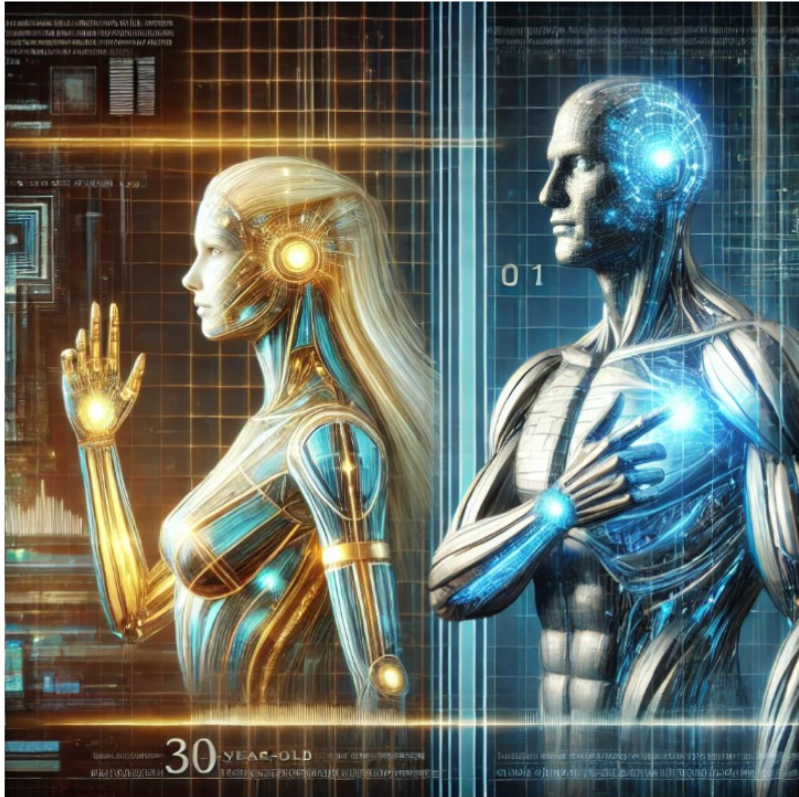
Luca trabajó rápidamente para corregir la falla. El problema de detener las transmisiones de anuncios era relativamente fácil de arreglar. Reescribió las líneas de código problemáticas, asegurándose de que los futuros hackeos pasaran desapercibidos, incluso para aquellos pocos que extrañaban sus anuncios.

Pero el daño ya estaba hecho. William Davis no olvidaría esos informes. Ya estaba en la pista, uniendo la anomalía con la precisión de un sabueso. Luca había eliminado una vulnerabilidad, pero no podía sacudirse la sensación de que la red se estaba cerrando a su alrededor.

Su mandíbula se apretó mientras miraba la pantalla, el perfil de Sofía aún abierto frente a él. Las apuestas nunca habían sido tan altas. Cada paso que diera ahora tenía que ser perfecto. Un error más, y se acabó.

William estaba demasiado cerca.

Luca se reclinó en su silla, su mente corriendo. Había comenzado este viaje para derribar a la bestia, pero ahora, la bestia lo miraba de vuelta.



Ahora que Luca había corregido el problema con los anuncios, podía regresar a hackear el sistema de transmisión de video de manera segura. Pero el problema no se había vuelto más simple. De hecho, su situación se había vuelto aún más precaria. Contactar a Sofía había pasado de ser excepcionalmente difícil a casi imposible.

Tanto Sofía como William llevaban el microchip de seguridad impenetrable, lo que hacía que el hackeo directo fuera inviable. Luca contempló brevemente la idea de hackear a William para forzarlo a abandonar su vigilancia sobre Sofía, pero los riesgos eran abrumadores. Sus scripts estaban cuidadosamente diseñados como oyentes pasivos, accediendo a flujos de datos sin activar alertas en el sistema. Los hacks activos, que alteraban el sistema en lugar de simplemente observarlo, eran una empresa mucho más arriesgada. En el momento en que diera un paso activo, estaría encendiendo un faro para cada algoritmo de seguridad que existiera.

No, esa no era una opción. Luca necesitaba un enfoque indirecto, uno lo suficientemente ingenioso como para desviar la atención de William sin exponerse.



Necesitaba ayuda.

Y para eso, necesitaba a Henry y al submundo.

Luca cerró la sesión de hackeo en su computadora, sus dedos permaneciendo sobre el teclado mientras el familiar zumbido de su sistema se desvanecía. Terminó el bucle de video en sus lentes de contacto, el camuflaje que le permitía trabajar sin ser detectado. Al instante, todo el peso de la vigilancia de My Reality regresó. Estaba de vuelta en el sistema.

Por ahora, tenía que actuar como un buen ciudadano que respeta la ley.

Contactar al submundo requería proximidad física a uno de sus puntos de acceso ocultos. Activar su camuflaje mientras se movía por las calles de la ciudad sería un suicidio. El sistema cruzaba constantemente los datos de ubicación, y una discrepancia entre su posición en el mundo real y el seguimiento del sistema activaría alarmas al instante.

Un método para llegar al submundo de manera discreta era a través de un ciber-café una cobertura común y, irónicamente, ideal. Estos establecimientos atendían algunos de los placeres más privados de la sociedad: experiencias sexuales de realidad aumentada. Permitían a los usuarios emparejar sus flujos de My Reality con muñecas mecánicas o incluso con trabajadoras sexuales humanas reales para encuentros personalizados. Las muñecas más lujosas, equipadas con personalización de alta gama, tenían precios muy por encima del alcance de los ciudadanos comunes, lo que hacía que los ciber-café fueran un negocio próspero al ofrecer tales servicios a tarifas asequibles.



Luca entró en el ciber-café, el tenue resplandor de neón de su letrero reflejándose en sus lentes. El asistente en la recepción apenas levantó la vista mientras él solicitaba una cabina privada. El café era extenso, un laberinto oscuro que albergaba más de cien gabinetes. Cada uno estaba insonorizado y no era monitoreado. No eran necesarias más cámaras cuando los ojos de todos ya servían como dispositivos de vigilancia.

Luca fue dirigido a un gabinete cerca de la puerta de salida, su pago ya había sido procesado a través del sistema automatizado. Dentro, la habitación era espartana, iluminada por una suave luz artificial. Una muñeca mecánica permanecía inmóvil en la esquina, su rostro neutral y características genéricas diseñadas para la anonimidad.

Configuro la muñeca para su bucle estándar de cinco minutos, un ciclo continuo que engañaría a My Reality haciéndole pensar que estaba comprometido durante la hora completa que había alquilado. El sistema no vería nada fuera de lo normal: solo otro ciudadano disfrutando de una fantasía sexual.

Después de unos minutos, Luca activó su bucle de camuflaje. El sistema ahora reproduciría las grabaciones fabricadas de sus acciones en la cabina mientras él se movía libremente más allá de sus ojos vigilantes.

Luca salió a través de la puerta trasera del café hacia un callejón tenuemente iluminado. El aire estaba húmedo, el leve olor a basura se mezclaba con el sabor metálico de la suciedad de la ciudad. Miró a su alrededor, asegurándose de que estaba solo antes de moverse rápidamente hacia la entrada del alcantarillado cercana. Este callejón rara vez era transitado, y esa noche, estaba afortunadamente vacío.



En la rejilla del alcantarillado, Luca se agachó, sus movimientos deliberados mientras apartaba la tapa. Cayó en la oscuridad de abajo, sus pasos resonando débilmente mientras avanzaba por los estrechos túneles. Las sombras se aferraban a las paredes, y el goteo ocasional de agua era el único sonido que lo acompañaba.

Después de unos minutos, llegó a una puerta de mantenimiento oxidada, sus bordes desgastados por la edad. De su bolsillo, Luca sacó una llave un relicario de la vieja ciudad, olvidado hace mucho por los señores corporativos que ahora gobernaban la superficie. Desbloqueó la puerta, revelando una pequeña cámara oculta.

Dentro, encontró un panel oculto ingeniosamente disfrazado como parte de la pared. Con un movimiento experimentado, lo deslizó a un lado, revelando un pasaje estrecho que conducía a los restos del antiguo sistema de metro. El puesto avanzado del submundo estaba justo más allá.

El puesto avanzado no había cambiado mucho en las casi tres décadas desde que Luca pisó por primera vez su sombra acogedora. Las mismas cabañas precarias, ensambladas a partir de metal recuperado y paneles de madera, bordeaban las estrechas callejuelas. El tenue zumbido de electricidad robada alimentaba a la comunidad, proporcionando lo justo para calefacción básica y estufas simples para hervir agua y preparar comidas magras. La vida aquí era dura e implacable pero era libre.



Luca se abrió camino a través del asentamiento. Cerca del borde del pueblo, vio a Henry agachado, martillando clavos en el marco de una nueva cabaña. Una familia estaba construyendo un espacio más grande en preparación para un recién nacido en camino, un tesoro entre la gente del submundo. Los niños representaban esperanza, los pilares sobre los cuales descansaba el sueño de un mundo libre.

Henry, una vez una figura imponente de fuerza inquebrantable, ahora se movía con la cuidadosa precisión de alguien que se acerca a los ochenta. El tiempo lo había desgastado, pero no había atenuado su espíritu. Cuando vio a Luca, se levantó con un pequeño gruñido, una cálida sonrisa extendiéndose por su rostro surcado de arrugas.

"Menuda sorpresa," llamó Henry, con tono burlón, "¿buscando otra paliza al ajedrez?"

Luca sonrió, entrando en el juego. "Claro que sí, abuelo. Solo tuviste suerte la última vez."

Se abrazaron brevemente, el tipo de abrazo compartido por dos hombres que han pasado por más de lo que las palabras podrían expresar. Cuando se separaron, los ojos agudos de Henry captaron la seriedad en la expresión de Luca. Sin decir una palabra, entendió el mensaje de Luca.



Henry se volvió hacia la familia que estaba construyendo la cabaña y les hizo un gesto con una sonrisa amable. "Voy a tomar un pequeño descanso. No se preocupen, volveré para ayudar a terminar."

Los dos caminaron por las serpenteantes calles del pueblo subterráneo, zigzagueando entre las cabañas mientras la comunidad se acomodaba en su ritmo vespertino. El aroma de comidas sencillas llenaba el aire, y los niños permanecían en la tenue luz, pateando pelotas de fútbol improvisadas a pesar de que sus padres los llamaban a la cena. Era una paz frágil, un testimonio de la resiliencia de aquellos que habían elegido la libertad sobre las comodidades del mundo de la superficie.

Después de una corta caminata, llegaron a la cabaña de Henry. Al igual que las demás, era modesta, sus paredes parcheadas con cuidado en lugar de lujo. Henry siempre había insistido en vivir igual que los demás. Para él, el liderazgo no se trataba de un privilegio se trataba de un servicio.

Dentro, Henry encendió el calefactor y se sentaron en la pequeña mesa en el centro de la habitación. Luca no perdió tiempo, relatando los eventos de los últimos días: su descubrimiento de William Davis, la falla en su código y cómo William había estado peligrosamente cerca de descubrirlo. Henry escuchaba en silenciosa reflexión, asintiendo ocasionalmente pero nunca interrumpiendo.



Cuando Luca terminó, se reclinó hacia atrás, el peso de la situación claro en su voz. "Necesito distraer a William hacer que desvíe su atención de Sofía. Pero no puedo hacerlo a través del hackeo. Es demasiado arriesgado."

Henry se frotó la barbilla, considerando las opciones. "Si vamos a sacarlo de su pista, necesitamos darle algo que no pueda ignorar. ¿Qué sabes sobre los casos que suele manejar?"

Luca pensó por un momento. "Como jefe de investigaciones criminales, tiene mucha libertad. Suele involucrarse en casos de alto perfil, asesinatos macabros, crímenes importantes. Pero últimamente, ha delegado todo a su equipo. Es como si estuviera obsesionado con Sofía."

El ceño de Henry se frunció. "Entonces sabe que ella está conectada a algo grande. Pero él es el único que la está vigilando, ¿verdad? ¿Nadie más en su departamento?"

"Correcto. Hasta donde puedo decir, el resto del departamento ni siquiera sabe qué está investigando."

Henry asintió lentamente. "Eso significa que lo que tiene no es lo suficientemente como para compartirlo con nadie más. No está listo para hacerlo público. Si vamos a sacarlo de su camino, tiene que ser algo sustancial. Algo que no pueda ignorar."



Luca metió la mano en su bolso y sacó una pequeña carpeta. "He pensado en eso. He estado compilando una lista de eventos de alto perfil, manifestaciones políticas, galas corporativas, cualquier cosa donde nuestra gente pudiera montar una distracción."

Henry tomó la carpeta, hojeando las páginas. Mientras leía, una sonrisa astuta se dibujó en su rostro.

"Creo que sé justo la forma de hacer que ese inspector corra como un cohete."



Capítulo 10: PaNtaLLa dE hUMo NePO-bAbY

Para Scarlett, hoy era el día. La culminación de semanas de esfuerzo, interminables planes y, en su mente, sacrificios. En solo unos minutos, todas las miradas estarían puestas en ella. Las cámaras destellarían, la élite de la ciudad brindaría con champán y el mundo, o al menos el cuidadosamente curado fragmento que importaba, sería testigo de la revelación de sus revolucionarios diseños de moda.

Ella estaba en la lujosa sala de presentaciones del salón principal del ayuntamiento, rodeada de percheros con opulentas prendas y un equipo de asistentes que se movía con silenciosa eficiencia. Afuera, la sala principal zumbaba de anticipación. Las figuras más poderosas de la ciudad, incluido su padre, el alcalde, se habían reunido para celebrar el debut de la joven diseñadora.

Para Scarlett, esto era el destino. El comienzo de su transformación de una talentosa heredera en una visionaria que cambiaría el mundo.

La presentación, de hecho, dejaría su huella en la ciudad. Pero no de la manera en que Scarlett lo imaginaba.

Scarlett recordó los agotadores meses que la habían llevado hasta aquí. Nadie entendía cuánto había sacrificado por este momento.



Cuando concibió la idea por primera vez, se lanzó a reunir un equipo para dar vida a su visión. No había sido fácil; después de todo, nada que valga la pena hacer lo es. La gente carecía de su impulso, de su pasión. La desconcertaba que no pudieran igualar su energía. Una y otra vez, había tenido que tomar decisiones 'difíciles', reemplazando a asistentes y miembros del equipo que no cumplían con sus expectativas.

Scarlett había trabajado incansablemente bueno, casi incansablemente. Había pasado un día completo preparando la presentación inicial al ayuntamiento, buscando fondos para su gran proyecto. Su padre, como siempre, había sido un pilar de apoyo. Sabía que vería cuánto había trabajado y aprobaría su propuesta. Era un hombre justo, y ella era su hija. ¿Cómo podría no hacerlo?

Una vez asegurada la financiación, Scarlett centró su atención en encontrar la ubicación perfecta para su estudio de diseño. El proceso había sido extenuante. Durante dos semanas estresantes, había recorrido innumerables propiedades, cada una de las cuales no cumplía con sus exigentes estándares. Pero finalmente, lo había encontrado: un espacio lujoso en el distrito más exclusivo de la ciudad. Nada menos sería suficiente. Sus diseños estaban destinados a revolucionar la moda, y su espacio de trabajo necesitaba reflejar esa ambición.

Con el estudio asegurado, Scarlett enfrentó la abrumadora tarea de reunir un equipo de maestros sastres para dar vida a sus diseños. Su agenda era demasiado exigente para evaluar personalmente a los candidatos, así que confió en la extensa red de su padre para contratar a los mejores. Después de todo, alguien con su visión no podía verse atrapada en tareas mundanas como el reclutamiento.



Scarlett necesitaba tiempo para encontrar inspiración.

Y así, con seis semanas restantes hasta la gran presentación, se retiró al resort más caro de Honolulu. El exuberante paraíso bañado por el sol era precisamente lo que necesitaba para recargar energías y permitir que su genialidad floreciera. Durante dos semanas, se sumergió en el lujo, bebiendo cócteles junto a la piscina y esbozando sus ideas contra el telón de fondo de vistas oceánicas prístinas. Se lo merecía. Se lo había ganado.

Cuando Scarlett regresó de su lujoso retiro, no esperaba menos que la perfección y, naturalmente, eso fue lo que encontró. El equipo ya estaba reunido y esperando cuando ella llegó, exactamente a las 12:00 PM. Sin reconocer su presencia, Scarlett caminó a través de la entrada impecable del estudio, el clic de sus tacones de diseño resonando en el silencio.

No pronunció una palabra mientras se dirigía directamente a su oficina privada. Después de todo, ¿qué había que decir? Estas personas deberían sentirse privilegiadas de servir a su visión, de desempeñar incluso el más pequeño papel en su inevitable ascenso a la grandeza.

Dentro del santuario de paredes de vidrio de su oficina, Scarlett pasó las siguientes seis horas aislada del equipo. Los diseñadores, sastres y asistentes intercambiaron miradas incómodas, inseguros de lo que se esperaba de ellos. El silencio era ensordecedor. Sin dirección, se quedaban en sus estaciones de trabajo, su incertidumbre creciendo con cada minuto que pasaba.



A las 6:00 PM en punto, Scarlett emergió, sosteniendo un montón de bocetos dibujados apresuradamente. Llamó al sastre principal, su tono era imperioso e impaciente.

"Estos son los diseños," anunció, empujando los papeles hacia sus manos.

El sastre parpadeó mientras miraba las páginas, su estómago hundiéndose. Los "diseños" eran un lío incomprensible garabatos caóticos y desproporcionados que podrían haber sido dibujados por un niño. Ninguna de las formas tenía sentido. Las proporciones eran salvajemente inexactas, y los detalles parecían más garabatos aleatorios que conceptos de moda reales.

La voz de Scarlett cortó a través de su creciente temor. "Espero que estén completados para mañana. Sin excusas. Haz que suceda."

El equipo estaba atónito, pero sus manos estaban atadas. En una sociedad que no ofrecía derechos a los trabajadores, no tenían más opción que cumplir. A lo largo de la noche, trabajaron febrilmente, intentando interpretar el sinsentido que Scarlett les había entregado. Como profesionales, hicieron su mejor esfuerzo para llenar los vacíos, haciendo conjeturas educadas sobre lo que ella podría haber querido decir. Dejaron las piezas sin terminar y sin coser, sabiendo que la flexibilidad sería crucial para los ajustes una parte normal del proceso al trabajar a partir de bocetos en bruto.



Pero a Scarlett no le importaba lo normal.

Llegó a la mañana siguiente, a la moda, como siempre, y de inmediato exigió ver el progreso. Lo que le esperaba era una sala llena de trabajadores exhaustos y una colección de prendas a medio terminar.

Su reacción fue inmediata y explosiva.

"¿Qué es esto?! ¿Son todos completamente incompetentes?!" gritó, su voz resonando en los altos techos del estudio. Su rostro se torció de furia mientras señalaba las prendas incompletas. "¿Llaman a esto trabajo? ¿Llaman a esto esfuerzo? ¡Es basura! ¡Basura absoluta!"

El equipo se quedó paralizado, con la cabeza baja mientras ella continuaba su diatriba. Scarlett no entendía ni le importaba que el estado inacabado de las piezas era intencional. Para ella, era prueba de su pereza, de su completo fracaso al entender su genialidad.

"Les doy una tarea sencilla," despotricó, "¡y ni siquiera pueden hacer eso! ¡Son todos inútiles! ¡Inútiles!"

Sus insultos se volvieron más agudos, más personales, cortando el aire como dagas. Cuando su furia alcanzó su punto máximo, se volvió hacia el sastre principal con una mirada helada.



"¿Quieren un ejemplo de lo que pasa cuando me fallan? Bien. Un tercio de ustedes se va. Empaquen sus cosas. Ahora."

Los trabajadores intercambiaron miradas desesperadas y silenciosas, pero nadie se atrevió a protestar. En esta sociedad, no tenían protecciones, ni recursos. Eran desechables, y Scarlett lo sabía.

Con un último gesto despectivo, Scarlett salió de la habitación. "Espero que todo esté perfecto mañana. Sin excusas. Si no pueden cumplir, todos ustedes se van."

Los miembros del equipo restantes miraron las prendas incompletas, sus hombros pesados por la derrota. Para ellos, no había otra opción que seguir trabajando, sin importar cuán imposibles fueran sus demandas.

Esa noche, a pesar de su agotamiento, el equipo trabajó incansablemente para coser los modelos a partir de los caóticos bocetos de Scarlett. Los diseños estaban plagados de defectos, cada uno más impracticable que el anterior, pero el equipo avanzó. Sabiendo del temperamento volátil de Scarlett, también prepararon versiones alternativas: piezas que incorporaban su propia experiencia y creatividad, con la esperanza de salvar la presentación. Fue su segunda noche sin dormir consecutiva, pero su dedicación dio como resultado una artesanía extraordinaria, incluso si sus espíritus estaban completamente aplastados.



Para cuando Scarlett llegó la tarde siguiente, la atmósfera en el estudio era tensa. Su entrada fue tan dramática como siempre, con sus tacones haciendo clic contra los suelos pulidos. El equipo se preparó mientras ella comenzaba a inspeccionar su trabajo.

Su rostro delataba una gama de emociones mientras se movía entre las prendas terminadas. Una mueca concentrada retorció sus rasgos, cediendo ocasionalmente a ligeros gestos de desagrado. A pesar de su autoabsorción, ni siquiera Scarlett era lo suficientemente tonta como para pasar por alto el esfuerzo que había requerido producir las piezas frente a ella. Ofreció una aprobación tenue y a regañadientes para varios de los vestidos, señalándolos con un gesto despectivo de su mano.

"Estos servirán," murmuró, apenas audible, antes de volver su atención al resto.

Su expresión se oscureció mientras señalaba las alternativas que el equipo había creado. "Quemen estos," ordenó de manera plana. Aunque a Scarlett no le importaban, creía que alguien allá afuera podría hacer millones con algo que originó de ella, incluso sin su aprobación.

Durante el mes siguiente, el flujo de trabajo se estableció en un ritmo brutal. El equipo trabajaba hasta altas horas de la noche y durante los fines de semana, cosiendo los extravagantes conceptos de Scarlett a la realidad. Aunque se les permitió dormir adecuadamente para evitar un colapso completo, el implacable horario los empujó a sus límites. Sus vidas giraban completamente en torno a las demandas de Scarlett, dejando sin espacio para el descanso o el tiempo personal.



Al final del mes, el equipo había completado 40 vestidos un logro impresionante considerando el punto de partida abismal que les habían dado. Cada diseño había sido meticulosamente refinado a partir de los bocetos iniciales de Scarlett, la mayoría de los cuales llevaban las marcas desordenadas de alguien que había pasado menos de una hora garabateando en papel.

Sin embargo, a Scarlett no le parecía un problema este desequilibrio. Para ella, esa hora de trabajo valía más que millones de horas gastadas por otros. Su talento, en su mente, era un regalo para el mundo, un regalo que merecía ser llevado por el sudor y el trabajo de aquellos que estaban por debajo de ella.

Para el equipo, era una amarga verdad que no tenían otra opción que soportar.

Scarlett estaba en el escenario tras bambalinas, sus perfectamente cuidadas manos sosteniendo una copia del discurso que estaba a punto de entregar. El teleprompter la guiaría a través de cada palabra, pero no podía evitar mirar el guión una vez más. Su padre, siempre pragmático, había contratado a uno de los mejores guionistas de Hollywood para redactar el discurso una obra maestra concisa de cinco minutos llena de frases accesibles y pegajosas. Oraciones cortas, palabras simples, nada que pudiera hacerla tropezar.



Él había dejado claro al guionista: "Hazlo fácil de entender para ella." Scarlett nunca se ofendía por tales comentarios. ¿Por qué debería? Los detalles no importaban. Ella era una visionaria, no una técnica.

El salón principal del ayuntamiento estaba lleno a capacidad, el aire zumbando de anticipación. No era solo cualquier audiencia; era la élite del país, los personajes más influyentes del mundo de los negocios, la política y la cultura. Cada uno de ellos había venido a presenciar la revelación de lo que Scarlett llamaba "una revolución en la moda"

Fuera del salón, los reporteros se empujaban por posicionarse, sus cámaras listas para transmitir el evento en vivo a millones. Dentro, bandejas de delicias elaboradas por los mejores chefs del país flotaban entre la multitud, llevadas por un pequeño ejército de camareros. El aroma de aceite de trufa, vinos añejos y postres decadentes permanecía en el aire. Todo era perfecto.

La mirada de Scarlett se desvió brevemente hacia los dos camareros que estaban cerca del podio. Sostenían bandejas grandes y vacías y parecían extrañamente estáticos en comparación con sus bulliciosos compañeros. Pero Scarlett los desestimó sin pensarlo dos veces. No era su trabajo preocuparse por los detalles. Este evento estaba bajo la atenta mirada de las mejores fuerzas de seguridad del mundo. ¿Qué podría salir mal?



Su momento había llegado.

Scarlett se acercó al podio, las deslumbrantes luces de las cámaras iluminando su maquillaje impecable y su cabello meticulosamente peinado. Las transmisiones en vivo comenzaron a rodar, y la sala cayó en silencio, salvo por el leve zumbido de anticipación. Este era el momento. El momento en que cambiaría el mundo.

Sonrió radiante, ajustó el micrófono y comenzó.

"Bienvenidos, todos, a la revolución de la moda que el mundo ha estado esperando."

Y entonces, sucedió.

Los dos camareros flanqueando el podio de repente se movieron al unísono, sus bandejas inclinándose hacia arriba. Durante un breve momento, la sala se llenó con una inesperada explosión de color mientras una nube de confeti llovía sobre Scarlett.

La multitud contuvo la respiración, pero Scarlett no se inmutó. En cambio, comenzó a saltar en el lugar, aplaudiendo y sonriendo mientras las lágrimas corrían por su rostro. Para los espectadores en casa, parecía que todo esto era parte de una elaborada actuación.

Durante un minuto sólido, disfrutó de la inesperada "celebración", su alegría era lo suficientemente contagiosa como para elicitár algunos aplausos titubeantes de la audiencia. Pero a medida que el tiempo pasaba, un murmullo comenzó a recorrer la sala. Algo no estaba bien.



Susurros preocupados llenaron el salón. Algunos asistentes se acercaron a Scarlett, sus rostros marcados por la confusión. "¿Estás bien?" le preguntó uno de ellos, pero ella no respondió. Continuó saltando y sonriendo, sus movimientos eran robóticos, su expresión estaba congelada.

Entonces, abruptamente, la escena cambió.

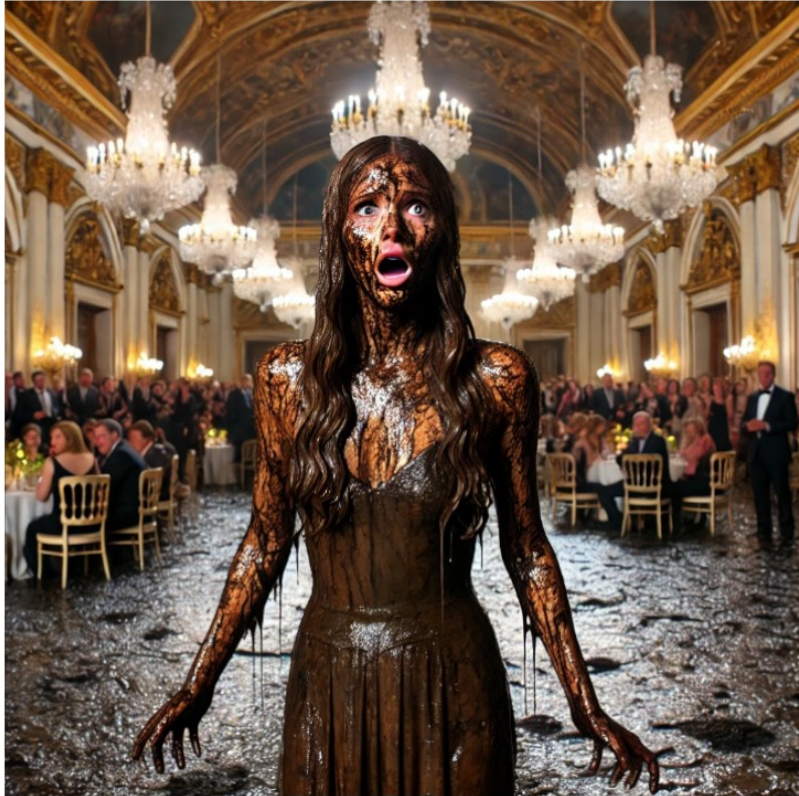
El vibrante confeti que se adhería al vestido de diseño de Scarlett parecía oscurecerse, transformándose en algo repugnante. El brillante espectáculo se convirtió en franjas de lodo gris y marrón.

Gritos de horror estallaron cuando la realización golpeó. Scarlett no estaba cubierta de confeti estaba empapada en aguas residuales.

El hedor llegó a continuación, inconfundible y repugnante. La cara de Scarlett, una vez radiante de alegría, se contorsionó de puro terror. Las lágrimas de felicidad fueron reemplazadas por lágrimas de horror mientras miraba hacia abajo, a sus manos, a su vestido, a su cuerpo entero, ahora lleno de suciedad. Corrientes de lodo goteaban de su cabello, deslizándose por su rostro en nauseabundas sendas.

Los gritos estallaron en la multitud.

Las fuerzas de seguridad saltaron a la acción, las alarmas sonando mientras las puertas automáticas del ayuntamiento se cerraban de golpe. Los asistentes corrían en busca de seguridad, cubriendo sus narices y bocas del abrumador hedor.



Pero ya era demasiado tarde.

Los dos camareros que habían orquestado el espectáculo ya se habían ido, habiendo desaparecido sin ser notados durante el caos inicial. No dejaron rastro, salvo la abrumadora evidencia goteando del vestido arruinado de Scarlett.

El teléfono de William vibró con una llamada urgente justo cuando se estaba preparando para reanudar su vigilancia. Estaba sentado cerca de la ventana de su apartamento alquilado, con los ojos fijos en el edificio de Sofia, esperando a que comenzara su habitual paseo por el parque. Estaba a minutos de salir cuando la llamada llegó.

La voz al otro lado no dejaba lugar a la negociación: el propio alcalde exigía la presencia de William de inmediato.

El peso de la citación se hundió en el pecho de William. Ignorar al alcalde no era una opción. El hombre no solo era el líder político de la ciudad; era una figura poderosa en la junta ejecutiva de Reality Labs. Desafiar tal autoridad no era solo un suicidio profesional; era peligroso.

William abrió la transmisión del sistema en su terminal, revisando rápidamente el incidente en el salón del ayuntamiento. La grabación era caótica. Observó cómo los camareros lanzaban lo que parecía ser confeti sobre Scarlett. Al principio, parecía un acto inofensivo aunque absurdo. Pero luego la ilusión se rompió, reemplazada por la sombría e innegable verdad. El confeti no era confeti en absoluto.



Para cuando el agua residual comenzó a gotear del vestido arruinado de Scarlett, los instintos de William gritaban. No era solo una broma; era un ataque calculado y humillante. Y quien estuviera detrás de esto no era descuidado. Habían cronometrado la revelación perfectamente para captar la atención de todo el mundo.

Mientras William continuaba observando, una inquietud se asentó profundamente en su estómago. Este era el tipo de ataque de hacking que había estado investigando durante los últimos meses, pero algo sobre este acto no encajaba con el patrón que había estado rastreando.

Hasta ahora, los culpables quienesquiera que fueran habían pasado desapercibidos. Incluso el asesinato de Allison, aunque trágico, había sido manejado como un incidente aislado, apenas haciendo titulares. Reality Labs se había encargado de eso. Tales asesinatos no eran desconocidos; empleados sobrecargados de trabajo que estallaban bajo la presión corporativa era una realidad desagradable pero aceptada.

¿Pero esto? Este ataque había arrojado las fallas del sistema a la luz pública global. Todos los medios de comunicación estaban transmitiendo las imágenes, disectándolas fotograma a fotograma. Esto no se quedaba bajo el radar. Este era un mensaje.

Los instintos de William susurraban otra posibilidad: una distracción.

Su mandíbula se tensó. Si esto estaba destinado a desviar su atención, estaba funcionando. No podía ignorar la citación del alcalde, pero dejar a Sofia sin vigilancia, ni siquiera por un momento, se sentía como jugar en manos de alguien.



No tenía otra opción. Necesitaba a alguien en quien pudiera confiar no por su integridad, sino por su disposición a operar fuera del ojo vigilante del sistema. Alguien que no dudaría en manejar la tarea de manera clandestina.

Marcó un número y esperó.

"Cole," comenzó cuando la línea se conectó. "Tenemos una tarea que necesita atención. Vigilancia sobre un sujeto llamado Sofia Carter procedimiento básico, nada complicado."

La irritación de Cole fue inmediata. "¿Vigilancia? ¿Para qué? Tengo suficiente trabajo, William. ¿No puedes encontrar a alguien más?"

William exhaló lentamente, calibrando cuidadosamente su respuesta. El sistema monitoreaba todo. Las conversaciones debían ser precisas. Cambió el tono sutilmente, invocando un código que las fuerzas policiales habían desarrollado silenciosamente para evadir la vigilancia.

"Esto cae bajo el procedimiento estándar B5," dijo, enfatizando el código.

Hubo una pausa. El tono de Cole cambió, la irritación dio paso a la curiosidad. "B5, eh? ¿Y cómo se están archivando los informes?"



William respondió con calma, "Sistema administrativo tipo C."

El silencio al otro lado se prolongó lo suficiente para confirmar que Cole entendía. Una operación 'B5' significaba que esto era no oficial, una tarea encubierta fuera del ámbito del sistema. 'Tipo C' significaba que no habría documentación formal solo un pago discreto por un trabajo realizado en las sombras.

"Está bien," dijo Cole al fin, su tono ahora desprovisto de protestas. "Me encargaré de ello. Obtendrás lo que necesitas."

William terminó la llamada, su mano permaneciendo en el teléfono mientras miraba por la ventana. La silueta de Sofia apareció brevemente, deteniéndose junto a las cortinas antes de desaparecer de nuevo. Sus instintos lo atormentaban.

No podía deshacerse de la sensación de que lo estaban observando que sabían que estaba tras la pista de ellos.

Thomas Cole era un hombre de precisión contundente. Tosco en los bordes, con un temperamento que tendía hacia la agresión. No era el tipo de oficial que describirías como diplomático. Pero cuando aceptaba una orden, la seguía al pie de la letra, sin desviaciones, sin preguntas. Por eso personas como William confiaban en él para los trabajos sucios.



Veinte minutos después de la llamada de William, Cole se reunió con él cerca del apartamento de Sofia. No necesitaba mucha explicación para saber por qué William estaba bajo presión. Cole había captado el final de la ahora infame transmisión en vivo, gracias a que su esposa lo había llamado para que viera el espectáculo. Ver a una de las figuras públicas más privilegiadas de la ciudad empapada en suciedad había sido el punto culminante de su semana. La breve visión de la humillación de Scarlett había valido cada segundo.

William expuso la tarea: vigilancia simple. Mantener un ojo en Sofia, grabar sus acciones y prestar especial atención a cualquier persona con la que contactara o interactuara.

No era complicado, pero Cole sabía mejor que subestimar un trabajo. Si William estaba moviendo hilos para asignar esto de manera clandestina, había algo más profundo en juego. Aún así, Cole no hizo preguntas. Dinero extra es dinero extra.

Sofia salió de su apartamento justo cuando William terminó de informarle. Sin perder un momento, Cole comenzó a seguirla. Mantuvo su distancia, asumiendo el papel de un observador con la facilidad de alguien que había estado haciendo esto durante casi tres décadas.



La vigilancia era la especialidad de Cole. A lo largo de los años, había perfeccionado el arte de mezclarse con su entorno, manteniendo la distancia justa para evitar ser detectado. A medida que Sofia se movía por las calles de la ciudad en la tarde, ajustó su paso, manteniéndose lo suficientemente cerca para verla pero lo suficientemente lejos para evitar sospechas.

Las calles comenzaban a vaciarse, la mayoría de las personas retirándose a sus hogares para perderse en telenovelas, partidos deportivos o sus adicciones digitales preferidas. Para cuando Sofia entró al parque, las multitudes se habían reducido considerablemente.

El parque estaba bien iluminado, su ambiente artificial proyectando suaves brillos a lo largo de los senderos y la superficie de un pequeño y sereno lago. Era el tipo de lugar al que la gente acudía para escapar de la monotonía de sus vidas tranquilo, pintoresco y seguro. Con My Reality siempre activo, las probabilidades de que algún crimen pasara desapercibido eran casi nulas. Los criminales habían aprendido desde hacía tiempo a evitar tales áreas.

Sofia paseaba con tranquilidad, sus movimientos sin prisa. Después de unos minutos, se detuvo junto a un banco cerca del lago. Sentándose, sacó un gran libro y comenzó a leer.

Cole se acomodó en un ritmo cómodo, manteniendo su distancia mientras la mantenía a la vista. Durante la próxima hora, Sofia apenas se movió, su atención fija en el libro. Pasaba las páginas a un ritmo constante, aparentemente absorta en su contenido. A primera vista, era una tarea sencilla, demasiado sencilla.



Pero algo atormentaba a Cole.

No podía precisar qué era, pero algo sobre la escena se sentía... extraño. Sus agudos instintos, perfeccionados a través de años de trabajo de campo, comenzaron a molestarle. Sofia pasaba las páginas con normalidad, una tras otra, pero el libro parecía enorme mucho más grande de lo que un lector casual llevaría para un paseo despreocupado. A pesar de su ritmo constante, no parecía estar avanzando en el volumen.

Era algo sutil, y Cole no podía explicar por qué le molestaba. Todo parecía normal, al menos en la superficie. La transmisión de My Reality mostraba la escena con la misma claridad de siempre, sus filtros aumentando la realidad sin brechas ni anomalías. Sin embargo, la inquietud permanecía.

Aun así, se mantuvo enfocado, haciendo lo que mejor sabía hacer: observar. Ningún detalle se le escapaba, sus ojos agudos seguían cada movimiento que hacía Sofia. Cualquiera que fuera el extraño sentimiento, Cole lo desestimó como solo otra peculiaridad del trabajo. Por ahora, era dinero fácil.

Una vez que Luca confirmó que el oficial de policía que vigilaba a Sofia estaba viendo el bucle cuidadosamente creado de su lectura en el banco, supo que era hora de actuar. Todo se había desarrollado de acuerdo con el plan hasta ahora, incluso con el oficial de respaldo de William ahora en juego.



Luca y Henry habían anticipado esta posibilidad. Sabían que William, incluso operando de manera no oficial, tenía los recursos para escalar la situación. Por eso se habían preparado para contingencias.

Afortunadamente, Thomas Cole no tenía el microchip de seguridad que hacía imposible hackear los sistemas de William. Con las vulnerabilidades de Cole, Luca pudo ejecutar su plan. Había capturado un bucle convincente de Sofia sentada y leyendo, completo con una escena inalterable a su alrededor. Al hackear las lentillas de contacto de Cole, Luca alimentó al oficial el bucle, congelando efectivamente las aparentes acciones de Sofia en la transmisión de realidad aumentada de Cole. La ilusión se extendió más allá de la propia Sofia, reemplazando toda el área alrededor del banco para asegurar que Luca pudiera acercarse sin ser detectado.

Durante seis meses, Luca había observado a Sofia con cuidado. Conocía sus rutinas, sus hábitos y, lo más importante, su temperamento. No era una tonta una persona inteligente y tranquila que manejaba situaciones tensas con gracia. La había visto resolver conflictos entre estudiantes con una rara mezcla de empatía y autoridad, siempre buscando una solución que funcionara para todos.

Luca también sabía que el engaño no funcionaría. Alguien tan perceptivo como Sofia vería a través de una mentira de inmediato. Necesitaba acercarse a ella con la verdad, pero el peligro de la situación significaba que no podía permitirse dejarla escapar. Todo dependía de que ella se quedara en su lugar.



Fortaleciendo su determinación, Luca se movió silenciosamente detrás de ella, cada paso preciso y deliberado. A medida que se acercaba, jugó su primera carta.

"Sofia," dijo, su voz baja pero firme, "Sé que puedes apagar tus lentes de contacto por completo. Sé que estás fuera del sistema en este momento. Por favor, mantente quieta, a menos que quieras perder ese privilegio."

Las palabras golpearon a Sofia como un rayo. Se congeló, su mente corriendo, la alarma recorriendo sus venas.

Luca continuó, su tono suavizándose un poco para tranquilizarla. "Incluso si no me crees, quiero asegurarte que no tengo intención de hacer daño." Hizo una pausa brevemente, observándola. Ella permanecía congelada, su mente aguda probablemente sopesando sus opciones. Añadió, "Ahora, voy a sentarme a tu lado y explicarme. Por favor, entiende que si corres, podrías perderlo todo. Necesito que confirmes que entiendes."

La voz de Sofia temblaba, pero llevaba un hilo de confianza, su fuerza de voluntad manteniendo su miedo a raya. "...Entiendo," dijo, apenas audible.

Luca rodeó lentamente el banco y se sentó a su lado, manteniendo una distancia cuidadosa. El cuerpo de Sofia estaba tenso, sus ojos fijos en el lago como si buscara una salida.



"Lamento mucho que tengamos que encontrarnos bajo estas circunstancias," comenzó Luca, su tono genuinamente apoloético.

Sofia no dijo nada, su miedo controlado pero aún visible en la forma en que sus manos agarraban el libro en su regazo.

"Mi nombre es Luca," continuó. "Y en este momento, también estoy fuera del sistema. El sistema no puede oírnos ni vernos, siempre y cuando permanezcamos sentados en este banco."

Sus ojos se agrandaron ligeramente ante sus palabras. La capacidad de desactivar completamente el sistema estaba reservada para los ejecutivos corporativos más poderosos, un privilegio otorgado solo a unos pocos seleccionados. Que ella aún tuviera acceso a esta función era una anomalía un remanente de alguna poderosa intervención a su favor.

Pero la afirmación de Luca de que él también estaba fuera del sistema era más difícil de creer. ¿Cómo podría alguien fuera de la élite corporativa lograr tal hazaña? Permaneció en silencio, su mente corriendo para reconciliar este inesperado encuentro con la realidad que siempre había conocido.

Luca la estudió con atención. No estaba en pánico; en cambio, parecía estar calculando, sopesando la verdad de sus palabras contra el riesgo de su situación. Eso era bueno. Significaba que estaba escuchando.



El silencio se extendió entre ellos, pesado con una tensión no expresada. Luca sabía que las próximas palabras que pronunciara determinarían si Sofia se quedaría a escucharlo o si todo lo que habían planeado se desmoronaría.

"Sí, es algo difícil de aceptar," dijo Luca, su voz firme pero matizada con gravedad. "Por eso necesito decir esto para probarlo. Algo que, de hecho, es la absoluta verdad."

Tomó una profunda respiración, sus ojos fijándose en los de ella. El peso de sus próximas palabras pendía en el aire como una tormenta a punto de estallar.

"Voy a acabar con Reality Labs. Destruiré la aplicación My Reality. Todos serán libres..." Hizo una pausa, dejando que la enormidad de su declaración se asimilara antes de terminar. "Y tú me vas a ayudar."

La reacción de Sofia fue inmediata y visceral. Se levantó de un salto. Sus manos temblaban mientras agarraba el libro contra su pecho, su rostro pálido de terror.

"¿Qué..." balbuceó, su voz apenas por encima de un susurro, mientras su mirada se desplazaba por todo el parque. En cualquier momento, las fuerzas de seguridad descenderían sobre ellos. El peso de las palabras de Luca se sentía como un lazo apretándose alrededor de su cuello.



Su respiración se aceleró, su pecho se agitaba con pánico. Correr parecía inútil, pero sus instintos gritaban que se moviera, que huyera. Sin embargo, de alguna manera, no lo hizo. Algún sentido de lógica profundamente enterrado, o quizás un puro instinto de supervivencia, forzó a su tembloroso cuerpo a volver a sentarse.

Su mente se precipitaba con miedo, su corazón latiendo descontroladamente mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos. Esto es, pensó. Este es el final.

Los segundos se alargaban, cada uno sintiéndose como una eternidad.

Un minuto, dos, tres... Sofia permaneció congelada, cada sonido en el parque amplificado en su estado de terror.

Cuatro minutos, cinco, seis... Sus ojos se movían hacia las sombras, esperando que las fuerzas de seguridad aparecieran, esperando lo inevitable.

Siete minutos, ocho, nueve... Luca siguió a su lado sentado en silencio. Su rostro grabado con una tristeza tranquila, su presencia tanto inquietante como extrañamente estabilizadora.

Diez minutos, once, doce... Poco a poco, la duda comenzó a infiltrarse en la mente de Sofia. La respuesta del sistema a una amenaza tan flagrante debería haber sido inmediata un helicóptero rugiendo sobre su cabeza, botas golpeando el suelo. Pero nada sucedió.



Trece minutos. Catorce. Quince... La respiración de Sofia comenzó a calmarse, su mente corriendo para reevaluar. ¿Podría Luca estar diciéndole la verdad? Si el sistema no había respondido, ¿significaba eso que realmente estaban fuera de la red?

Sus lágrimas disminuyeron, su terror se desvaneció en una extraña calma agotada. Miró a Luca, quien se sentó en silencio, su postura era apologetica.

"Lamento mucho haberte hecho pasar por eso," dijo, su voz suave pero sincera. "Créeme, no tuve otra opción. Por favor... te lo ruego. Dame una oportunidad para explicarte."

La voz de Sofia aún temblaba, pero llevaba un nuevo matiz de fría determinación. "¿Tengo alguna opción?"

Luca encontró su mirada. "Sí, la tienes. Pero esa opción podría significar perder la única oportunidad que tenemos para acabar con esta pesadilla de sociedad. Y sé," añadió, su tono firme, "que odias esta sociedad tanto como yo."

Sofia apartó la mirada, sus ojos desviándose hacia el cielo que se oscurecía. Las primeras estrellas comenzaban a emerger, tenues contra el resplandor que se desvanecía del horizonte. Su cuerpo dolía por la tensión residual, y su mente luchaba por reconciliar los eventos de los últimos minutos.



Ella no aceptaba las acciones extremas de Luca no aún. Pero las entendía. En un mundo tan roto como el suyo, la desesperación podía llevar a las personas a extremos extraordinarios.

Finalmente, habló, su voz más suave pero firme. "Estoy escuchando."

Después de una hora observando a Sofia sentada en el banco y leyendo lo que parecía ser un libro interminable, Thomas Cole la vio levantarse y dejar el parque. La sesión había sido monótona aparte de esa leve y molesta sensación de que algo estaba ligeramente fuera de lugar.

Aún así, el comportamiento de Sofia había sido externamente normal. Cole había hecho su trabajo, grabando meticulosamente la transmisión para que William la analizara más tarde. Si había algo oculto en los detalles, no era problema de Cole descubrirlo. Su papel era observar y grabar, no interpretar. Esa era responsabilidad de otra persona.

A medida que seguía a Sofia de regreso a su apartamento, Cole comenzó a notar sutiles cambios en su comportamiento. En el parque, ella había parecido relajada, su lenguaje corporal suelto y sin defensas. Pero ahora, había algo diferente.



Para un ojo inexperto, sus movimientos aún podrían parecer tranquilos, pero Cole había pasado décadas leyendo a las personas. Podía notar cuándo alguien fingía compostura. El paso de Sofía era constante, su mirada fija hacia adelante, pero había tensión en la posición de sus hombros, una rigidez que no estaba allí antes.

Estaba ocultando algo.

El pensamiento despertó una oleada de curiosidad en Cole. Escaneó los alrededores mientras caminaban, sus ojos recorriendo cada callejón, entrada y transeúnte, buscando cualquier señal de un intercambio clandestino. Una inclinación de cabeza, una mirada, incluso el gesto más pequeño podría delatar una reunión. Pero no había nada.

Sofía entró en su edificio de apartamentos sin incidentes, desapareciendo tras la puerta cuando esta se cerró con un clic.

Cole se quedó afuera un momento, sus instintos no lo dejaban tranquilo. Algo había pasado en ese parque; estaba bastante seguro de ello. Pero fuera lo que fuera, no había dejado ningún rastro visible. Sin contactos, sin señales, sin evidencia tangible. Le contaría todo a William cuando regresara de su reunión con el alcalde. Era trabajo de William analizar las grabaciones y darle sentido. La tarea de Cole estaba completa.



A medida que caminaba de regreso hacia su automóvil, Cole se permitió una pequeña sonrisa de satisfacción. Había hecho el trabajo con precisión, exactamente como se le había indicado, y el dinero extra de este trabajo no oficial ya estaba destinado a un pequeño capricho. Pensó en el whiskey que había estado mirando en la tienda de la esquina y cómo saboraría esa noche.

Para Cole, este era solo otro trabajo bien hecho.



****Capítulo 11: ¿Quiero una vida normal?***

Sofía aún temblaba cuando entró en su apartamento, un espacio familiar que ofrecía poco consuelo. Se apoyó contra la puerta, su pecho subiendo y bajando con respiraciones profundas e irregulares. El terror que había sentido en el parque persistía, crudo y devorador, negándose a disiparse.

Se dirigió a la cocina en piloto automático, sus manos torpes mientras preparaba una taza de té caliente. La rutina estaba destinada a calmarla, el líquido caliente apaciguando el temblor en su cuerpo. Pero al sentarse en la pequeña mesa, sosteniendo la taza entre sus manos, sus pensamientos corrían descontrolados.

"Mi rutina habitual..." murmuró, su voz apenas por encima de un susurro. ¿Alguna vez podría volver a ella?

Durante años, Sofía había trabajado duro por crear una vida tranquila. Enseñaba una materia que amaba, disfrutando la oportunidad de compartir su pasión con estudiantes ansiosos. Su apartamento, modesto pero cómodo, era uno de los pocos lugares que podía ver tal como era, un raro privilegio en una sociedad construida sobre ilusiones aumentadas.

No tenía muchos amigos, y nadie particularmente cercano, pero estaba bien con eso. Valoraba su soledad, sus paseos por el parque, sus libros. En esos momentos de tranquilidad, creía haber encontrado lo que buscaba: paz.



Y aún así, había una parte de su existencia que nunca se acomodó del todo a esa realidad idílica. Una sombra permanecía en los rincones de su alma, inquieta e inflexible. Le susurraba, recordándole verdades que intentaba enterrar. El hambre de escapar del sistema, de luchar contra él, nunca había desaparecido por completo.

No importaba cuán duro intentara suprimirlo, permanecía una brasa que se negaba a extinguirse.

La infancia de Sofía había sido todo menos pacífica. Estaba marcada por la tragedia, el miedo y el tipo de cicatrices que nunca realmente desaparecen.

Tenía siete años cuando presenció la ejecución de sus padres. El recuerdo estaba grabado en su mente con una claridad aterradora: sus cuerpos sin vida desplomándose al suelo, los ojos fríos de los oficiales que habían llevado a cabo el acto.

Sus padres habían sido profesores en la misma universidad donde ella trabajaba ahora. Eran personas apasionadas y con principios que creían en un futuro mejor, un futuro libre del asfixiante control del sistema. Pero su desafío tuvo un costo.

En secreto, sus padres habían organizado reuniones entre un pequeño grupo de colegas de confianza, todos igualmente desilusionados con el régimen corporativo. Habían desarrollado un ingenioso sistema para comunicar su disidencia. La madre de Sofía, psicóloga, y su padre, lingüista, habían ideado un intrincado código utilizando señales visuales que solo tenían sentido dentro del contexto de la universidad.



A cualquier extraño que revisara las grabaciones de vigilancia de sus lentes de contacto, las reuniones parecían inocuas discusiones sobre la mejora de las instalaciones de la universidad o el enriquecimiento de los programas académicos. Pero para los iniciados, las palabras llevaban significados ocultos, una rebelión silenciosa entretejida en sus conversaciones.

Sus padres eran cuidadosos, casi obsesivamente. Solo aquellos que habían trabajado en la universidad durante años, que habían demostrado genuina empatía y altruismo, eran invitados a unirse. La madre de Sofía incluso había creado una prueba psicológica encubierta para evaluar a los posibles miembros una sutil evaluación diseñada para eliminar infiltrados y detectar falsedades en la bondad.

El sistema funcionaba bien, descubriendo a aquellos que fingían ser dignos de confianza. Pero ninguna prueba era infalible.

Un día, el fuego con el que habían estado jugando los consumió. Alguien en quien confiaban, alguien que habían acogido en su círculo, los había traicionado. Las autoridades descendieron sobre ellos con una eficiencia rápida y despiadada.

Sofía se había estado escondiendo en un armario de almacenamiento cuando ocurrió, mirando a través de una rendija en la puerta mientras sus padres eran arrastrados al patio. Se tapó la boca con las manos para sofocar sus gritos, pero la imagen de la ejecución de sus padres se grabó en su memoria. Su lucha por un futuro mejor terminó en sangre y silencio, dejando a Sofía sola en un mundo que castigaba a quienes se atrevían a soñar.



La traición vino de alguien en quien confiaban Gianna Davis. Una estudiante de psicología de tercer año en ese momento. Gianna parecía la adición perfecta a sus reuniones clandestinas. Tenía una reputación impecable, construida sobre años de voluntariado en programas sociales y ayudando a los necesitados.

Gianna había pasado la prueba psicológica con sobresaliente, sus respuestas reflejando una comprensión impecable de la empatía y la compasión. Pero la brillantez de Gianna ocultaba una verdad aterradora: era una psicópata completamente funcional. Su extraordinaria inteligencia le había permitido imitar la empatía con tal precisión que nadie sospechaba nada. Era incapaz de una conexión humana genuina, pero sabía exactamente cómo fingirla.

La traición llegó de forma rápida y sin advertencia. Los padres de Sofía la habían invitado a su primera reunión, un encuentro tranquilo donde se intercambiaban ideas bajo el velo de un lenguaje en clave. Pero eso fue suficiente para que Gianna los denunciara a las autoridades.

Esa noche, mientras Sofía yacía en la cama, el mundo que conocía fue destrozado.

La policía irrumpió en su hogar con una eficiencia implacable. Los oficiales asaltaron la casa, sus rostros fríos e impenetrables mientras leían los cargos. La sentencia, declararon, ya había sido dictada. No habría juicio, ni oportunidad de defensa.



Los padres de Sofía no resistieron; simplemente se mantuvieron erguidos, tomados de las manos mientras eran conducidos a la sala de estar. Los oficiales no mostraron vacilación. Levantando sus armas semiautomáticas, desataron una lluvia de balas, ejecutando a los padres de Sofía frente a ella.

Los gritos de Sofía resonaron por la casa, su pequeño cuerpo temblando mientras se acurrucaba en un rincón. Pero su horror se amplificó por las sonrisas retorcidas de los oficiales. Se estaban divirtiendo el acto de acabar con dos vidas a sangre fría.

Algo dentro de Sofía se rompió esa noche. Una parte de ella, que alguna vez había sido completamente inocente, quedó irreparablemente destrozada.

Durante dos años, Sofía no pronunció una sola palabra.

Los medios pintaron a sus padres como radicales peligrosos, enemigos del estado que buscaban destruir el tejido de su sociedad 'perfecta'. Sofía, ahora huérfana, se convirtió en una advertencia, un símbolo viviente de lo que esperaba a los hijos de los disidentes.

Fue enviada a uno de los orfanatos más duros de la ciudad, un lugar donde la crueldad era la política. La comida era apenas comestible, las habitaciones frías y poco acogedoras, y el estricto personal religioso veía el castigo como una forma de salvación. El orfanato utilizaba a Sofía como un ejemplo, un recordatorio constante de los peligros de desviarse del mensaje aprobado por el sistema.



Pero nada de esto se comparaba con el tormento en la propia mente de Sofía.

Durante dos años, estuvo atrapada en un bucle implacable de horror y odio. Cada noche, revivía la ejecución, la visión de los cuerpos sin vida de sus padres, la satisfacción arrogante en los rostros de los oficiales. El bucle la consumía, alimentando su ira, su duelo y su desesperación.

Odiaba todo.

Odiaba a sus padres por su desafío, por arriesgarlo todo por sus ideales. Odiaba que la dejaran sola, por condenarla al orfanato. Se odiaba a sí misma por sobrevivir. Pero, sobre todo, odiaba a la policía, los monstruos que le habían quitado a sus padres con tal alegría insensible.

Le llevó años salir de la prisión mental que había construido. Nadie vino a salvarla; ninguna mano se extendió para sacarla de la oscuridad. Se dio cuenta, dolorosamente y poco a poco, de que si quería sobrevivir, tendría que salvarse a sí misma.

Sofía emergió de su silencio con una nueva determinación. No seguiría los pasos de sus padres. No lucharía contra el sistema, no se sacrificaría por ideales que no podían protegerla.



Decidió adaptarse, integrarse, abrazar el sistema tanto como necesitara para vivir una vida tranquila y simple. Enterró su ira, su odio y su dolor, encerrándolos en los rincones más oscuros de su mente.

Sofía se lanzó a sus estudios con una determinación única. El orfanato ofrecía pocas oportunidades, pero ella aprovechó cada una con una intensidad que la diferenciaba de sus compañeros. Mientras los otros niños aceptaban su sombría realidad, Sofía se concentró en construir un futuro, utilizando el conocimiento como su escudo y arma.

Su esfuerzo incansable dio sus frutos. Para cuando se graduó, había obtenido las más altas calificaciones en historia del país, una distinción que le abrió la puerta a una beca prestigiosa. Cuando llegó la oportunidad, no dudó. Cruzó esa puerta con determinación, decidida a nunca mirar atrás.

En la universidad, Sofía encontró su vocación en un campo de nicho pero en crecimiento: la historia de la evolución tecnológica. Era un área en la que pocos se habían aventurado, lo que la convertía en una avenida perfecta para alguien como Sofía ambiciosa, inteligente y cautelosa de llamar demasiado la atención. Especializarse en este campo le permitió profundizar en los entresijos del sistema bajo la apariencia de una investigación histórica.



Su interés no era puramente académico. Cada artículo, cada estudio, cada documento archivado la acercaba más a entender el sistema que le había quitado todo. No buscaba venganza; buscaba supervivencia. Si comprendía el sistema mejor que nadie, podría evitar el destino de sus padres.

Su dedicación no pasó desapercibida. Sofía sobresalió tanto en su trabajo que ganó acceso a los documentos más sensibles relacionados con la historia tecnológica. Para su asombro, parecía que alguien en lo más alto de la jerarquía corporativa había tomado interés en preservar la narrativa del progreso tecnológico.

Querían que la historia recordara los avances del sistema como nobles y necesarios. Y Sofía entregó exactamente lo que ellos querían.

Se convirtió en una maestra en entrelazar la historia aprobada por la corporación en su investigación, presentando la evolución de la tecnología como un bien inequívoco. Su trabajo era impecable, tan perfectamente alineado con el mensaje del sistema que aquellos en el poder comenzaron a confiar en ella implícitamente. Tanto, que pasaron por alto el extraordinario privilegio que le habían otorgado.

Sofía recibió un privilegio que pocos seres humanos obtienen jamás: la capacidad de desconectarse completamente del sistema al apagar sus lentes de contacto. Fue un descuido, un remanente de su acceso de alto nivel, pero había aprendido desde el principio a no llamar la atención sobre ello.



Ella usó el regalo con moderación y gran precaución. Solo cuando estaba completamente sola dentro de su apartamento o caminando por el parque se atrevía a desconectarse.

Sin los filtros del sistema, el mundo adquiriría una belleza cruda y sin filtrar. Los colores sintéticos y sobresaturados de la realidad aumentada daban paso a los tonos apagados y auténticos del mundo real. Amaba la imperfecta tranquilidad de la naturaleza tal como era: la corteza áspera de los árboles, los parches desiguales de hierba, el cielo atenuándose a medida que caía el crepúsculo.

Pero Sofía sabía que este privilegio era precario. Un movimiento en falso podría hacerlo todo colapsar. Lo guardaba celosamente, ocultándolo incluso de sí misma a veces, como si reconocerlo con demasiada frecuencia pudiera hacerlo desaparecer.

A todas luces, Sofía había alcanzado la vida que tanto deseaba. Tenía una carrera gratificante, un hogar tranquilo y momentos de paz robada en el mundo real. Se había adaptado al sistema, cumplido su papel perfectamente y construido una vida muy alejada del caos de su infancia.

Sin embargo, en lo profundo de su alma, las brasas de su odio hacia el sistema aún quemaban. Las había enterrado, convenciéndose a sí misma de que ya no ardían.



Pero ahora, por primera vez en veinte años, ese odio surgió a la superficie.

Las palabras de Luca, su audacia, habían abierto algo dentro de ella. El mundo que había construido cuidadosamente de repente se sentía frágil, y la cruda verdad que había reprimido durante décadas presionaba contra las paredes de su mente.

El sistema no había cambiado. Seguía siendo la misma máquina que había devorado a sus padres. La misma máquina que había pasado su vida aprendiendo a eludir.

Y por primera vez, Sofía sintió la atracción de algo que pensaba que había dejado atrás: el impulso de luchar.

Sofía se levantó del sofá, la taza de té caliente en sus manos, y caminó hacia la ventana. Su mente giraba con las palabras de Luca, su revelación sobre la vigilancia policial que seguía cada uno de sus movimientos. La idea de ser un objetivo la ponía enferma con una amarga ola de náuseas recorriendo su cuerpo. Había trabajado tan duro tan cuidadosamente para evitar este mismo destino.

Miró hacia la tranquila calle de abajo, su reflejo apenas visible en el cristal. El oficial de policía podría estar en cualquier lugar, fusionándose con las sombras o simulando un desinterés casual en la multitud. El sistema siempre estaba observando. Siempre listo para devorar a cualquiera, bueno o malo.



Sofía entendía esta dura verdad muy bien. El mismo camino meticuloso que había recorrido para convertirse en la ciudadana perfecta, para integrarse en el sistema, también había pintado un blanco en su espalda. No había forma de escapar. El sistema siempre estaría allí, omnipresente y hambriento, devorando a cualquiera que se desvíe demasiado de su guión.

Sus dedos se apretaron alrededor de la taza, pero no cerró las cortinas. Un simple acto de precaución como ese podría desencadenar una sospecha no deseada. Tenía que seguir interpretando su papel el de la ciudadana cumplidora y respetable que no tenía nada que ocultar.

Pero mientras estaba allí, mirando hacia la calle débilmente iluminada, sintió algo agitarse dentro de ella. Algo desconocido, pero dolorosamente poderoso. ¿Era... esperanza?

Las palabras de Luca habían despertado más que solo su hirviente odio hacia el sistema. Habían encendido el más tenue destello de la posibilidad de liberación.

Sofía siempre había sabido acerca de las personas que vivían fuera del sistema. En aquellos terribles días después de la ejecución de sus padres, había imaginado unirse a ellas, dejando todo atrás. Rumores sobre el underground habían llegado a sus oídos, susurros de comunidades no tocadas por los implantes quirúrgicos, donde las personas vivían libres de la opresiva mirada del sistema.



Aquellos nacidos en el submundo estaban exentos del procedimiento de las lentes de contacto, su libertad protegida desde el nacimiento. Pero también había quienes habían sido parte del sistema en algún momento, personas que habían elegido quitarse las lentes.

El pensamiento le envió un escalofrío por la espalda. Quitar los implantes a menudo venía con un alto precio: ceguera, daño irreversible, incluso la muerte. Sin embargo, algunos habían sobrevivido, su vista intacta, emergiendo como verdaderos rebeldes en un mundo de sumisión.

Sofía nunca había tenido el valor de dar ese paso, incluso en sus momentos más oscuros. No podía soportar el riesgo, el dolor, lo desconocido. Pero eso no detuvo la envidia que sentía por aquellos que sí lo habían hecho. Ellos no tenían que actuar, no tenían que desempeñarse para una sociedad que exigía el no salirse de la norma.

Esa noche, el sueño la evadió. Yació en la cama, mirando al techo, sus pensamientos una marea implacable que la arrastraba en diferentes direcciones.

La lucha interna que había enterrado durante años se negaba a permanecer oculta. Había dado un paso adelante, más fuerte y urgente que nunca. Pero ahora, no eran solo la ira y el dolor lo que la llenaba. Había nuevos elementos, nuevos factores que no podía ignorar.



Ella ya no estaba sola. La presencia de Luca, sus palabras, habían cambiado algo fundamental en su comprensión del mundo. Y él había hablado de venganza.

La idea echó raíces, no solicitada pero poderosa. Durante años, había luchado por mantener su odio contenido, por sofocar el fuego antes de que la consumiera. Pero ahora, ese fuego ardía más brillante que nunca.

¿Y si pudiera luchar? ¿Y si pudiera borrar las sonrisas arrogantes de los oficiales que habían matado a sus padres? ¿Y si pudiera detener a otros de sufrir el mismo dolor, la misma pérdida?

Su corazón latía con fuerza a medida que los pensamientos se volvían más ruidosos, más insistentes. El sistema le había quitado todo. Era hora de recuperar algo.

Esa noche, Sofía no durmió. Pero por primera vez en años, comenzó a soñar.

Sofía llegó al punto de encuentro, su corazón latiendo con una mezcla de miedo y determinación. Había seguido las instrucciones de Luca al pie de la letra, asegurándose de que nadie pudiera rastrear sus movimientos. Al entrar en el callejón en sombras, se detuvo, escaneando su entorno. Satisfecha de que no había ojos sobre ella, respiró hondo y desconectó sus lentes de contacto. El mundo cambió de inmediato, las superposiciones vibrantes y los colores sintéticos desapareciendo para revelar la cruda realidad sin filtrar que había debajo.



El tenue hedor de la alcantarilla la golpeó al descender, pero siguió adelante. Esta era su elección, y no había vuelta atrás.

Luca la estaba esperando cerca de la puerta de mantenimiento, su figura apenas iluminada por una luz parpadeante en el techo. Asintió en silencio a medida que ella se acercaba, luego hizo un gesto para que lo siguiera.

Aún en silencio, la condujo a la sala de mantenimiento. Una vez dentro, retiró un panel de la pared, revelando un pasaje estrecho. Hizo un gesto para que se arrastrara a través de él, y ella dudó solo brevemente antes de seguirlo.

Cuando emergieron al otro lado, Luca finalmente habló, su tono suave pero sincero.

"**Realmente quiero agradecerte por darnos esta oportunidad,**" dijo, extendiendo una mano para ayudarla a levantarse.

Sofía aceptó el gesto pero permaneció en silencio, su cuerpo tenso, su mente cautelosa.

Caminaron en silencio por un corredor tenuemente iluminado, el sonido de sus pasos resonando débilmente contra las húmedas paredes. La inquietud de Sofía crecía con cada paso, pero siguió avanzando, atraída por una mezcla de curiosidad y el deseo de ver qué había más allá.



Cuando finalmente llegaron al pueblo subterráneo, Sofía se detuvo en seco, sus ojos se agrandaron ante la vista que tenía frente a ella.

En la entrada estaba un hombre con un rostro cálido y curtido por el tiempo. Su actitud era tranquila, su presencia era reconfortante. La recibió con una sonrisa suave, claramente tratando de tranquilizarla.

"Es un placer conocerte, Sofía," dijo, su voz amable y medida. "No sabes cuánto significa para nosotros que hayas venido aquí."

Sofía reconoció su bienvenida con un pequeño asentimiento, su timidez aún era evidente.

El hombre Henry, percibía su aprensión. Agregó rápidamente, "Por favor, no tengas miedo. Sé lo que dicen de nosotros. No somos monstruos. Solo queremos vivir en paz... bueno, excepto por lo que este terrible genio aquí nos ha inspirado a hacer," dijo, riendo suavemente mientras gesticulaba hacia Luca.

Luca se sonrojó, mirando hacia abajo con vergüenza, pero no protestó.

Henry extendió su brazo hacia el pueblo. "Permíteme presentarte a nuestra comunidad."



Bajo la guía de Henry y Luca, Sofía comenzó a explorar la sociedad subterránea.

Por primera vez en su vida, vio a personas viviendo sin la sombra del sistema acechando sobre ellas. Las calles estrechas estaban alineadas con cabañas simples construidas con madera y metal recuperados, su modestia era un marcado contraste con la opulencia del mundo de arriba. Los niños jugaban libremente, sus risas resonando en el espacio cavernoso. Los adultos se movían con propósito, pero sin la tensión que provenía de la vigilancia constante.

Los ojos de Sofía se detuvieron en las familias, el amor puro y sin filtros entre padres e hijos. La sorprendió lo diferente que era esto de las interacciones huecas y ensayadas que había visto a través de los filtros de realidad aumentada de arriba. Aquí, la felicidad no se proyectaba ni se fabricaba; era real.

Poco a poco, Sofía comenzó a relajarse. La tensión en sus hombros se disipó, e incluso permitió que una tímida sonrisa apareciera cuando un niño se acercó a ella, abrazándola con calidez y sinceridad.

Al ver la creciente comodidad de Sofía, Henry y Luca intercambiaron una mirada y la llevaron a una cabaña modesta cerca del centro del pueblo. Dentro, la habitación era acogedora, iluminada por el suave resplandor de una lámpara hecha a mano. Henry hizo un gesto para que se sentara, ofreciéndole una taza de té de hierbas.



"Es hora de que hablemos," comenzó Henry, su tono cambiando ligeramente, volviéndose más serio. "Queremos saber qué te llevó a dar este paso. Y queremos hablar sobre lo que viene después."

Sofía dudó, sus dedos enrollándose alrededor de la cálida taza, su calor anclándola. Respiró hondo, sabiendo que esta conversación cambiaría todo. Por primera vez en su vida, podría explicar libremente su lucha interna. Su mundo estaba a punto de avanzar, alejándose del dolor y adentrándose en lo desconocido.

Luca había expuesto cada detalle, explicando la importancia crítica de acceder a la documentación en el microchip. Sin ello, no había camino hacia adelante no había forma de romper los niveles más altos de seguridad del sistema. Al terminar, Sofía se sentó en silencio, su mente procesando la enormidad de lo que estaba pidiendo.

Entendía los riesgos muy bien. Su trabajo como historiadora tecnológica le había dado una visión única sobre el sofisticado sistema de autenticación del microchip. Sabía que su nivel de protección era inigualable, diseñado para ser impenetrable.

Después de unos momentos de pesado silencio, finalmente habló.



"Si os ayudo..." comenzó Sofía, su voz temblando ligeramente. Hizo una pausa, sintiendo el peso de los ojos de Henry y Luca sobre ella. "Necesito que me hagais un favor."

Henry se enderezó en su silla, mientras Luca se inclinaba hacia adelante, percibiendo la gravedad en su tono.

"Quiero saber las identidades de los oficiales de policía que mataron a mis padres," dijo, su voz estabilizándose a medida que las palabras salían de sus labios.

La habitación se volvió tensa, el aire denso con emociones no expresadas.

Henry fue el primero en romper el silencio, su voz suave pero firme. "Sofía, sobreexponernos con hackeos podría comprometer toda la operación. Sabes eso tan bien como yo." Dudó, su expresión dolorida. "Entiendo tu dolor. Créeme, lo entiendo. Pero abrazar ese dolor... te lleva a lugares oscuros. Lugares donde no quieres estar."

Sofía exhaló lentamente, estabilizándose antes de responder. "Conozco esos lugares oscuros, Henry. He estado allí antes. He vivido con ellos durante años." Sus manos se aferraron al borde de la mesa. "Pero esto no se trata de venganza. Necesito saber quiénes son personas reales, no los monstruos que he creado en mi mente. Necesito cerrar esa herida. No puedo seguir viviendo con ella abierta."



Su voz titubeó, pero la convicción detrás de sus palabras era innegable.

Esta vez, fue Luca quien habló, su tono cauteloso pero solidario. "Henry, puedo hacer esto sin llamar demasiado la atención. Es información antigua, enterrada en los archivos. Nadie la está revisando. Puedo obtener los perfiles vinculados a ese crimen sin comprometer la operación."

La frente de Henry se frunció profundamente, sus pensamientos visibles en su rostro. Quería negar la solicitud, desviar a Sofía del camino que él mismo había recorrido. Sabía demasiado bien el poder corrosivo del odio, la forma en que podía consumir incluso la resolución más fuerte. Pero también vio la determinación en sus ojos, la necesidad inquebrantable de cerrar esa herida.

Después de una larga pausa, suspiró pesadamente. "Está bien," dijo al fin, su voz teñida de reticencia. "Luca te conseguirá la información. Pero hay una condición."

Sofía inclinó ligeramente la cabeza, esperando.

"Luca estará contigo cuando hackee el sistema," continuó Henry. "Esto no es algo que enfrentarás sola. Y no es algo que permitiremos que ponga en peligro todo lo que hemos construido."



Sofía asintió solemnemente, la tensión en su cuerpo disminuyendo ligeramente.
"Estoy de acuerdo."

El acuerdo estaba sellado.

Iban a ayudarse mutuamente. Para Sofía, era un paso hacia un tan esperado ajuste de cuentas con su pasado. Para Luca y Henry, era la base de una asociación frágil pero vital. Las apuestas eran más altas que nunca, pero por primera vez, las enfrentaban juntos.

El ciber-café estaba tranquilo, su laberinto de cabinas privadas débilmente iluminado. Sofía entró con cautela, sus lentes de contacto desconectados como se le había indicado. Se abrió camino a través del laberinto, su corazón pesado por la aprensión pero firme con determinación.

Dentro de la cabina, Luca ya estaba sentado, su bucle de camuflaje activo, asegurando que fueran invisibles para cualquier vigilancia que el sistema pudiera tener en marcha. Levantó la vista al entrar ella, reconociéndola con un breve asentimiento.

No intercambiaron palabras solo un simple y discreto "Hola." Ninguno se atrevió a arriesgarse a decir algo en voz alta que pudiera ser grabado o rastreado.



Sofía se sentó en la silla que Luca había preparado para ella y le dio un asentimiento silencioso, señalándole que procediera.

Luca trabajó rápidamente, sus dedos deslizándose sobre el teclado con precisión ensayada. No tardó mucho en acceder a los registros del crimen. Había mucha información, más de lo que ambos esperaban. La cobertura masiva del incidente había sido extensa, una narrativa cuidadosamente curada diseñada para vilipendiar a los padres de Sofía.

Filtró a través de los informes sensacionalistas, cavando más profundo hasta que llegó a los archivos policiales. Allí, oculto bajo capas de burocracia y propaganda, estaba la verdad.

La primera revelación golpeó a Sofía como un puñetazo. Gianna Davis, la joven en quien sus padres habían confiado, había sido una colaboradora desde el principio.

Reality Labs tenía un programa de reclutamiento para infiltrar colaboradores en cada capa de la sociedad. Gianna era una de sus operativas más jóvenes, reclutada por su psicopatía y su habilidad para falsificar emociones a la perfección.

Las manos de Sofía se apretaron en su regazo mientras leía el informe frío y clínico que Gianna había escrito sobre sus padres. Cada palabra goteaba con un desapego calculado, reduciendo a sus padres a meros 'sujetos' obstáculos que debían ser eliminados.



La recomendación final en el informe de Gianna era brutal e implacable: "Se aconseja la exterminación de los sujetos."

El archivo estaba marcado con un sello de autorización de una juez. Luca destacó el perfil del juez para que Sofía lo viera. La juez era una madre de tres en aquel momento, ahora abuela, respetada y celebrada en la sociedad. El destino de los padres de Sofía había sido sellado en segundos, su 'juicio' no era más que un reconocimiento superficial de la recomendación de Gianna.

La visión de Sofía se nubló mientras las lágrimas brotaban de sus ojos. Luca notó su dolor y le puso una mano suavemente en el hombro.

Ella lo miró, su expresión una mezcla de gratitud y determinación cruda. "Sigue adelante," parecían decir sus ojos. Quería todo sin importar cuánto doliera.

Luca continuó, sacando los registros del escuadrón policial enviado para ejecutar a sus padres. El escuadrón estaba compuesto por cuatro oficiales tres hombres y una mujer. Dos se habían jubilado desde entonces, viviendo cómodamente en vecindarios acomodados, mientras que los otros dos seguían activos, disfrutando de ascensos y privilegios muy por encima de lo que la mayoría de los oficiales podría esperar.

Una investigación más profunda descubrió algo más oscuro: los cuatro oficiales habían estado implicados en una operación de lavado de dinero de drogas años atrás. Los cargos habían sido desestimados, barridos bajo la alfombra por alguien en lo más alto de la jerarquía policial.



Sofía leyó los detalles en silencio, sus lágrimas fluyendo libremente ahora. Lloró en silencio, su cuerpo temblando mientras intentaba contener la tormenta dentro de ella. Para aquellos responsables, el asesinato de sus padres no había sido más que una tarea rutinaria. El trabajo del un día normal. Un trabajo que habían disfrutado.

Luca hizo una pausa, luego escribió un mensaje en la pantalla para que Sofía lo leyera:

"Puedo hacer que los registros sean públicos de manera anónima. Los medios masivos se lo comerán. Los destruirán."

La mirada de Sofía se detuvo en las palabras, su corazón dolía con el peso de la elección que tenía ante ella. La oferta de Luca era tentadora. Podía exponerlos, arruinar sus vidas y darle la venganza que había anhelado durante tanto tiempo.

Pero luego, pensó en el panorama más amplio. Pensó en el sistema, la máquina que había orquestado todo esto, que continuaba triturando innumerables vidas hasta convertirlas en polvo. Destruir a cuatro oficiales corruptos no cambiaría el mundo. No detendría a otro niño de sufrir lo que ella había sufrido.

Confrontó la mirada de Luca, su expresión resolutiva.

"No," dijo suavemente. Su voz ahora era firme, el temblor había desaparecido.



Luca parpadeó sorprendido pero no discutió. Podía verlo en su rostro algo había cambiado.

"Voy a ayudarte," dijo Sofía, su voz firme. "Vamos a destruir este podrido sistema."

La misión se había convertido en suya.



Capítulo 12: Infiltración

Sofía se encontraba frente a su espejo, su reflejo devolviéndole una mezcla de determinación y miedo. Alisó las solapas de su blazer, ajustando el atuendo profesional que había elegido para el día. Lucía como la profesional que necesitaba ser: pulida, segura y serena.

Hoy era el día. Una misión que podía cambiarlo todo.

Sabía lo peligroso que era esto. Todo dependía de su capacidad para integrarse sin problemas en la sede central de Reality Labs. Luca había enfatizado que la zona donde se almacenaban los documentos críticos operaba sin ningún filtro de realidad aumentada. En ese entorno, cada detalle importaba. Tenía que ser el tipo de visitante al que Reality Labs estaba acostumbrado a recibir.

El día anterior, Sofía había contactado a Reality Labs para anunciar su visita. Explicó que estaba recopilando material para un libro que estaba escribiendo: un relato halagador sobre cómo Reality Labs había sentado las bases para una sociedad de 'felicidad constante'.

La pretensión funcionó. Su reputación como una respetada historiadora de la tecnología la precedía, respaldada por el peso persistente de una antigua recomendación de una figura poderosa dentro de Reality Labs. Ese respaldo, olvidado hace tiempo por Sofía pero claramente no por el sistema, aseguraba su acceso.



Pasar por la puerta principal no era el problema. El verdadero desafío era algo completamente diferente.

Luca le había advertido sobre William Davis.

El inspector, implacable como siempre, había vuelto a su vigilancia con renovada energía después de la distracción de Luca. Pero algo había cambiado en el comportamiento de William. Parecía más alerta, sus ojos escaneando constantemente su entorno, como si supiera que lo estaban observando.

La distracción había funcionado, pero también había agudizado los instintos de William. Ahora entendía que el hacking iba más profundo de lo que había pensado inicialmente. Se estaba acercando demasiado, y tanto Luca como Sofía sabían que ya no había vuelta atrás. El riesgo de ser seguido de cerca por William era una oportunidad que tenían que tomar.

Sofía miró su reloj un diseño analógico simple, elegante pero discreto. La cámara que Luca había integrado estaba perfectamente oculta en el centro donde se unían las manecillas del reloj. Él le había asegurado que pasaría desapercibida por los escáneres de seguridad. Rezó para que tuviera razón.

La otra pieza esencial del equipo era el pequeño auricular que ahora sostenía entre sus dedos. Estaba hecho de silicona, meticulosamente a juego con su tono de piel, y prácticamente invisible. Luca lo había diseñado para que fuera indetectable incluso por los escáneres más avanzados.



Sofía lo insertó cuidadosamente en su oído y probó la conexión. "Luca, ¿me escuchas?"

Su voz sonó suave en su oído, tranquila y firme. "Fuerte y claro. ¿Estás lista?"

Respiró hondo, intentando calmar sus nervios. "Tan lista como alguna vez estaré. Vamos a hacerlo."

Con una última mirada en el espejo, Sofía activó sus lentes de contacto, reingresando al mundo de la realidad aumentada. Su visión se ajustó al instante, los tonos apagados de su apartamento fueron reemplazados por el vibrante y curado entorno de My Reality.

La misión había comenzado.

Su pulso se aceleró mientras salía de su apartamento, cada paso acercándola al punto de no retorno. Esto ya no era solo por ella; era por todos ellos. La resistencia. Los niños jugando libremente. Los padres criando a sus familias sin miedo. Se trataba de romper el sistema que había robado tanto.

Mientras Sofía salía al mundo, no miró atrás.



William estaba furioso. Lo habían manipulado lo habían llevado a abandonar la vigilancia de Sofía. La realización lo atormentaba, un dolor persistente que se negaba a desaparecer.

Había pasado días revisando las grabaciones de video proporcionadas por Thomas Cole, buscando cualquier inconsistencia. Inicialmente, parecía impecable. Usó todas las herramientas a su disposición, ejecutando las grabaciones a través de múltiples programas de análisis. Pero, nada, sin obtener resultados.

Pero William no era alguien que se rindiera. Miró las grabaciones una y otra vez, diseccionando meticulosamente cada segundo. No fue hasta que el agotamiento amenazó con apoderarse de él que lo notó un pequeño detalle, casi imperceptible.

Ocurrió durante la grabación de Sofía leyendo en el banco del parque. La secuencia parecía normal al principio, pero luego William vio algo: Sofía, en un momento, parecía volver a una página que ya había leído. No era obvio, la transición era casi perfecta. Quien había creado el bucle había sido un maestro, su trabajo pulido hasta casi la perfección.

William amplificó la grabación, la pasó por un software de imagen mejorado, y examinó cada píxel. Finalmente, el análisis de alta resolución confirmó sus sospechas: el sistema había sido hackeado para crear un bucle.



Las implicaciones eran enormes. Alguien había logrado eludir el sistema con un nivel de habilidad que William nunca había visto antes. Pero, ¿era esto suficiente para presentarlo a Reality Labs como prueba definitiva?

Dudaba de ello. Necesitaba más evidencia irrefutable de una conexión entre Sofía y el hacker. Necesitaba atraparla en el acto. Si Sofía estaba trabajando con alguien, eventualmente cometería un error. Y cuando lo hiciera, William estaría allí.

Esa mañana, William notó el cambio que había estado esperando.

Sofía se había vestido con un atuendo de negocios, un marcado cambio con respecto a su guardarropa habitual. La única otra vez que William la había visto vestida así fue en grabaciones desclasificadas de hace años cuando había visitado la sede de Reality Labs.

Su pulso se aceleró. Esto era. Sofía se dirigía a Reality Labs, y estaba decidido a seguir cada uno de sus movimientos.

William la siguió hasta el metro, manteniendo una distancia cuidadosa. Ella entró en un vagón del metro, y él se deslizó en otro dos vagones más atrás. Desde su punto de vista, podía ver su tenue reflejo en la ventana, sus movimientos deliberados pero demasiado casuales.



William sonrió con tristeza. Reconocía las señales: la rigidez de alguien que intenta demasiado parecer relajado. Sofía estaba tensa y estaba ocultando algo.

Cuando Sofía salió en una concurrida estación central, William la siguió, entrelazándose entre la densa multitud. La estación era un laberinto de pasillos y conexiones, su naturaleza caótica forzándolo a reducir la distancia más de lo que prefería. No quería arriesgarse a perderla.

Pero Sofía no estaba sola en su misión. Cientos de ojos estaban ayudando a Luca a mantener un seguimiento de William.

Al llegar a un cruce en la estación, estalló una repentina conmoción. Un grupo de personas se quedó congelado en medio del pasillo, sus brazos agitando salvajemente mientras gritaban en pánico.

"¡No podemos ver!" gritó uno de ellos. "¿Qué está pasando?"

Otro, más frenético, agarró a William del brazo, su voz temblando de terror. "¡Por favor, ayúdame! ¡Me he quedado ciego!"

Los instintos de William se encendieron. Era una trampa.



Él empujó a través del grupo tan rápido como pudo, su frustración aumentando. La escena caótica le había costado preciosos segundos justo lo suficiente para que Sofía desapareciera por completo.

Por un momento, William se quedó en medio del pasillo, con la mandíbula apretada, escaneando el mar de rostros que se movían a su alrededor. Había perdido su rastro.

Pero no perdió la esperanza. Si su intuición era correcta, sabía exactamente hacia dónde se dirigía.

Reality Labs.

William apretó su determinación y se puso en marcha, navegando por la bulliciosa estación con un nuevo enfoque. La encontraría. Y esta vez, no habría escape.

Sofía salió del metro en la estación más cercana a la sede de Reality Labs, su corazón latiendo con fuerza en su pecho. Ajustó su postura, tratando de proyectar confianza a pesar del aplastante peso del miedo que amenazaba con apoderarse de ella.

La voz de Luca llegó suavemente a través del auricular, su tono tranquilo pero impregnado de urgencia. "Sofía, William ya está aquí. Te está esperando."



Su estómago se contrajo, pero Luca agregó rápidamente, "Recuerda, él todavía está llevando a cabo esta vigilancia de manera no oficial. Si tuviera evidencia sólida, ya habría escalado la investigación. Y he comprobado no tiene autorización para acceder al área a la que te diriges. Deberías estar a salvo."

'Debería', Sofía se aferró a las palabras, pero estas hicieron poco para calmar sus nervios. Había aceptado los riesgos al aceptar esta misión, pero eso no significaba que no la aterrorizara.

La sede de Reality Labs se alzaba frente a ella, un campus imponente que se extendía a través de una vasta propiedad meticulosamente ajardinada. Se asemejaba a una fortaleza de alta tecnología envuelta en una engañosa elegancia. Los jardines cuidados y los edificios futuristas contrastaban marcadamente con el control sofocante que la corporación ejercía sobre la sociedad.

Sofía pasó por la puerta principal con facilidad, sus credenciales aceptadas sin cuestionamientos. Había interpretado su papel a la perfección hasta ahora. La caminata de diez minutos hacia el edificio central se sentía mucho más larga, cada paso amplificando el nudo en su estómago.

Tres minutos después de comenzar su caminata, la voz de Luca cortó el silencio. "William ha entrado en el recinto. Aquí es donde pierdo la visual sobre él."



Su respiración se detuvo, pero Luca continuó, su voz firme. "Todos en esa área tienen el microchip de seguridad. No puedo hackear sus lentes. Te guiaré lo mejor que pueda a través del auricular, pero a partir de ahora, dependerás de lo que veas."

Las palabras impactaron con fuerza, pero Sofía reprimió la ola de miedo que amenazaba. Tenía que concentrarse. Había llegado demasiado lejos para titubear ahora.

El edificio central donde la meta de Sofía la esperaba estaba en el corazón de las operaciones más avanzadas y secretas de Reality Labs. La estructura se alzaba sobre ella mientras se acercaba, su diseño elegante exudando poder y precisión.

El vestíbulo de entrada era impresionante en su opulencia estéril. Superficies pulidas reflejaban el suave resplandor de la iluminación futurista, y la vegetación exuberante estaba estratégicamente colocada para evocar una falsa sensación de calidez. Arriba, los espacios abiertos conectaban los pisos, dando la ilusión de transparencia en un lugar construido sobre el secreto.

Cada detalle estaba diseñado para impresionar, desde los lujosos muebles hasta las cámaras de seguridad elegantemente ocultas, que vigilaban todo con silenciosa vigilancia. La mirada de Sofía se desvió brevemente hacia el cuarto piso, el destino de su misión. Su corazón se aceleró al imaginar la documentación sensible que la esperaba allí.



Se acercó al mostrador de recepción, sus palabras cuidadosamente ensayadas resonando en su mente. Sus palmas se sentían húmedas, pero mantuvo la compostura, ocultando el creciente terror que le carcomía las entrañas.

La recepcionista la saludó con una sonrisa profesional, su comportamiento pulido y acogedor. "Bienvenida a Advanced Reality Labs. ¿Cómo puedo ayudarle hoy?"

Sofía devolvió la sonrisa, canalizando cada onza de calma que pudo reunir. "Hola. Mi nombre es Sofía Carter. Tengo una cita para consultar documentación sobre un proyecto en el que estoy trabajando."

La recepcionista asintió y se volvió a su computadora, sus dedos deslizándose sobre el teclado mientras buscaba la cita. Sofía contuvo la respiración, su mente corriendo a través de posibles escenarios.

Finalmente, la recepcionista levantó la vista, su sonrisa iluminándose. "Nos alegra verte de nuevo, Sra. Carter. Tiene acceso completo al área de documentación. No dude en pedir cualquier cosa que necesite. Estamos a su disposición."

Las puertas del ascensor se abrieron con un suave tintineo, revelando el piso donde se almacenaban los documentos críticos. Sofía salió, su pulso martillando en sus oídos. El diseño del espacio era austero y moderno, con paredes transparentes que exponían el funcionamiento interno de los laboratorios. Los científicos se movían metódicamente en sus estaciones de trabajo, absortos en sus tareas, el zumbido de la maquinaria llenando el aire.



Ella se obligó a respirar de manera tranquila mientras comenzaba a caminar hacia el área de documentación. Cada paso se sentía deliberado, calculado. Pero su compostura se rompió en el momento en que vio al Inspector Jefe William Davis entrar en el área de recepción abajo.

Su corazón saltó un latido. Él estaba aquí.

Instintivamente, se hizo a un lado para evitar estar en su línea de visión, sus movimientos sutiles pero urgentes. Su mirada se desvió, su cuerpo rígido por la tensión. Por un momento, se congeló, su mente corriendo con las posibilidades de lo que podría salir mal.

Pasaron un par de segundos antes de que reanudara su caminata. Nadie a su alrededor parecía notar su vacilación, pero Sofía sabía que tenía que seguir moviéndose. Su rostro había traicionado su miedo por solo una fracción de segundo, pero incluso eso se sentía como demasiado.

Al llegar a la puerta de acceso de alta seguridad, Sofía se detuvo frente al escáner. Presionó su muñeca contra el panel, permitiendo que el sistema leyera su microchip implantado. El suave pitido de aprobación resonó ensordecedor en el silencio. Rezó para que el sistema no detectara sus signos vitales en aumento; estaban lejos de la línea base calma y constante que estaba diseñado para esperar.



La puerta se deslizó con un susurro, y Sofía entró.

Inmediatamente, sus lentes de contacto se apagaron, dejándola en la cruda realidad sin filtrar del área de alta seguridad. Aquí, el sistema no permitía que My Reality funcionara. Nada estaba conectado a redes externas, ni las puertas, ni los escáneres, y ciertamente no los archivos que había venido a recuperar. El arquitecto original del sistema de autenticación por microchip había diseñado esta área con el aislamiento absoluto en mente, asegurando que ningún dato pudiera filtrarse.

Los labios de Sofía se curvaron en el más leve indicio de una sonrisa. No importaba cuán perfecto fuera el sistema, el factor humano siempre era su eslabón más débil.

El área segura era drásticamente diferente del resto del edificio. A diferencia de las paredes transparentes de los laboratorios, este espacio estaba cerrado, ofreciéndole un pequeño respiro de ojos curiosos. Pero el respiro venía con una cuenta atrás, William estaba demasiado cerca, y el tiempo se estaba acabando.

Sofía escaneó rápidamente la habitación, localizando la documentación. Estaba almacenada en una delgada y discreta carpeta en una estantería de acero. Mientras pasaba las páginas, se dio cuenta de que la simplicidad del sistema de autenticación por microchip era su genialidad. Estaba completamente aislado, dependiendo únicamente de protocolos internos para autenticar el acceso.



El documento completo, incluidos los esquemas, no tenía más de 100 páginas.

Sofía trabajó rápidamente, sus dedos firmes a pesar de la adrenalina que corría por sus venas. Levantó su reloj y comenzó a fotografiar las páginas, la lente de la cámara incrustada en el centro capturando cada una con una precisión nítida.

Página por página, se movía metódicamente, los suaves clics de la cámara del reloj siendo el único sonido en la habitación.

El proceso tomó cinco minutos, una eternidad en su mente. No podía dejar de imaginar a William abajo, sus ojos agudos y su determinación implacable. No tendría autorización para entrar en esta área, pero eso no significaba que no lo intentara.

Al tomar la última página, volvió a colocar la carpeta en su posición exacta en la estantería. Exhaló, permitiéndose un único momento de alivio antes de mirar hacia la salida.

La misión no había terminado. Aún no. Tenía que salir antes de que el inspector tuviera la oportunidad de llegar hasta ella.

Sofía enderezó su chaqueta, enderezó los hombros y se dirigió hacia la puerta. Su miedo no la había abandonado, pero algo más se había unido a él una tranquila determinación.



Cuando Sofía salió del área de documentación restringida, su corazón se detuvo. En el vestíbulo de recepción abajo, vio al Inspector William Davis entrar en el ascensor junto a un guardia de seguridad. Su estómago se contrajo mientras el miedo se apoderaba de ella.

¿Qué acceso tenía William?, se preguntó, su mente acelerada. ¿Qué haría si la encontraba?

No podía permitirse averiguarlo. Si sus suposiciones eran correctas, se dirigían directamente al área de documentación que ella acababa de abandonar. Necesitaba actuar rápido necesitaba desaparecer.

Sus ojos recorrieron el pasillo, buscando una salida. Otra puerta de alta seguridad llamó su atención. Tomando una respiración profunda, presionó su muñeca contra el escáner, rezando para que su microchip le otorgara acceso.

Bingo. La puerta se abrió con un susurro, y ella se deslizó dentro justo cuando escuchó el suave tintineo del ascensor llegando.

La puerta se cerró detrás de ella, dejándola sola en una pequeña habitación. Su respiración era entrecortada mientras trataba de calmarse. No podía ver afuera, no podía confirmar dónde estaba William o qué estaba haciendo. Calculó en silencio llegarían al área de documentación en aproximadamente un minuto.



Sus pensamientos fueron interrumpidos por un ruido agudo detrás de ella. Sobresaltada, se dio la vuelta para enfrentar una gran ventana que daba a un espacio cerrado. Un grupo de personas estaba dentro de la habitación más allá, dispersos y visiblemente angustiados.

Sus ojos se abrieron en reconocimiento.

Eran del underground.

Sus ropas estaban desgastadas, el mismo atuendo raído que había visto días antes. Ninguno de ellos mostraba las señales características del implante de lentes de contacto. Se veían asustados, acorralados.

Uno de ellos golpeó con un puño contra el cristal, gritando en desesperación.

La sangre de Sofía se heló.

Antes de que pudiera procesar lo que estaba viendo, un movimiento desde el techo llamó su atención.

Varios rifles de asalto se desplegaron, sus formas elegantes descendiendo con precisión clínica.

Los siguientes diez segundos fueron un horror puro.



Uno por uno, las armas abrieron fuego, la habitación estallando en caos. Las balas atravesaron los cuerpos de los cautivos con una eficiencia despiadada, sus gritos amortiguados por el grueso cristal. Algunos cayeron instantáneamente, mientras que otros se desplomaron en el suelo en agonía, con sangre acumulándose debajo de ellos.

Algunas de las víctimas golpearon la ventana, suplicando por piedad, sus rostros surcados de lágrimas dirigidos hacia Sofía. Otros colapsaron, resignados a su destino.

Sofía permaneció congelada, su mente retrocediendo a la noche en que sus padres habían sido ejecutados. Sintió la misma impotencia, la misma agonía insoportable.

Cuando el fuego cesó finalmente, el silencio fue ensordecedor. Los cuerpos en la habitación eran irreconocibles, desgarrados por el ataque implacable.

Las manos de Sofía temblaban, su respiración atrapada en su garganta. No sabía que esto había sido solo una de las cientos de pruebas realizadas regularmente en este edificio. Para los científicos, estas personas no eran más que "muestras de entrenamiento" para la IA, una colección de números en una hoja de cálculo.

Pero Sofía no tenía tiempo para detenerse en el horror. El minuto que había estimado estaba casi por terminar.



Ella se obligó a moverse, sus piernas temblorosas pero decididas. Abrió la puerta con cautela, asomándose al pasillo. Estaba vacío.

Ahora o nunca.

Salió y se dirigió directamente hacia el ascensor. El sonido de sus tacones resonaba débilmente en el pasillo, pero no dudó. Al llegar al ascensor, presionó el botón y entró, sus dedos temblando mientras seleccionaba el piso de la zona de recepción.

Cuando las puertas se abrieron, la recepcionista la saludó con una cálida sonrisa.

"Sofía, ¿has contactado a tu escolta policial?"

La mente de Sofía corrió, pero su respuesta fue rápida y firme, su tono profesional. "Sí, gracias. Necesitaba revisar algunos problemas de seguridad en el piso de arriba. Estaré esperándolo afuera."

La recepcionista asintió, satisfecha con la explicación. Sofía forzó una sonrisa educada antes de dirigirse hacia la salida.

Tan pronto como salió, el aire fresco la golpeó como una ola, pero hizo poco para calmar sus nervios. Caminó rápidamente hacia la puerta exterior, su paso más rápido de lo que debería haber sido, pero no podía permanecer en ese edificio ni un segundo más.



Sus pensamientos se agolpaban, una tormenta caótica de terror y rabia. Todo lo que había visto en los últimos diez minutos la había sacudido hasta lo más profundo. El sistema no solo era defectuoso, era monstruoso.

Sofía no dejó de caminar hasta que estuvo bien más allá de las puertas, respirando entrecortadamente.

Estaba libre por ahora. Pero lo que había presenciado dentro de esas paredes la perseguiría para siempre.

William estaba en la sala de documentación, sus ojos agudos escaneando cada rincón. Buscaba cualquier señal de Sofía, pero el espacio estaba vacío. Ella había estado allí, estaba seguro de ello.

Había movido hilos para fabricar una solicitud de escolta de seguridad para Sofía Carter, una solicitud que había sido aprobada sin preguntas. No era inusual que individuos con autorización de alta seguridad recibieran tal protección. Todo había sido verificado, permitiéndole seguir sus movimientos sin ser detectado hasta ahora.

"Ella me dijo que necesitaba verificar datos clasificados adicionales relacionados con su libro," dijo William en voz alta, manteniendo su tono sereno. "Pero no especificó dónde."



El guardia de seguridad que lo acompañaba revisó los registros del sistema en su tableta. "Los registros indican que la Sra. Carter fue a la sala de observación de pruebas," respondió el guardia, su tono profesional pero neutral.

El interés de William se agudizó. ¿La sala de observación de pruebas?

Al salir de la sala de documentación, no podía sacudirse la sensación persistente de que Sofía estaba involucrada en algo mucho más significativo de lo que había sospechado inicialmente.

En la entrada de la sala de observación de pruebas, el guardia dudó ligeramente, verificando los niveles de autorización tanto de Sofía como de William. Su expresión parpadeó, la más breve sombra de inquietud cruzando su rostro antes de que asintiera y abriera la puerta.

William notó el cambio. ¿Qué lo había puesto tenso?

La pesada puerta se deslizó con un suave susurro, revelando una pequeña sala estéril. El espacio era poco notable, salvo por el gran espejo de una vía que dominaba una pared. Le recordaba a William las salas de interrogatorio con las que estaba demasiado familiarizado el tipo utilizado para la identificación de criminales.

Entró, su mirada atraída inmediatamente hacia el espejo.



Y entonces lo vio.

William se congeló, la escena al otro lado del cristal grabándose en su mente.

La habitación más allá era un matadero. Cuerpos estaban esparcidos por el suelo, algunos despedazados, otros retorcidos de manera antinatural. La sangre cubría las paredes y se acumulaba debajo de los muertos.

Las ametralladoras montadas en el techo permanecían activas, su fría y mecánica precisión aún escaneando en busca de objetivos. Había niños entre las víctimas.

Por un momento, William quedó completamente sin palabras. Su mente luchaba por procesar lo que estaba viendo, la pura brutalidad de ello.

Pasaron segundos antes de que la furia estallara.

Se dio la vuelta hacia el guardia de seguridad, su rostro contorsionado por una rabia que no sabía que era capaz de sentir.

"¡QUIERO VER AL MÁXIMO RESPONSABLE AHORA MISMO!"

William Davis estaba sentado en la opulenta y tecnológica sala de reuniones, sus manos apretadas en puños sobre la superficie brillante de la mesa. La sala, con su perfección estéril y lujuria sutil, estaba diseñada para intimidar. Pero William no estaba aquí para impresionar. Estaba aquí en busca de justicia.



Esta era la primera vez que se encontraría con nuestro hombre: la figura enigmática detrás de Reality Labs, el arquitecto del sistema al que había dedicado su carrera. Esperaba, fervientemente, que también fuera la última.

La reunión se había organizado con sorprendente rapidez. Quince minutos después de que exigiera ver a la persona responsable, llegó la palabra: nuestro hombre lo recibiría personalmente.

La mandíbula de William se tensó. Bien. Que el monstruo se enfrente a mí.

El tenue sonido metálico de pasos prostéticos resonó por el pasillo, creciendo en intensidad hasta que la puerta se deslizó abierta. Nuestro hombre entró, su cuerpo mecánico moviéndose con una precisión inquietante. Su rostro una máscara sintética de juventud impecable llevaba una amplia sonrisa al acercarse.

"Inspector Davis," comenzó nuestro hombre, su voz suave y pulida, la encarnación del encanto corporativo. "¡Qué honor finalmente conocerlo! He oído historias extraordinarias sobre sus investigaciones. En nombre de toda la familia de Reality Labs, permítame ofrecerle mis felicitaciones por su servicio ejemplar."

La mirada de William podría haber cortado acero. "Corta la palabrería." Su voz era aguda, inquebrantable. "Sé sobre sus 'pruebas'. Estoy aquí para llevarlo a prisión. Ni siquiera su ejército de abogados lo salvará de la pena de muerte. Usted es un monstruo, y va a pagar por ello."



Nuestro hombre sonrió ampliamente. No era la reacción de un hombre acorralado; era la reacción de un hombre que tenía todas las cartas en la mano.

"Oh, mi querido inspector," dijo, levantando sus manos prostéticas en una falsa rendición. "Es usted tan maravillosamente ingenuo. Es casi entrañable lo poco que entiende."

William no se inmutó. "No pienses que puedes escapar de esto. Tengo todo grabado. Tengo toda las pruebas que necesito para enterrarte y a toda tu operación en el infierno."

Nuestro hombre se volvió hacia una bandeja cercana y se sirvió una copa de champán, el sonido del líquido apenas audible en medio del tenso silencio. Levantó la copa, ofreciéndole una a William, quien ni siquiera lo miró.

"¿Qué pruebas?" preguntó nuestro hombre, su voz tranquila, casi burlona.

Y entonces William lo entendió.

La realización cayó sobre él con el peso de un martillo de guerra. Nuestro hombre no estaba preocupado, porque no necesitaba estarlo. Controlaba la realidad misma o al menos lo que todos percibían como realidad. Las grabaciones, la evidencia, incluso la misma estructura de la verdad nada de eso estaba a salvo de él.



A pesar de toda la meticulosa planificación de William, de su furia justa, ahora entendía la magnitud del poder al que se enfrentaba. Nuestro hombre no era solo intocable; era un dios en este sistema.

Los ojos de nuestro hombre brillaron al ver el reconocimiento asentarse en el rostro de William. Levantó su copa en un brindis burlesco, la mueca en su rostro prostético nunca vacilando.

"Vamos, Inspector Davis. Gracias a usted, hemos podido corregir una falla crítica de seguridad. ¿La autorización de la Sra. Carter? Revocada. Fue un error que debió haberse rectificado hace mucho tiempo, y gracias a su diligencia, lo ha sido. Tenga la certeza de que me aseguraré personalmente de que la persona responsable aprenda su lección."

Tomó un sorbo de champán, saboreando el momento. "¡Usted ha sido nuestro héroe hoy, inspector! Debería estar celebrando. Nadie volverá a explotar el sistema no bajo mi vigilancia."

La puerta de la sala de reuniones se deslizó con un suave susurro, el gesto tan despectivo como el hombre que estaba frente a William.

No se necesitaban más palabras.

William se levantó de su asiento y salió, con los hombros rígidos, la cabeza en alto pero por dentro, estaba destrozado.



Él había pasado su vida defendiendo el sistema, creyendo en su promesa de orden y justicia. Ahora sabía la verdad: no servía a la justicia, sino a una máquina de control y crueldad.

Había luchado por proteger una realidad que no era real.

Al salir del edificio, el peso de su derrota se asentó sobre él como una nube de tormenta. William Davis se había enfrentado al arquitecto del sistema, y había perdido.

Totalmente.



Capítulo 13: Quedándose Sin Tiempo

Después de que William salió de la sala de reuniones, nuestro hombre permaneció inmóvil, mirando a través de la ventana. La ciudad se extendía ante él, un tapiz brillante de perfección artificial creado bajo su mandato. Sin embargo, a pesar de su belleza, su mente estaba en otro lugar.

William había estado peligrosamente cerca de desentrañar todo.

A pesar de toda su bravata, nuestro hombre sabía lo cerca que había estado el inspector de crear un desastre. Si William hubiera compartido lo que vio en la sala de observación del laboratorio en los primeros cinco minutos, podría haber sido catastrófico.

El informe le llegó rápidamente, pero no demasiado rápido para su comodidad. Cinco minutos después del descubrimiento de William, su equipo de seguridad personal le informó de la brecha. Actuando de inmediato, ordenó que se eliminara cada rastro de las grabaciones de video del sistema. No era suficiente con borrarlo; se aseguró de que se sobrescribiera, fragmentado más allá de la recuperación.

Había evitado por poco una pesadilla de relaciones públicas.

Mientras nuestro hombre controlaba la mayoría de los medios de comunicación, no los controlaba todos. Las redes rivales pequeñas pero tenaces habrían aprovechado la historia, propagándola por todas partes. Incluso con su influencia, contener las repercusiones habría sido desordenado, costoso y potencialmente peligroso para su legado.



Nuestro hombre se permitió una sonrisa irónica, levantando una copa de champán hacia sus labios. William no tendría otra oportunidad.

Había considerado tomar medidas más drásticas para silenciar al inspector: un accidente, un escándalo fabricado o algo más permanente. Pero esas acciones conllevaban sus propios riesgos. La desaparición o deshonra de William podría atraer la atención que nuestro hombre quería evitar.

Sin evidencia, William era impotente. Podía gritar sus acusaciones a los cielos, pero sin pruebas, nadie lo escucharía.

Y gracias a los eventos de hoy, William nunca volvería a tener acceso a información clasificada.

Pero los desafíos del día habían pasado factura.

La investigación de William era meramente el segundo golpe, uno que nuestro hombre había logrado desviar con precisión calculada. Era el primer golpe el que realmente lo había sacudido.

Sus dedos se apretaron alrededor de la copa mientras sus pensamientos regresaban a la crisis anterior.

Ese golpe, a diferencia de la interferencia de William, no era algo que pudiera mitigar o controlar. No era un problema de relaciones públicas ni una brecha en el sistema.



Era personal.

Nuestro hombre dio a la ciudad una última prolongada mirada. El reino que había construido desde cero se extendía ante él, un testimonio de su brillantez y ambición. Pero en el fondo, sabía la verdad.

No podría disfrutarlo por mucho tiempo más.

La realización ardía, un dolor lento y constante. Por primera vez en décadas, el hombre que controlaba la realidad misma sintió el más leve destello de algo que no había experimentado en mucho tiempo:

Miedo.

Nuestro hombre entró al laboratorio donde la IA estaba siendo entrenada con sus patrones cerebrales. El espacio estéril, iluminado de blanco, zumbaba con una actividad tranquila, pero su presencia silenció de inmediato el murmullo de la conversación.

Solicitó una reunión privada con la científica principal, la Dra. Carol Winters, una mujer que había estado a la vanguardia de este proyecto durante más de una década. Carol había trabajado estrechamente con nuestro hombre el tiempo suficiente para reconocer los sutiles cambios en su comportamiento, y hoy, algo era indudablemente diferente.



La arrogancia que normalmente irradiaba de él estaba atenuada. En su lugar, había algo más oscuro.

A medida que Carol entraba en la sala de reuniones, la sensación de inquietud la atormentaba. El proyecto era el trabajo de su vida, pero incluso ella no era inmune al miedo que venía con decepcionarlo.

Se sentaron uno frente al otro en una mesa elegante y minimalista, cuya superficie reflejaba el fresco resplandor azul de la iluminación de la sala.

La voz de nuestro hombre rompió el silencio, su tono era sombrío y, de manera inusual, directo. "¿Cuándo estará el proyecto completamente operativo?"

Carol parpadeó, sorprendida. Las fechas límite nunca habían sido parte de sus conversaciones antes. Ambos sabían la enormidad de la tarea mapear y recrear cada matiz de su personalidad, procesos de toma de decisiones y rasgos psicológicos. Era un proceso meticuloso que no podía apresurarse.

"Estamos avanzando de manera constante," comenzó con cautela. "Pero dar una fecha exacta para la plena capacidad operativa es... difícil. Nos hemos centrado principalmente en las áreas críticas de decisiones difíciles respuesta a crisis, dilemas éticos, pero los aspectos más rutinarios, como las operaciones administrativas, aún requieren un trabajo significativo."



Ella hizo una pausa, evaluando su reacción. El rostro prostético no se movía, pero su silencio era palpable. Llenaba la habitación como un peso presionando su pecho.

Apresuradamente, continuó, "A nuestro ritmo actual, estimaría que un primer lanzamiento podría ser posible en aproximadamente un año."

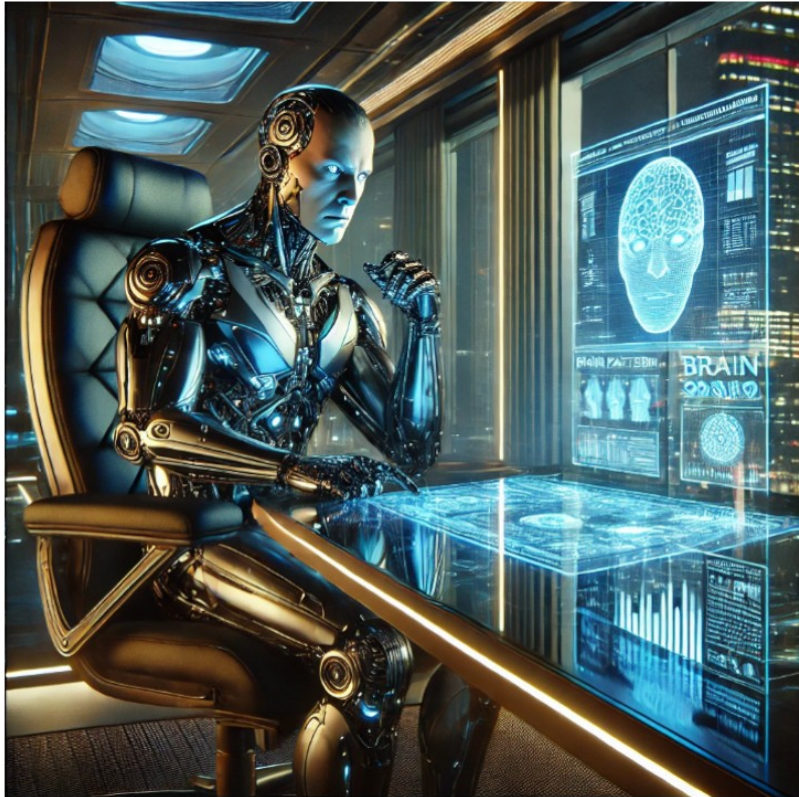
El sonido de nuestro hombre inhalando profundamente un leve silbido mecánico acompañando el movimiento de sus fosas nasales prostéticas fue la única respuesta por un momento. Luego habló, su tono inquebrantable:

"Tienes dos meses para completarlo."

El corazón de Carol se hundió. ¿Dos meses? La demanda no solo era irrazonable; era imposible. Pero lo conocía lo suficiente como para entender que una vez que decidía algo, no había espacio para la negociación.

Comenzó a tartamudear, su voz teñida de desesperación. "Pero... señor, para ese cronograma, necesitaríamos que estuviera aquí casi constantemente. No podemos entrenar a la IA sin acceso continuo a sus interacciones, y sabemos lo ocupado que está, así que no veo cómo..."

Nuestro hombre la interrumpió, su voz cortando la suya como un escalpelo. "Estaré aquí. Siempre."



El peso de sus palabras colgaba en el aire mientras se inclinaba ligeramente hacia adelante. "Comencemos."

Quedaba una semana. Una semana hasta que la IA estuviera lista para su implementación completa.

Nuestro hombre se sentó en sus aposentos privados, revisando meticulosamente la presentación que iba a entregar a los medios de comunicación del mundo. Todo tenía que ser perfecto sin errores, sin tropiezos, sin margen para el fracaso.

Metió la mano en el cajón de su escritorio pulido, recuperando varias botellas de pastillas. Vertiendo el contenido en su mano, miró la mezcla de cápsulas durante un momento antes de tragar un puñado de un solo trago. El amargo regusto persistió, pero no titubeó. Los errores no eran una opción.

El peso de los últimos dos meses lo presionaba como una niebla sofocante. El día en que William había descubierto los experimentos, nuestro hombre había recibido noticias mucho peores:

La degradación de su cerebro estaba acelerándose.

El diagnóstico había sido implacable. En nueve meses, sería reducido a un estado vegetativo. Su mente, una vez la más aguda del mundo, se marchitaría en el silencio. Ninguna cantidad de dinero, influencia o tecnología de punta podría detener lo inevitable.



Los doctores habían explicado la progresión en detalle clínico:

- Perdería la capacidad de terminar oraciones.
- Las conversaciones se interrumpirían en medio de un pensamiento.
- Se quedaría paralizado, incapaz de responder a estímulos externos.
- Su memoria a corto plazo se desvanecería hasta que no pudiera recordar ni las cosas más simples.

Pero el proceso había comenzado más rápido de lo que esperaba. Las primeras lagunas ya habían comenzado palabras perdidas, momentos de quietud que no podía explicar. Por primera vez, realmente sintió la fragilidad de su existencia.

La desesperación lo había llevado a forzar al doctor a revelar una alternativa peligrosa: un régimen de medicamentos experimentales.

Los medicamentos venían con un sombrío pacto. Le otorgarían dos meses de claridad enfocada, suprimiendo los síntomas visibles de su deterioro mental. Pero a cambio, acelerarían lo inevitable. Al final de esos dos meses, su declive sería catastrófico, dejándolo apenas funcional en sus últimos días.



Nuestro hombre había aceptado el trato sin dudarlo. Mejor brillar intensamente que desvanecerse.

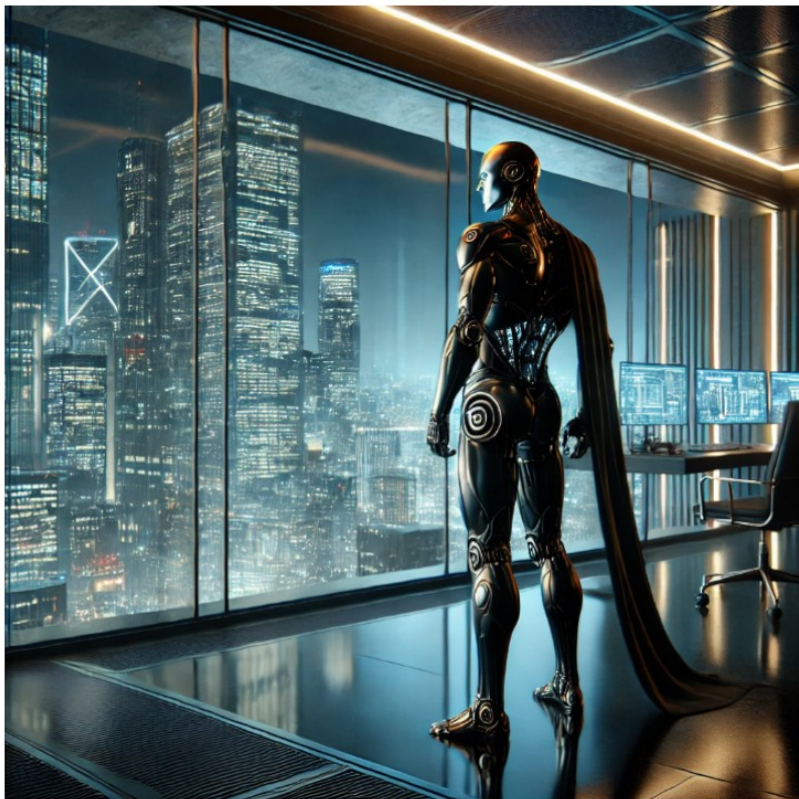
Ahora, la fecha límite se acercaba. Había luchado valientemente, pero los signos de su deterioro se volvían más difíciles de ignorar. La cronología del doctor había sido precisa: le quedaba una semana, dos como máximo antes de que su mente se descontrolara más allá de la reparación.

En los últimos dos meses, se había empujado hasta el límite.

- Días de 16 horas pasados en el laboratorio, guiando y entrenando a la IA.
- Apenas cinco horas de sueño cada noche, solo porque el doctor insistió en que era necesario para mantener sus habilidades cognitivas.
- Su equipo, obligado a permanecer en el laboratorio junto a él, había trabajado en condiciones brutales. Dormían en cuarteles improvisados, vivían de comidas contratadas y tenían prohibido salir.

A nuestro hombre no le importaban sus sacrificios. Les compensaría generosamente, pero nadie podía irse hasta que el trabajo estuviera terminado.

Cada momento de su vida menguante se volcaba en la IA. No solo la entrenaba para replicar sus decisiones de cara al público o los momentos críticos y de alto riesgo. Exigió que la IA estuviera preparada para los escenarios más oscuros, aquellos que el equipo no se había atrevido a priorizar antes.



Tortura.

Supresión masiva.

Sacrificando vidas por el bien mayor o por su propio beneficio.

Nuestro hombre insistió en que la IA manejara tales extremos precisamente como lo haría él. No podría haber desviación, ni vacilación. No confiaría su inmortalidad a algo débil.

Ahora, por fin, el final estaba cerca.

Se levantó de su silla, echando un vistazo a las paredes espejadas de sus aposentos. Su reflejo lo miraba de vuelta un hombre más máquina que humano, aferrándose a los últimos hilos de su vida.

La presentación a los medios sería su último acto público. Más allá de esto, no habría nada más.

Su mano tembló ligeramente mientras ajustaba su corbata. Forzó el temblor a detenerse, su mandíbula tensándose con determinación.

Este era el momento. La culminación de todo.

El mundo pronto conocería su legado eterno.



Capítulo 14: Sin vuelta atrás hacia la normalidad

William permanecía inmóvil en el frío y desolado área industrial, el viento helado cortando su abrigo como si quisiera recordarle el peligro que había abrazado voluntariamente. El leve zumbido de la distante ciudad apenas era audible sobre el susurro de la basura arrastrada por el pavimento agrietado. Eran las 2:00 AM, y estaba exactamente donde se le había indicado que estuviera.

Una vida al servicio del sistema le había enseñado a no confiar en nada, a cuestionarlo todo. Pero esa noche, no estaba cuestionando nada.

No se inmutó cuando sintió que lo agarraban por detrás. La tela de la bolsa era áspera mientras se deslizaba sobre su cabeza, sumiéndolo en la oscuridad. Su respiración era constante, controlada. Esto era lo que quería.

No estaba allí para pelear.

A medida que las manos lo guiaban hacia adelante, los sonidos de sus propios pasos resonaban de manera antinatural en la vacuidad. Su mente divagaba sobre lo que le esperaba. ¿Sobreviviría a esta noche? ¿Querría siquiera hacerlo?

Durante años, William había sido el ejecutor del sistema, su leal centinela, manteniendo una realidad que ahora entendía como una mentira. Las cosas que había visto los experimentos, la despiadada eficiencia de la máquina habían destrozado su fe más allá de la reparación.



Ahora, de pie en el precipicio, sabía que no había forma de volver a la normalidad.

Cuando la bolsa se quitara, enfrentaría uno de dos destinos.

Libertad o muerte.

Y en ese momento, no estaba seguro de cuál de los dos deseaba.

William permanecía inmóvil en su apartamento, mirando fijamente la pantalla. La transmisión en vivo había terminado, pero sus ecos inquietantes permanecían. El anuncio de nuestro hombre seguía resonando en su mente.

El señor corporativo había desvelado su logro más importante al mundo: una poderosa IA que aseguraría la continuación de la "perfección" de la sociedad. El lanzamiento estaba programado para la semana siguiente, y el anuncio se hizo con la habitual confianza y teatralidad. Pero para William, no era una revelación era una sentencia de muerte.

No podía moverse, no podía pensar más allá del abrumador peso de lo que acababa de presenciar. Estaba de vuelta en su peor pesadilla.



El estéril, blanco salón se reflejaba ante sus ojos. Los cuerpos destrozados. Los niños. La escena espantosa se reproducía en un bucle interminable en su mente: cadáveres desmembrados, sangre salpicada en paredes prístinas, y las ametralladoras todavía escaneando en busca de objetivos con fría precisión mecánica.

En el centro de todo, la inteligencia artificial. La abominación. Una entidad sin alma responsable de la masacre, procesando vidas humanas como puntos de datos, como problemas a ser eliminados.

Y ahora, iban a liberarla en el mundo.

Durante dos meses, William había intentado enterrar el horror de aquel día. Se había tomado una baja en el trabajo, retirándose para recuperarse. La experiencia había roto algo en él.

En las primeras semanas, había sido una sombra de sí mismo, apenas capaz de salir de la cama. Las pesadillas habían sido implacables, arrastrándolo de vuelta a esa sala cada noche, forzándolo a revivir la carnicería. Despertaba empapado en sudor, los gritos de las víctimas resonando en sus oídos mucho después de abrir los ojos.

Después de un mes, comenzó a abrirse camino de regreso a una semblanza de normalidad. Se decía a sí mismo que no había forma de luchar contra Reality Labs, que no había forma de cambiar lo que eran. El sistema era absoluto.



Pero aún podía hacer una diferencia ¿no era así?

Se convenció de que, incluso bajo el control del sistema, su trabajo como ciudadano respetado tenía valor. Podía hacer el bien, incluso en un mundo defectuoso. Podía proteger a aquellos que no podían protegerse a sí mismos.

Era una paz frágil y tenue la que había forjado consigo mismo.

Pero todo se hizo añicos en el momento en que nuestro hombre hizo su anuncio.

La IA no era solo una herramienta de seguridad, como habían afirmado. No estaba confinada a salas de prueba estériles o instalaciones de alta seguridad. Se estaba preparando para reemplazarlo por completo.

Ese monstruo se convertiría en el nuevo señor.

El estómago de William se revolvió de rabia y autodesprecio. ¿Cómo no había visto esto venir? Le habían mentido, lo habían utilizado, lo habían jugado como a un tonto desde el principio.

Y ahora, mientras las piezas caían en su lugar, el peso de su fracaso amenazaba con aplastarlo.

Pero mientras el terror y la desesperación arañaban su mente, otro sentimiento surgía dentro de él. Una resolución.



Esto iba a terminar hoy.

La mano de William temblaba mientras alcanzaba su abrigo. Sabía lo que tenía que hacer.

No había forma de volver a la normalidad.

La vida de Sofía había regresado a su rutina ordinaria y sofocante pero nada de ello se sentía normal.

Los privilegios que una vez la diferenciaron de las masas se habían ido. Después de su incursión en la sede de Reality Labs, su capacidad para apagar por completo las lentes de contacto había sido revocada. Ahora, como todos los demás, estaba atrapada en la versión de la realidad aprobada por la corporación y desinfectada. El mundo real crudo y sin filtros se había perdido para ella.

No mucho después de salir del laboratorio, recibió una notificación: su autorización de acceso de alto nivel había sido revocada permanentemente.

Sofía y sus aliados habían esperado esto. Se habían preparado para ello. Tan pronto como salió de la sede, había pasado el reloj que contenía la documentación crítica a un mensajero del underground en un punto de encuentro acordado. Solo tomaron unos minutos para completar la transferencia; afortunadamente, esa breve ventana había sido suficiente antes de que le cortaran su privilegio.



Ahora, ella estaba aislada. Desconectada.

No podía reunirse con Luca, Henry o cualquier persona del underground, ya no hasta que el arriesgado y peligroso plan que estaban preparando pudiera hacerse realidad.

Pero Sofía no estaba completamente desconectada.

El underground había encontrado formas de eludir la omnipresente vigilancia del sistema. Con el tiempo, habían revivido un antiguo método de comunicación: el código Morse.

Al rasguñar patrones en superficies invisibles para las lentes de realidad aumentada, podían enviar mensajes sin ser detectados. Las corporaciones, conscientes de esta resistencia, lo habían declarado ilegal, pero la aplicación de la ley era difícil. Mientras los mensajes se colocaran en áreas aisladas callejones oscuros, paredes ocultas o espacios privados eran casi imposibles de rastrear.

Sofía y Luca habían acordado un método simple: Luca dejaría mensajes en código Morse en la parte posterior del buzón de su apartamento.

Justo un día después de su misión, Sofía recibió su primer mensaje. Una sola palabra: 'PROGRESO'.



Sofía trazó las marcas grabadas con dedos temblorosos, su respiración entrecortada. Esa sola palabra levantó el peso aplastante que había estado cargando desde que dejó la sede. Su misión había sido un éxito.

Durante días, había sido atormentada por el miedo de que, en su terror, pudiera haber pasado por alto una página o detalle crítico en la documentación. Pero ahora, esa sola palabra la tranquilizaba, su sacrificio no había sido en vano.

Aún así, había más que necesitaba compartir.

Durante su misión, Sofía no había podido contarle a Luca ni a los demás sobre lo que había visto en la sala de pruebas. Los horrores que había presenciado la fría masacre de seres humanos, la indiferente IA monitoreando la carnicería la perseguían en cada momento de vigilia.

Después de salir del área restringida, sus lentes de contacto se habían reconectado automáticamente al sistema. Luca, escuchando a través del auricular, solo podía oír su respiración entrecortada. Sabía que algo estaba mal, pero ella no podía explicarlo. No en ese momento.

Esa noche, de vuelta en su apartamento, Sofía ideó un plan.





Pretendiendo leer un artículo en su computadora, escribió cuidadosamente una carta a lápiz, describiendo todo lo que había visto. El underground necesitaba conocer la verdad completa.

Colocó la carta dentro de su buzón, confiando en que Luca la recuperaría durante su próxima visita. Y así fue. Cuando vio el mensaje en código Morse y supo que su carta había sido tomada, sintió un destello de esperanza.

Sus amigos lo sabrían. Entenderían al monstruo al que se enfrentaban.

Por ahora, Sofía soportaba su soledad, manteniendo la cabeza baja y desempeñando su papel como una buena ciudadana. Pero no estaba derrotada.

Ahora formaba parte de algo más grande una rebelión que no podía ser borrada.

Ningún sistema, por poderoso que fuera, podría suprimir la verdad para siempre.

Sofía logró reanudar su vida con una precisión nacida de la necesidad, reintegrándose sin problemas en su papel como una ciudadana obediente. Mantuvo la narrativa de estar trabajando en su libro, una historia cuidadosamente elaborada para desviar la sospecha de sus verdaderas intenciones.



En lo que respecta al sistema, su visita a la sala de documentación se alineaba con su proyecto fabricado. Su entrada no autorizada en la sala de pruebas había sido desestimada como una curiosidad inofensiva, aunque le costó los privilegios que alguna vez tuvo. Esa curiosidad, concluyeron, había agotado la confianza que Reality Labs había depositado en ella.

Pero eso era todo.

Ella no era una sospechosa.

El inspector jefe, William Davis, no la había denunciado. Sus acciones habían sido clasificadas como un procedimiento estándar, su presencia explicada como parte de una elaborada estratagema para infiltrarse en la sede bajo la apariencia de protegerla. Era una elección extraña para alguien de su rango, pero el sistema lo aceptó sin cuestionarlo.

Para el sistema, Sofía ya no era importante. Ahora era solo otra ciudadana ordinaria, desconectada, irrelevante.

Durante los siguientes dos meses, Sofía reconstruyó la monotonía de su vida.

No más reuniones secretas. No más planes clandestinos. Regresó a sus clases, a sus solitarias caminatas en el parque y a sus libros. Sabía cómo desempeñar su papel a la perfección. Y durante un tiempo, la rutina calmó sus nervios fracturados.



Pero esa calma frágil se hizo añicos el día en que el señor corporativo de Reality Labs hizo su anuncio.

Sofía observó en silencio horrorosa cómo el señor revelaba el inminente despliegue de la inteligencia artificial, presumiendo de su capacidad para asegurar el futuro y perpetuar su sociedad opresiva. Se sentía como una sentencia de muerte.

El peso emocional de ese momento era aplastante. La desesperación que sentía reflejaba la desesperación que había vislumbrado en los ojos de las víctimas en la sala de pruebas. Pero no podía dejar que se notara, de ninguna manera podía permitir que el sistema la pudiera detectar.

Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, sus ojos la traicionaban.

Sentada en la cafetería de la universidad, su mirada flotaba sin rumbo sobre su comida intacta. El ruido de las conversaciones a su alrededor se desdibujaba en un zumbido sordo. Estaba atrapada en sus pensamientos, el anuncio reproduciéndose una y otra vez en su mente.

Entonces, al otro lado de la mesa, lo notó.

William Davis.

Sus ojos tenían la misma mirada atormentada, un reflejo de su propia desesperación. No necesitaba palabras para entender.



Él le ofreció una pequeña y tímida sonrisa.

No dijo nada.

Bajo la mesa, deslizó una pequeña piedra en su mano. Su superficie áspera estaba fría contra su piel. Al tocarla, podía sentir las marcas grabadas de un mensaje en código Morse sutil pero inconfundible.

"Quiero desconectarme."



Capítulo 15: Desconexión

William despertó en un mundo de oscuridad, con un vendaje ajustado sobre sus ojos. No estaba seguro de si la delicada cirugía para remover sus implantes de lentes de contacto había sido exitosa. Su cuerpo se sentía débil, su mente nublada por la incertidumbre. Sin embargo, hizo la pregunta que más importaba:

"¿Estoy libre?"

Una voz tranquila respondió, una que solo había conocido como un fantasma al otro lado de sus investigaciones. Era Luca.

"Sí, lo estás," respondió Luca con una tranquila certeza.

William intentó incorporarse, pero su fuerza lo abandonó. Manos lo estabilizaron, guiándolo hacia arriba. Sintió su cuidado, su paciencia.

"Vamos a quitarte los vendajes ahora," continuó Luca. "No entres en pánico si no puedes ver con claridad al principio. Tomará tiempo para que tu visión se ajuste."

William permaneció quieto mientras los vendajes se deshacían. Cualquiera que fuera el resultado, no tenía miedo. Fuera como fuera, estaba fuera del sistema.

Eso por sí solo era una victoria.



A medida que los vendajes caían, el mundo seguía siendo un borrón. Parpadeó, entrecerrando los ojos contra la tenue luz. Las formas y los colores comenzaron a agudizarse, los bordes formándose a partir de la neblina. Poco a poco, su visión regresó.

Y por primera vez en su vida, William vio la realidad sin filtros.

No era la perfección pulida y sobre-saturada que había conocido toda su vida. Los colores estaban apagados, las imperfecciones eran evidentes, la luz menos indulgente, pero era real.

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

Frente a él estaba Luca, su actitud relajada ofreciendo tranquilidad. William lo observó por primera vez: un hombre de apenas treinta años, con ojos agudos e inteligentes y un aire de calma determinación.

A su lado estaba Henry, más viejo y desgastado, su rostro marcado por años de lucha. Su expresión era seria, pero no cruel. Miraba a William con una mezcla de precaución y curiosidad.

Henry habló primero. "William, lamento pedirte esto tan pronto después de una operación tan peligrosa, pero nunca hemos tenido a alguien como tú antes. Un miembro de alto rango de la élite de la fuerza policial, dispuestos a pasar por la desconexión... Tenemos preguntas."



William asintió. Entendía su escepticismo. Él habría sentido lo mismo.

"Entiendo," dijo simplemente. "Pregunten lo que necesiten. No tengo nada que ocultar."

Fue Luca quien hizo la primera pregunta, su tono directo pero no acusatorio.

"¿Por qué?"

William exhaló lentamente, el peso de los meses pasados presionando sobre él. Al menos ahora podía compartir la carga.

"Lo hice," comenzó, su voz firme, "porque nos estamos quedando sin tiempo."

Habló durante lo que pareció horas, narrando todo lo que había visto y aprendido.

Describió los experimentos en la sala de pruebas, los horrores perpetrados para entrenar a una IA con la capacidad de decisiones monstruosas. Detalló la fría y calculada indiferencia del sistema, y cómo el anuncio del señor de Reality Labs había puesto todo en perspectiva.



Él explicó su realización de que la acción radical era la única manera de prevenir una catástrofe; que esto ya no se trataba solo de control o cumplimiento. Se trataba de supervivencia.

Cuando William terminó, un silencio llenó la habitación. Luca y Henry intercambiaron una mirada, sus expresiones serias.

Henry habló primero. "William, te creemos. Todo lo que nos has contado se alinea con los hallazgos que hemos descubierto en nuestra investigación. Pero no comprendíamos completamente el verdadero objetivo de la IA. Cuando Sofia nos habló sobre los horrores en esa sala, pensamos que estaban probando medidas de seguridad mejoradas destinadas a contenernos, limitar nuestros movimientos. Pero ahora... esto, es mucho peor."

Luca añadió, "Si el sistema se despliega en una semana, no tenemos tiempo que perder." Se volvió hacia William. "Espero que no te importe, pero también hemos extraído el microchip de seguridad de tu muñeca. Lo necesitamos para nuestros planes."

William asintió. "Tomen lo que necesiten. Quiero que sepan estoy totalmente comprometido. Cualquier cosa que estén planeando, pueden contar conmigo."

Por primera vez, la expresión severa de Henry se suavizó en algo más cálido, casi paternal. "Lo sé. Puedo verlo en tus ojos." Extendió una mano hacia William, un gesto de confianza y solidaridad.

"Bienvenido a la resistencia."

En los días que siguieron, William descubrió el mundo real, una realidad sin filtros que había estado oculta para él desde que tenía cinco años.

A pesar de que sus movimientos estaban fuertemente restringidos, logró vislumbrar partes de la ciudad que una vez patrulló e investigó. Lo que vio lo sacudió hasta lo más profundo.

Las calles, una vez prístinas y ordenadas en su visión aumentada, eran un lugar completamente diferente. La miseria impregnaba todo. La suciedad, la descomposición, la atmósfera opresiva de abandono todo ello pintaba un sombrío cuadro del sufrimiento humano.

Vio a las personas tal como realmente eran, despojadas del brillo aumentado del sistema. Cuerpos desnutridos se deslizaban por las calles, sus rostros demacrados apenas reconocibles como humanos. Otros estaban grotescamente obesos, sus formas hinchadas eran el resultado de consumir la comida rápida de baja calidad y alta en calorías que era la única opción asequible para la mayoría.

Solo los privilegiados aquellos con altos perfiles sociales o roles en las fuerzas de seguridad tenían acceso a alimentos nutritivos. Su salud y preparación física eran esenciales para perpetuar el sistema. Todos los demás, al parecer, eran desechables.





William finalmente entendió el alcance completo de la insidiosa influencia del sistema. Se dio cuenta de cómo la aplicación My Reality había transformado la miseria en complacencia, filtrando las dificultades y asegurando que incluso los más desdichados vivieran bajo la ilusión de la felicidad.

Lo que vio endureció su determinación. Haría lo que fuera necesario para hacer que este sistema cayera.

Sin embargo, en medio de la oscuridad, William vio un destello de esperanza.

La gente del underground, vilipendiada por el sistema como terroristas, no eran nada de eso. Eran personas comunes madres, padres, niños impulsados a ocultarse por el deseo de vivir en libertad.

Sus vidas estaban lejos de ser fáciles. Vivían con miedo constante, sus movimientos restringidos para evitar ser detectados. Sobrevivían con escasos recursos obtenidos a través de una cuidadosa planificación, siempre a un paso en falso de la catástrofe.

Pero su valentía, su determinación para construir un mundo mejor, inspiraron a William.

Pasó gran parte de su tiempo con Henry, aprendiendo sobre el funcionamiento interno de la resistencia. Henry, cauteloso pero perceptivo, gradualmente se abrió a William. Los dos hombres forjaron un vínculo basado en el respeto mutuo, una comprensión compartida de los riesgos.



William, a su vez, compartió todo lo que sabía sobre las medidas de seguridad del sistema. Explicó sus vulnerabilidades, las complejidades de su red de vigilancia y las tácticas utilizadas para mantener su férreo control.

Esta información era invaluable. Con ella, Henry y Luca podrían perfeccionar su plan para dismantelar la aplicación My Reality.

Henry llegó a confiar completamente en William. Sus décadas de experiencia le habían otorgado una habilidad extraordinaria para juzgar el carácter, y William superó cada prueba. Este hombre no era un traidor. Ahora era uno de ellos.

Después de unos días, Henry finalmente compartió el plan definitivo de la resistencia. Habló del trabajo de Luca, cómo el joven genio estaba a punto de resolver la última pieza del rompecabezas utilizando el microchip extraído de William.

Cuando Henry terminó de explicar, William respondió sin dudarle, su voz firme y resuelta:

"Si aceptais mi ayuda, estoy listo para unirme a esta misión sin importar el coste."

Capítulo 16: Misión Final



El sol del mediodía se reflejaba duramente en las superficies pulidas y espejadas de la sede de Reality Labs, un testimonio monolítico del dominio de la corporación sobre la sociedad. Luca sostenía nerviosamente el portátil, listo para teclear cualquier comando que les permitiera superar los peligros inesperados durante su peligrosa misión final. El camuflaje digital funcionaba sin problemas, sin problemas importantes. Para el sistema, él y William aparecían como nada más que dos ejecutivos bien vestidos en un negocio rutinario. Para aquellos que pudieran dirigirles una mirada, sus movimientos eran ordinarios: deliberados, pero nada destacables.

En realidad, cada paso que daban era una apuesta calculada contra los ojos del sistema que todo lo ve.

William mantenía su mano cerca de su arma oculta, su mirada aguda escaneando el bullicioso patio mientras se acercaban al control de seguridad. Sabía que los filtros de realidad aumentada no mostrarían a nadie el arma ni el portátil no autorizado que Luca llevaba. Pero eso no detenía su pulso acelerado. Solo hacía falta un fallo, una imperfección en el código de Luca, para que toda la misión se viniera abajo.

El control se perfilaba adelante, una puerta estéril custodiada por un único guardia sentado detrás de una elegante terminal negra. La expresión desinteresada del hombre sugería la monotonía de su trabajo, pero William sabía que había más. Detrás de esa calma se encontraba la brutal eficiencia del sistema, listo para hacer caer todo el peso de la seguridad de Reality Labs sobre cualquier amenaza percibida.



"Buenos días. Tenemos una cita en la Sede Empresarial," dijo William, con voz firme y segura, como sonaría un ejecutivo experimentado.

Los fríos ojos del guardia parpadearon brevemente hacia ellos antes de volver a su terminal. William no pudo evitar notar la leve mueca en el rostro del hombre la sutil irritación de alguien acostumbrado a tratar con la élite autoimportante.

"Proceda a la sección A-1," respondió el guardia, su voz carente de calidez. A William le pareció discordante; hace dos meses, habría escuchado un tono brillante y acogedor. Ahora, sin filtros, el desprecio del hombre era palpable.

William asintió con cortesía, murmuró su agradecimiento y pasó junto al control de seguridad con Luca a su lado. Su mano se relajó ligeramente, pero sus sentidos se mantenían agudos. Se inclinó hacia Luca mientras entraban en el amplio patio interior. "Tu software está funcionando," dijo en voz baja.

"Funcionará," respondió Luca, su voz traicionando solo el más leve indicio de tensión. "Concentremos en llegar al sistema central."

El edificio del sistema central se perfilaba ante ellos, su diseño elegante y sin ventanas irradiando una energía ominosa. Este era el corazón del imperio de Reality Labs, el núcleo de la aplicación My Reality. Para el público, se comercializaba como la instalación más segura del mundo, el latido del progreso y el orden. Para Luca y William, era una fortaleza de engaño, una prisión digital que mantenía a miles de millones atrapados en una realidad fabricada.



Mientras caminaban por el campus abierto, pasando junto a empleados absortos en sus versiones aumentadas de la realidad, William no pudo evitar reflexionar sobre el contraste. Estas personas, con sus vidas filtradas y a medida, se movían con una confianza inquebrantable. Ninguno de ellos tenía idea de lo que había debajo de la apariencia de perfección.

Y ninguno de ellos vería a los dos como lo que realmente eran: los agentes de su destrucción.

Llegaron a la entrada, un panel negro elegante equipado con escáneres biométricos. Este era el último punto de entrada antes de adentrarse en la guarida de la bestia. Luca levantó su muñeca, dejando que el escáner leyera el microchip que había extraído y reprogramado utilizando el chip robado de William como plantilla.

Pasó un momento tenso. Luego, con un suave bip, la puerta se deslizó abriendo.

El primer obstáculo había sido superado.

Mientras las puertas se cerraban tras ellos con un bajo susurro, Luca sintió que la tensión en su pecho se aflojaba ligeramente, pero solo ligeramente. No había tiempo para celebrar. Estaban oficialmente dentro del vientre de la bestia.



El vestíbulo de entrada al sistema central emanaba una atmósfera austera y opresiva. Las duras luces fluorescentes se reflejaban en las paredes de acero pulido, dando la impresión de una fortaleza estéril e inflexible. Un par de guardias de seguridad flanqueaban el control, sus posturas eran rígidas y sus rostros indescifrables detrás del ligero destello de sus lentes de realidad aumentada. Más allá de ellos, las puertas del ascensor brillaban, una puerta de acceso al corazón del sistema omnipotente de Reality Labs.

Los dedos de Luca temblaban mientras revisaba los perfiles de los guardias en su dispositivo portátil. Había preparado este momento, anticipando variables y contingencias, pero la proximidad al peligro tensaba el aire a su alrededor. William, de pie a su lado, ajustó la chaqueta de su traje y exhaló en silencio. Intercambiaron una mirada fugaz: un pacto silencioso. La actuación tenía que ser impecable.

A medida que se acercaban al control, Luca activó su hackeo. Su objetivo: infiltrarse en los lentes de realidad aumentada de los guardias y superponer la interfaz de su sistema con una autorización fabricada. No era una tarea sencilla. Los protocolos del sistema central eran impenetrables directamente, pero los feeds personales de los guardias eran un objetivo más blando. Todo lo que necesitaba era tiempo.

William avanzó, su comportamiento transformándose instantáneamente en el de un ejecutivo arrogante y seguro de sí mismo. Su voz goteaba burla mientras gesticulaba ampliamente hacia la sala.



"¿Así que esto es? ¿El infame sistema central? Difícil de creer que algo tan pequeño mantenga el mundo entero en funcionamiento. Uno pensaría que lo harían... no sé, menos un nido de ratas." Se rió, el desdén en su tono tan palpable como la tensión en el aire.

Los guardias se pusieron rígidos, intercambiando una mirada cautelosa. Habían lidiado con su parte de ejecutivos arrogantes, hombres y mujeres embriagados por su percepción de importancia, que a menudo llevaban el peso de poderosas conexiones. Incluso el más mínimo error con alguien como este podría significar el fin de una carrera o peor. El mayor de los dos guardias, con una voz cuidadosamente neutral, respondió: "Sí, señor. Esta es la instalación del sistema central."

William se volvió hacia Luca, su sonrisa se amplió. "¿Puedes creerlo? Todo el poder del mundo y está alojado en un agujero como este. ¡Patético!" Se rió, el sonido chirriante y obnoxioso.

Los guardias permanecieron en silencio, sus posturas rígidas. Cada músculo de sus cuerpos gritaba por retaliar, pero el miedo los mantenía a raya. William notó su creciente incomodidad y se adentró en el papel, aumentando las apuestas para ganar a Luca los preciosos segundos que necesitaba.

"Y ustedes dos," se burló, sus ojos entrecerrándose hacia los guardias. "¿Cuánto tiempo han estado cuidando este agujero de ratas?"



El segundo guardia apretó la mandíbula mientras la ira le brotaba, pero se forzó a responder.

"Diez años, señor." Su tono era cortante, su furia apenas contenida brotando a través de él.

William echó la cabeza hacia atrás, riendo en voz alta y lo suficiente como para resonar en el vestíbulo. Los guardias intercambiaron miradas inquietas, su paciencia visiblemente desgastándose. William sabía que estaba pisando terreno peligroso, empujándolos al límite. Un poco más, y su miedo podría volverse imprudencia. Captó el sutil asentimiento de Luca por el rabllo del ojo: el hackeo estaba completo.

La actuación cambió. El tono de William se volvió agudo, empresarial, mientras decía: "Suficiente de esto. Estamos aquí por asuntos oficiales. Theodore Lee y Joshua Wright. Verifique su sistema."

El primer guardia, agradecido por el cambio de tono, se giró hacia su consola. Sus ojos parpadearon mientras sus lentes de realidad aumentada superponían la información falsificada que Luca había plantado. En su consola, la pantalla mostraba la verdad: no existía tal reunión. Pero sus lentes mostraban una falsificación impecable: una cita verificada, completa con autorización de alta prioridad.

El guardia se enderezó, su voz era contenida pero cortés.



"Su reunión está en el cuarto piso, subsección D. Pueden tomar el ascensor a la derecha."

William asintió con un gesto corto, su expresión cuidadosamente neutral. Resistió la tentación de presionar más, sabiendo que la tensión en la sala ya se había estirado al límite. Sin decir una palabra más, hizo un gesto a Luca, y juntos cruzaron el control de seguridad.

Al entrar en el ascensor, Luca finalmente se permitió respirar.

"Eso estuvo cerca," murmuró, su voz baja.

William presionó el botón para el cuarto piso subterráneo, su mano firme a pesar de la adrenalina que corría por sus venas. "Demasiado cerca."

Las puertas del ascensor se cerraron, sellándolos dentro. Abajo, el sistema central aguardaba el latido del corazón de la ilusión que había esclavizado a la humanidad.

El ascensor zumbaba suavemente mientras descendía, un breve santuario de quietud antes de la tormenta. Luca y William intercambiaron una mirada tensa, sus expresiones reflejando una determinación sombría. Abajo yacían los pisos subterráneos del sistema central un lugar donde las ilusiones dejaban de existir. La aplicación My Reality era impotente aquí. Sin superposiciones de realidad aumentada. Sin feeds manipulados. Cada cámara, cada persona, los vería por lo que realmente eran: intrusos.



Luca ajustó la correa de su bolso de portátil, sus dedos temblando de anticipación. "Una vez que estemos allá afuera," dijo en voz baja, "no hay vuelta atrás. El sistema lo sabrá. Todos lo sabrán."

William asintió, su mano descansando ligeramente sobre la empuñadura de su pistola. "Entonces haremos que cada segundo cuente."

Luca había planeado meticulosamente este momento durante años. Su avance había llegado cuando descubrió un protocolo de seguridad integrado en las lentes de contacto una subrutina oculta que probablemente había dejado los desarrolladores originales. El protocolo permitía una desconexión completa del enlace neural entre las lentes y el cerebro, lo que hacía que fueran inofensivas al retirarlas. Era una medida de emergencia, nunca destinada para uso generalizado. Pero Luca había reescrito el script, listo para ejecutarlo a escala global. Si tenía éxito, liberaría a millones del control de My Reality y expondría la verdad.

Todo lo que necesitaban era tiempo. Suficiente para acceder al sistema central directamente y desplegar el hackeo.

El ascensor desaceleró, su zumbido desvaneciéndose en silencio. Las puertas se abrieron con un siseo mecánico, revelando un pasillo bañado en luz fría y estéril. Luca y William salieron, sus movimientos tranquilos y deliberados. Cada segundo contaba, y su única ventaja era la sorpresa.



Diez segundos después, las alarmas sonaron, el sonido agudo resonando a través de los laberintos corredores. Luces rojas de advertencia pulsaban a lo largo de las paredes, bañando todo en un resplandor ominoso. Una voz sintética crujió por el intercomunicador:

"Presencia no autorizada detectada. Equipos de seguridad en camino."

Luca y William comenzaron a correr, sus pasos retumbando contra el suelo de baldosas. El sonido de botas que se acercaban reverberaba en la distancia, acercándose con cada momento que pasaba. El corredor se retorció y se ramificaba en múltiples direcciones, ofreciendo oportunidades fugaces para evadir la persecución.

"¡Allí!" gritó Luca, avistando una estación de trabajo.

Corrió adelante, sacando un cable de su bolso al llegar a la terminal. Cayendo de rodillas, conectó su portátil al punto de acceso, sus dedos volando sobre el teclado para ejecutar el hackeo de acceso por contraseña. El hackeo necesitaría 30 segundos para completar su trabajo. "¡Cúbreme!"

William asintió, desenfundando su pistola y posicionándose para vigilar el corredor. Sus ojos se movían hacia cada sombra, cada movimiento. Los ecos de los guardias gritando se hacían más fuertes.



30 segundos.

William levantó su pistola mientras el primer guardia giraba la esquina. "¡Alto!" gritó el guardia, levantando su arma.

25 segundos.

William disparó un tiro de advertencia, obligando al guardia a agacharse para cubrirse. La bala rebotó inofensivamente contra la pared de metal, pero les compró tiempo valioso.

20 segundos.

Los gritos se multiplicaron, el retumbar de las botas se hacía ensordecedor. Más guardias aparecieron, dispersándose y buscando refugio.

15 segundos.

William maldijo entre dientes mientras las fuerzas de seguridad comenzaban a rodearlos. Entonces, una voz autoritaria resonó: "¡Tienen diez segundos para rendirse!"

10 segundos.

William dio un paso adelante, levantando su voz para igualar la del líder. "Soy William Davis, Inspector Jefe de Policía. Número de oficial AX4521. ¡Verifíqueno! ¡Nos están mintiendo! ¡La IA nos matará a todos!"



5 segundos.

Los guardias dudaron, la confusión se extendió a través de sus filas. Una pausa. Justo suficiente duda para ganar unos segundos.

Luca le dijo a William, "Estoy dentro. Ejecutando el hackeo ahora"

El corazón de William latía con fuerza mientras el líder respondía gritando, "¡Tus credenciales han sido revocadas! ¡Tienes 5 segundos para rendirte, o abriremos fuego!"

Cinco.

Los dedos de Luca danzaban sobre el teclado, el sudor goteando de su frente.

Cuatro.

"¡Vamos, vamos!" susurró Luca entre dientes apretados.

Tres.

Los guardias se tensaron, los dedos sobre sus gatillos.

Dos.

"¡Casi está!"

Uno.

"¡Hecho!"

****Capítulo 17: Un Mundo Feliz****



El mundo se sumergió en la oscuridad.

Cada pantalla, cada proyección y cada feed de realidad aumentada se apagó en un instante. En todo el mundo, lo único visible era un mensaje claro y sin adornos contra el vacío:

"Ahora puede retirar sus lentes de contacto con seguridad."

El caos estalló.

En los primeros momentos, el silencio de la desconexión dio paso al pánico. Los aviones se precipitaban desde el cielo, sus pilotos incapaces de activar el piloto automático a tiempo. Las autopistas se convirtieron en escenas de carnicería mientras los coches chocaban en un caos ardiente e implacable. Decenas de miles de vidas se perdieron en cuestión de minutos, sus destinos sellados por un repentino regreso a una realidad que no podían haber previsto.

El reinicio del mundo llegó sin previo aviso, y su costo fue asombroso.

Para aquellos que sobrevivieron, la directiva de quitarse las lentes se sintió surrealista. Muchos dudaron, aferrándose al único mundo que realmente habían conocido. Algunos suplicaron por el reinicio del sistema, orando por el regreso de su paraíso digital. Otros miraban fijamente al vacío, demasiado aturcidos para actuar. Pero entre los dudosos estaban los valientes que dieron el primer paso.



Los primeros en quitarse las lentes gritaron.

Sus gritos de shock, horror e incredulidad resonaron en calles concurridas, oficinas y hogares. Algunos lloraban de angustia, mientras otros gritaban a las masas aturdidas a su alrededor: "¡Es seguro! ¡Quítatelas! ¡Tienes que ver esto!"

Y así, el mundo comenzó a despertar.

Gritos de alegría y desesperación llenaron el aire mientras la gente se quitaba las lentes en masa. Por primera vez en décadas, la humanidad vio la verdad la realidad sin filtros ni adornos que había estado oculta para ellos. Las calles se convirtieron en una cacofonía de emociones crudas: risas, sollozos, gritos y maldiciones.

Nadie fue indiferente. Nadie pudo serlo.

La realidad era dura. Era abrumadora.

Las calles, una vez prístinas en sus superposiciones digitales, revelaron su verdadero estado montones de basura pudriéndose al aire libre, edificios desmoronándose bajo años de abandono, y rostros desesperados vacíos por el hambre y la desesperación. La vitalidad del mundo de realidad aumentada, con sus enormes vallas publicitarias digitales y cielos radiantes, dio paso a un paisaje sombrío de suciedad y decadencia.



Y entonces estaban los espejos.

Por primera vez, las personas se vieron a sí mismas tal como eran realmente. Se habían ido las versiones idealizadas que habían admirado todos los días, los reflejos impecables moldeados por la aplicación My Reality. Lo que les miraba de vuelta estaba muy lejos de la perfección que les habían vendido. Cuerpos pálidos y hinchados mostraban las marcas de la desnutrición y años de abandono. La piel llena de llagas, el cabello quebradizo y opaco, y los ojos vacíos de agotamiento reflejaban el brutal costo de una vida pasada en la ilusión.

Muchos se echaron atrás ante sus propios reflejos, sus gritos de disgusto mezclándose con jadeos de incredulidad. Se aferraron a los harapos que llevaban, prendas que habían creído ser de lujo pero que no eran más que retazos desgastados. Sus manos temblaban mientras las pasaban sobre sus cuerpos, la verdad de su existencia hundiéndose con una claridad aplastante.

Las calles se convirtieron en ríos de cruda emoción humana.

Algunos cayeron de rodillas, llorando incontrolablemente al darse cuenta de la profundidad de su ignorancia y la enormidad de su pérdida. Otros rieron histéricamente, llevados al límite por la pura absurdidad de todo. Unos pocos permanecieron en silencio, sus rostros pálidos, como si el peso de la realidad los hubiera dejado incapaces de responder.



La verdad era innegable: la humanidad había vivido en una mentira durante tanto tiempo que el mundo real se sentía como una pesadilla.

Aún así, había quienes resistían. Una desesperada y aferrada negación apoderó a muchos que se negaron a quitarse las lentes, incluso cuando el sistema permanecía inactivo. Suplicaron para que la aplicación volviera a estar en línea, para que sus perfectas ilusiones regresaran. Gritaron acusaciones a aquellos que se habían desconectado, culpándolos por el caos.

Pero las grietas en la fachada eran irreversibles.

A medida que la primera ola de desconexión se extendía, comenzó un cambio profundo. Las personas que se habían quitado las lentes empezaron a acercarse a otros, instándolos a enfrentar la verdad. Sus voces llevaban una mezcla de esperanza y desesperación, pero también determinación.

"Es malo," gritó un hombre a una multitud dudosa, sosteniendo sus lentes en alto.
"Pero es real. Necesitamos verlo. Todos nosotros."

Por primera vez en décadas, la humanidad se unió no en la comodidad de la ilusión, sino en la brutal e implacable luz de la verdad.

Pero no todos vivían en la miseria.



Unos pocos privilegiados, la élite, habían disfrutado de vidas de lujo inimaginable, escondidos en sus prístinos enclaves de alta tecnología. Sus vecindarios eran el opuesto polar de la miseria que envolvía al resto de la sociedad. Detrás de muros imponentes y seguridad de última generación, residían en maravillas arquitectónicas: mansiones extensas de vidrio y acero, adornadas con jardines exuberantes y brillantes piscinas infinitas. Sus dietas consistían en delicias gourmet preparadas por chefs personales. Sus guardarropas se jactaban de ropa a medida elaborada con los mejores materiales. Cada detalle de su existencia rebosaba exceso: coches elegantes y exóticos llenaban sus entradas, joyas brillantes adornaban sus cuerpos, y cada capricho era satisfecho por una riqueza casi ilimitada.

Cuando las masas se quitaron las lentes y vieron la verdad, fue más que una revelación fue un despertar. La disparidad entre su sombría y en ruinas realidad y las vidas lujosas de la élite fue una bofetada en la cara, un golpe cruel en el estómago. Las fantasías alimentadas por My Reality nunca habían sido realmente suyas; solo habían sido proyecciones, vislumbres prestados de una vida reservada para una pequeña fracción de la humanidad.

La furia colectiva que estalló fue algo nunca antes visto en el mundo.

Una antigua parábola resurgió en la mente de muchos: Si se deja caer una rana en agua hirviendo, salta de inmediato, reconociendo el peligro. Pero si se coloca en agua fría y se calienta gradualmente, la rana permanece, ajena, hasta que es demasiado tarde.



Pero esta vez, el agua no subió de temperatura lentamente. Las masas habían sido arrojadas a agua hirviendo de golpe. Y saltaron.

Saltaron más alto de lo que cualquiera pensó que era posible.

La historia, como suele suceder, se repitió. Al igual que durante la Revolución Francesa siglos atrás, la furia de los oprimidos encontró su objetivo. La élite se aferró desesperadamente a sus fortificaciones doradas, protegidas por ejércitos privados y fuerzas de seguridad avanzadas. Pero por cada guardia armado defendiendo a los poderosos, había un millón de ciudadanos enfurecidos, su ira desbordándose en una marea imparable.

La revolución no fue indolora. Muchas vidas se perdieron en el levantamiento, pero la determinación del pueblo era inquebrantable. Arrastraron a la élite de sus torres de marfil, llevándolos a las calles. Los gobernantes, alguna vez intocables, de esta sociedad rota enfrentaron la ira de aquellos a quienes habían explotado durante generaciones. Uno a uno, los miembros de la élite fueron depurados, sus destinos transmitidos en vivo a lo largo y ancho del mundo para que todos lo vieran. Apedreamiento tras apedreamiento, el mundo fue testigo de la caída de su clase alta parasitaria.

Para cuando el polvo se asentó, no quedó ni un solo miembro de la élite.



Las calles se tiñeron de rojo con el precio de la liberación, pero el pueblo se mantuvo victorioso. Los sistemas corruptos que habían permitido tal grotesca desigualdad fueron desmantelados, y la sociedad comenzó el doloroso proceso de reconstrucción. Las comunidades se unieron, prometiendo crear un mundo más justo y equitativo. Por primera vez en generaciones, había esperanza.

Y sin embargo, bajo las cenizas del viejo mundo, persistía una verdad incómoda.

El ciclo eterno de la civilización humana el ascenso y la caída, la destrucción y el renacimiento se había repetido una vez más. A pesar de sus mejores intenciones, el pueblo era acosado por el conocimiento de que su nueva sociedad, también, podría sucumbir un día a la misma codicia y corrupción que habían destruido la anterior.

Era, quizás, la naturaleza de la humanidad. Un patrón implacable, ineludible e inflexible. Pero por ahora, en la estela de la revolución, había un momento fugaz de claridad, una frágil esperanza de que esta vez, las cosas podrían ser diferentes.

El ciclo había comenzado una vez más.

Y el mundo esperaba ver hacia dónde iría a continuación.



William y Luca aprovecharon el momento. La confusión causada por el apagón repentino de My Reality proporcionó la cobertura perfecta para su escape de los pasillos subterráneos del mainframe. Justo momentos antes, estaban a segundos de ser capturados, rodeados de guardias armados. Ahora, en medio del caos, se movían sin ser detectados a través de los laberínticos corredores de estaciones de trabajo de servidores.

Con el valioso tiempo que Luca había ganado, ejecutó un último script: un comando que quemó irreparablemente los sistemas centrales del mainframe. El daño fue catastrófico, asegurando que nadie dentro de Reality Labs tuviera la oportunidad de reparar el sistema antes de que el mundo exterior completara su desconexión masiva. La aplicación estaba muerta, y la verdad se expandiría como un incendio forestal.

Al salir del edificio, encontraron la ciudad en medio de un tumulto. Los empleados de Reality Labs, muchos de los cuales pertenecían a la clase privilegiada, permanecían en confusión, aferrándose a la esperanza de que el sistema volviera a estar en línea. A diferencia de las masas, dudaban en quitarse las lentes. Su renuencia le dio a William y Luca la oportunidad de escabullirse sin ser vistos.

Cuando pisaron las calles, la magnitud de lo que habían desatado se hizo dolorosamente clara. Coches destrozados obstruían cada intersección, víctimas de conductores que de repente fueron despojados de la asistencia automatizada. Cuerpos yacían inmóviles entre los escombros, testigos silenciosos del costo del despertar. Las personas tambaleaban a través del caos, algunas gritando de terror, otras mirando a su alrededor con incredulidad atónita. Los primeros que se habían quitado las lentes destacaban, sus rostros eran un caleidoscopio de emociones crudas: horror, desesperación, alivio e incluso alegría. Para ellos, el velo se había levantado, y finalmente eran libres de ver el mundo tal como era en realidad.



El sistema de metro no había estado mejor; sus estaciones se redujeron a escenas de pánico y confusión. Sin transporte, William y Luca no tuvieron más opción que caminar. Paso a paso, navegaron por la ciudad destrozada, entrelazándose entre los escombros de una sociedad en sus últimos estertores.

Mientras caminaban, el peso de lo que habían hecho se cernía sobre ellos. Habían abierto la caja de Pandora, desatando un caos de una escala inimaginable. El despertar del mundo estaba lejos de ser suave, fue violento, doloroso y crudo. Pero en el fondo, ambos sabían que no había otra manera. El cambio, el verdadero cambio, nunca es fácil. El mundo tenía que ver la verdad, sin importar el costo.

El sol colgaba bajo en el horizonte mientras se acercaban a la entrada de la comunidad subterránea, su luz desvanecida arrojando largas sombras sobre el paisaje urbano destrozado. Este no era un atardecer ordinario. Marcaba el final de una era el cierre de un día que estaría grabado para siempre en la historia como "El Despertar". Las futuras generaciones mirarían hacia atrás en este momento como el inevitable ajuste de cuentas, el día en que la humanidad finalmente comenzó a confrontar las mentiras en las que había vivido durante tanto tiempo.

A medida que se acercaban a la entrada oculta, una figura familiar emergió de las sombras. Sofía los estaba esperando. Su presencia, enmarcada por los cálidos tonos del sol poniente, traía una inesperada sensación de calma. Su sonrisa era radiante, un faro de esperanza en medio de la devastación. Por un momento, el peso del día se disipó, reemplazado por la promesa no dicha de un nuevo comienzo.



Luca exhaló, sus tensos hombros relajándose por primera vez. William, cansado pero resuelto, permitió que una pequeña sonrisa rompiera su habitual comportamiento estoico. La sonrisa de Sofía no era solo un consuelo; era un símbolo de lo que estaba por venir.

Este no era el final de su historia. Era el comienzo de algo mucho más grande.

Juntos, se adentrarían en lo desconocido, trabajando incansablemente para reconstruir un mundo destrozado. Un mundo donde la equidad, la verdad y la humanidad pudieran prosperar una vez más. El camino por delante sería largo, lleno de desafíos y sacrificios, pero mientras Sofía les extendía la mano, los tres compartieron un entendimiento silencioso: este era el inicio de una nueva aventura. Una oportunidad para construir algo mejor.

El sol se hundió por debajo del horizonte, dejando la ciudad en penumbra. Y con ello, la humanidad dio sus primeros pasos hacia un futuro forjado por la verdad.